ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE LA MUJER DE LOS OJOS VERDES

Perry Mason fue contratado para proteger los intereses de la familia Bain, que estaban siendo chantajeados con una cinta de audio amañada. Mason logra borrar la grabación, pero Hattie Bain es acusada de asesinato, y Mason se hace cargo de su defensa. Mason logrará poner contra las cuerdas a los testigos del Ministerio Fiscal.



Erle Stanley Gardner

El caso de la mujer de los ojos verdes

Perry Mason # 42

ePUB r1.0
Ronstad 23.04.2013

Título original: *The case of the green-eyed sister*
Erle Stanley Gardner, 1953
Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BAIN Hattie: Hermana de Sylvia, y a diferencia de ésta nada brillante, pero que ha conocido más desde entro la vida de su familia.
BAIN Jarrett: Hermano de Sylvia y Hattie, arqueólogo, que ha mantenido siempre su cabeza entre las nubes, pero adoptando la precaución de casarse con una joven de gran fortuna.
BAIN Ned: Padre de Sylvia, Hattie y Jarrett, enfermo, quien prefiere dejar a sus hijos un buen nombre, antes que ciertos bienes materiales.
BAIN ATWOOD Sylvia: Joven viuda, de ojos verdes, en posesión de un par de piernas que difícilmente pueden pasar inadvertidas ante los hombres.
BROGAN George: Investigador privado, de dudosos procedimientos.
DOYLE Edison: Joven arquitecto, que se interesa en serio por Hattie Bain, hasta que conoce a la atractiva hermana de ésta.
DRAKE Paul: Detective de confianza de Mason, colaborador suyo, siempre dispuesto a complementar su trabajo.
FRITCH Jeremiah Josiah: Antiguo amigo de Ned Bain, últimamente muy interesado por las cintas magnetofónicas.
MASON Perry: Abogado, hombre que casi siempre va demasiado lejos a la hora de proteger a sus clientes, pero que a menudo se ve ampliamente recompensado por sus actuaciones.
STREET Della: Secretaria de confianza de Mason, quien se mostró recelosa desde el primer momento ante la cliente de los ojos verdes.

Prólogo

Hace unos veintiocho años, Ralph Turner, entonces un chiquillo de nueve, empezó a leer *Las aventuras de Sherlock Holmes*, decidiendo hacerse detective.

Varios millones de chicos más, influenciados por la misma literatura, llegaron a idéntica decisión.

El caso de Ralph Turner es interesante por dos razones. En primer lugar, tropezaba con una gran dificultad: el habla. Tartamudeaba de tal manera que cualquier conversación le resultaba enormemente penosa. El otro dato interesante sobre Ralph Turner era su silenciosa y obstinada determinación, algo que formaba parte de su carácter, y que le mantuvo tercamente aferrado a su decisión.

Al hablar de su carrera con los amigos, Ralph Turner suele decir con naturalidad que «por aquellos días no existía la Ciencia Policíaca tal como se enseña hoy». Lo que olvida declarar es que si hoy se enseña la Ciencia Policíaca es, en gran medida, gracias a sus esfuerzos, incesantes, silenciosos, continuos.

Ralph empezó a estudiar química con el exclusivo fin de ver en qué forma esta ciencia podía ser útil dentro del mundo de la investigación policíaca. Tales estudios constituyeron la base de su libro *Ciencia Forense y Técnicas de Laboratorio*, publicado por Charles C. Thomas, en 1949.

Este joven tartamudo decidió que tenía que vencer su torpeza en la expresión verbal con el propósito de entregarse al tipo de actividad que había escogido. El abordamiento metódico del problema es una característica que se descubre en todo lo que emprende. Después de efectuar algunas investigaciones, llegó a la conclusión de que la ciencia del psicoanálisis podía ofrecerle

algunas esperanzas. Se sometió a un tratamiento psiquiátrico y no solamente se curó de su tartamudeo (con tal perfección que hoy se ve muy solicitado como conferenciante), sino que además adquirió conocimientos sobre el psicoanálisis suficientes para ampliar su comprensión sobre el carácter y las motivaciones, algo de inestimable valor en el campo de actividad escogido.

En la vanguardia de cada movimiento nuevo se encuentran invariablemente dos tipos humanos. Uno de ellos es el del líder inspirado, que aporta las ideas, cuyas visiones se quedarían en sueños de no ser completadas con el trabajo práctico. El otro tipo es el del silencioso y oscuro individuo, habitualmente encajado en un papel de secretario, que se sumerge en la aterradora masa de los detalles, la amplitud de los cuales es raras veces entrevista, ni siquiera por quienes laboran más de cerca.

El pionero visionario constituye una figura recordada largo tiempo. El público, en general, jamás llega a conocer la existencia del hombre de los detalles.

En Ralph Turner hay que ver una extraña combinación de personalidades. Posee ideas inspiradoras, pero también tiene la habilidad de fijar los detalles. Luego, en virtud de algún raro proceso de alquimia mental, transforma esos detalles en sólido y sustancial progreso.

Lentamente, pero con firmeza, la Ciencia Policíaca impulsa las técnicas del trabajo de investigación, produciendo altos resultados, una mayor eficiencia.

En la actualidad, el joven que desea especializarse en las tareas de investigación encuentra varios centros que le ofrecen cursos relacionados con la Ciencia Policíaca.

Este campo de estudio recientemente desarrollado es tan importante en el sector de la justicia como la medicina legal.

La firme marcha de la ciencia ha puesto algunas herramientas importantes a disposición del investigador, quien ha de saber hallarlas y conocer el modo de utilizarlas. Muy a menudo, los jurados han de confiar en suposiciones o conjeturas cuando, con adecuadas técnicas investigatorias, habrían podido enfrentarse con sólidas y sustanciales pruebas.

Ralph Turner fue nombrado secretario de la Academia

Americana de Ciencias Forenses cuando nació esta organización, ocupando tal cargo desde entonces. Es editor asociado del *Journal of Criminal Law* y de *Criminology and Pólice Science*, así como de *American Lecture Series in Public Protection*. Es profesor del Departamento de Administración de Policía en el *Michigan State College*. Durante los últimos cinco años, él y el muy conocido doctor C. W. Muehlberger han dirigido un proyecto de investigación sobre ensayos químicos de intoxicaciones, los resultados del cual fueron recientemente publicados por el comité nacional correspondiente.

Pero los progresos de Ralph Turner en su vida de trabajo no han de ser medidos por sus espectaculares incursiones en el campo de lo dramático, en las batallas forenses. El valor de Ralph Turner radica en su habilidad por crear un entusiasmo que las demás personas estiman autoinspirado.

Cuando otros hombres, líderes temperamentales, insisten en el reconocimiento de sus facultades, retirándose de ocurrir lo contrario, Ralph Turner se halla dispuesto siempre a subordinar su propia individualidad, a hacerse cargo de la ingrata tarea de batallar con infinitos detalles, con objeto de avanzar en la empresa acometida.

Muy frecuentemente, demasiado frecuentemente, tales hombres ignoran el reconocimiento público. Los que trabajan a la vista de los demás admiten la deuda que han contraído con ellos, pero su labor no trasciende. Por el hecho de querer que mis lectores sepan algo acerca de este nuevo campo conocido por el nombre de Ciencia Policíaca; por el hecho de aspirar a conseguir la divulgación de una importante tarea que ha sido realizada silenciosa y fielmente por un hombre que nunca temió enfrentarse con el detalle ni eludir una responsabilidad, dedico este libro a mi amigo:

RALPH F. TURNER

Erle Stanley Gardner

Capítulo 1

Della Street, la secretaria de Perry Mason, entregó al abogado una cartulina perfumada, en la que figuraba un nombre.

—Si piensas hacer algo por esta mujer —dijo la joven—, te aconsejo que solicites de ella un anticipo a cuenta.

—En otras palabras: te ha caído mal, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—Pero te ha caído mal, ¿verdad?

—Creo que sería capaz de darte una puñalada en el corazón por treinta y siete centavos, si es eso lo que quieres decir.

Mason estudió la tarjeta.

—Sylvia Bain Atwood —leyó en voz alta—. ¿Señora o señorita, Della?

—Es la señora Atwood, y sus verdes ojos son tan fríos como una caja registradora —explicó Della—. Sus maneras, por otra parte, se acomodan perfectamente a la expresión de sus ojos. Me imagino que se ha pasado la vida ocupada en tal empeño.

—¿Qué quiere?

Della llevó a cabo una imitación de los modales de la visitante.

—Se trata de un asunto demasiado complicado para hablar de él con una persona no familiarizada con las leyes.

—Esas tenemos, ¿eh?

—Ni más ni menos. Un aire altanero, de tremenda superioridad. Muy, muy elevada, moviéndose en una esfera completamente distinta, a mil kilómetros de aquella en que se mueven las secretarias.

Mason se echó a reír.

—Está bien. Hazla pasar.

—Ahora, sus verdes ojos se posarán en ti —le advirtió Della—. Y

empezará a enroscarse y desenroscarse como un gato, restregándose contra tus piernas.

—Bien, Della. Me has facilitado una excelente descripción de una cliente a la cual creo que voy a caer mal. Déjame echarle un vistazo.

Della Street salió del despacho, volviendo al poco acompañada de Sylvia Bain Atwood.

Los verdes ojos de la recién llegada calibraron la figura del abogado. Sus párpados disimularon un tanto aquel examen.

—Señor Mason —dijo—: realmente, no quería llegar hasta usted con un problema tan sencillo y menudo como el mío. Ahora bien, mi padre decía siempre que lo mejor es tratar en todo caso con profesionales. Lo mejor resulta, además, lo más barato.

—Gracias por el cumplido —replicó Mason, tomando la mano que ella le había ofrecido—. Haga el favor de tomar asiento. Dígame en qué puedo servirla.

Los ojos verdes efectuaron otra rápida inspección. Luego, la señora Atwood se acomodó en el sillón reservado para los visitantes de Mason. Una fría y hostil mirada a Della Street reveló su enojo por la presencia de la secretaria. La señora Atwood se agitó en su asiento, con movimientos felinos, relajándose.

—Dígame qué es lo que desea de mí —indicó Mason—. Si me es posible ayudarla, se lo diré con toda franqueza. No se preocupe por la señorita Della Street. Toma notas de mis entrevistas, que guarda luego en un archivo especial, ayudándome a recordar los detalles.

—Mi problema es muy simple —murmuró la señora Atwood, con un gesto de desaprobación.

Mason captó la mirada de Della Street.

—Pues entonces, señora Atwood, me atrevería a asegurarle que no necesita usted de mis servicios. Si su problema es tan simple como dice, será mejor que consulte con un abogado que esté menos ocupado que yo, quien, consecuentemente…

—¡Oh, no, no, no! —contestó ella, interrumpiendo a Mason—. Por favor, señor Mason… El problema puede ser muy simple para usted, pero pudiera resultar complicado para otro abogado.

—¿Por qué no se explica? —apuntó Mason.

—El asunto guarda relación con mi familia.

—¿Es usted viuda?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Quiere hablarme entonces de su familia?

—Se compone de mi hermana, Hattie, de mi hermano Jarrett, y su esposa, Phoebe, y de mi padre, Ned, actualmente confinado en su habitación… Anda mal del corazón y le han ordenado que observe absoluto reposo.

—Continúe.

—Yo soy, por naturaleza, una mujer de carácter inconstante, aventurero, señor Mason.

La señora Atwood miró al abogado descaradamente.

—Siga.

—Hattie es la mujer casera por excelencia. Yo siempre fui como soy. Hattie se dedicó a cuidar de la familia. Yo me casé. Luego, mi esposo falleció, dejándome en posesión de algunos bienes, pero pocos.

—Y después, volvió al hogar paterno, para vivir con los suyos, ¿no?

—¡No, por Dios! Encontraba la atmósfera de mi casa un tanto asfixiante. Yo quería vivir mi vida. Tengo un apartamento aquí, en la ciudad… No obstante, quiero mucho a los míos y me mantengo en estrecho contacto con ellos.

—¿Vive su madre? —preguntó Mason.

—Falleció hace un año, aproximadamente. Estuvo enferma mucho tiempo.

Della Street miró a Mason. Éste apretó los labios, contemplando pensativamente a Sylvia Atwood.

—¿Quién cuidó a su madre durante su larga enfermedad?

—Hattie. No sé por qué no quiso contratar los servicios de una enfermera. La verdad es que Hattie no prestó nunca la menor atención a tal sugerencia. Hattie quería hacerlo todo por sí misma. Ya le he dicho que es muy casera… No debiera decirlo, quizá, pero es muy terca, muy obstinada, voluntariosa… Es como si tuviese alma de esclava.

—Probablemente, para su madre fue una suerte que Hattie

resultase una mujer así.

—Desde luego —convino Sylvia, sin la menor vacilación—. Para mamá fue una enfermera maravillosa. El caso es que yo amaba a nuestra madre tanto como ella, pero no hubiera sido capaz nunca de cuidarla. Yo me habría despojado de todo lo que poseo, de ser necesario, para contratar enfermeras, pero la verdad es que me hubiera muerto de haberme quedado yo en casa, haciendo sus labores.

—La comprendo —contestó Mason, secamente.

—No es muy seguro eso.

—¿Cambian las cosas algo por ello?

—No.

—Pues siga hablando. Póngame al corriente del asunto que la preocupa.

—Temo, señor Mason, estar tratando con personas que, probablemente, no son del todo honestas.

—¿Qué es lo que esas personas desean de usted?

—Dinero.

—¿Un chantaje?

—Bueno… Si lo es, se encuentra tan hábilmente disfrazado que apenas podría utilizar tal nombre.

—¿Quiere explicarse?

—Le diré, para empezar, que este asunto se remonta a unos años atrás. El petróleo de Texas comenzaba a ser un factor importante en la vida del Estado.

Mason asintió, animándola a seguir con su gesto.

—Mi padre se hallaba arruinado… Por aquella época, conoció a un personaje muy especial que respondía al nombre de Jeremiah Josiah Fritch.

—¡Vaya nombre! —comentó Mason.

—Todo el mundo le llamaba «J. J.», según sus primeras iniciales.

Mason asintió de nuevo.

—J. J. tenía algún dinero. Mi padre tenía una opción a una enorme extensión de terreno en el que creía que había petróleo, si bien quedaba muy por fuera de la que entonces era considerada bolsa principal.

»J. J. se mostró de acuerdo en lo de adquirir el terreno para mi

padre. Papá invertiría todo su capital en un pozo-sonda en un punto que señalaría J. J.

—¿Es lo que hicieron?

—Sí.

—¿Qué pasó luego?

—No localizaron ningún petróleo. Pero mi padre se movía todavía impulsado por la esperanza. J. J. le hipotecó todo lo que poseía a cambio de una opción sobre la propiedad, que, naturalmente, había perdido valor. Se aseguró un nuevo préstamo de gente extraña que se hallaba interesada en conseguir nuevos terrenos, a la que satisfacía plenamente la exploración de los mismos por parte de mi padre. Abrió un nuevo pozo, esta vez en un punto en el que creía hallar petróleo él. J. J. se rió del proyecto de papá, que denominó «locura de Bain».

—¿Qué ocurrió con ese pozo?

—Todos dijeron que fue un golpe de suerte. El caso es que mi padre pudo pagar todos los préstamos que había pedido, adquiriendo la propiedad de manos de J. J., reponiéndose muy bien de sus anteriores pérdidas.

—Continúe.

—Pero la base de todo fue el dinero que J. J. dio a papá.

—¿No fue un préstamo?

—No, exactamente. Mi padre y él eran amigos. J. J. poseía otros bienes. Al principio, la cosa se redujo a una especie de sociedad. El caso es, señor Mason, que el dinero de la familia se incrementó merced a ese inicial arreglo con J. J. Fritch.

—¿Tiene eso alguna importancia? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—¿Por qué?

—Porque, según parece, J. J. era un salteador de bancos. ¿Ha oído usted alguna vez hablar de un espectacular episodio conocido por el caso del *Bank Inspector Robbery*?

Mason movió la cabeza, denegando.

—Hace unos cuantos años dio bastante que hablar. Un hombre que mostró sus credenciales de inspector bancario se presentó en uno de los más grandes establecimientos del país. Este individuo se las arregló para concentrar todos los efectivos en un sitio fácilmente

accesible. También logró desconectar el dispositivo de alarma que podía denunciar un atraco.

»Luego, dos sujetos penetraron en el banco, inmovilizaron a los empleados y, tranquilamente, se llevaron medio millón de dólares en dinero y cheques de viajero.

—Quiere usted decirme que este atraco guarda alguna relación con su problema —inquirió Mason.

—Exactamente. La gente del banco piensa que J. J. formaba parte de la pandilla de atracadores y que el dinero que dio a mi padre procedía del botín.

—¿Su padre no era uno de los atracadores?

—No, desde luego que no. Pero puede ser que se intente alegar que mi padre sabía que el dinero había sido robado. Al considerarlo una especie de depositario de éste, el banco podría apoderarse de los terrenos petrolíferos.

—¿Se ha pronunciado en ese sentido el banco?

—El banco podría hacerlo. Al parecer (ahora no estoy en condiciones de verificar esto, señor Mason), sólo al parecer, digo, a consecuencia de una firme y consciente investigación, las autoridades pudieron identificar la huella del dedo pulgar estampado en el permiso de conducir de J. J. Fritch como la correspondiente al falso inspector de bancos.

—Al cabo de varios años…

Ella hizo un gesto afirmativo.

—¿Cómo ha sabido usted eso?

—Gracias a un hombre apellidado Brogan.

—¿Quién es ese Brogan?

—George Brogan, un detective privado.

Mason miró a la señora Atwood con los párpados entreabiertos.

—Esto da la impresión de ser una treta. Jamás oí hablar de ese George Brogan.

—Se trata de un investigador privado, tengo entendido que de no muy buena reputación.

—Nos hallamos seguramente ante un caso de chantaje que se sale de lo corriente —aventuró Mason.

—Si el banco estableciera la identidad de ese dinero y pudiera demostrar que mi padre estaba informado de todo, se apoderaría de

nuestros bienes, alegando que él se había convertido en depositario involuntario de una suma robada o algo por el estilo. Es un asunto de carácter legal, complicado, y yo sé muy poco acerca de tales cosas.

—¿Ha hecho el banco algún esfuerzo en este sentido?

—No. Pero de las palabras del señor Brogan he deducido que lo hará si llega a las manos de sus regentes cierta información, cosa que puede llegar cuando quiera.

—Facilíteme información sobre el señor Brogan.

—Bien. El señor Brogan insiste en que comprendamos, exactamente, que no representa a J. J. Fritch.

—¿Dónde está Fritch?

—No se encuentra a mano.

—¿Quiere usted decir que está escondido?

—No, concretamente. Lo de «no encontrarse a mano» es una expresión del señor Brogan.

—¿Y qué quiere Fritch?

—Quiere dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Mucho.

—Es el clásico planteamiento del chantaje.

—Comprendo muy bien que eso es lo que parece.

—Concretando: ¿cuál es la situación actual?

—George Brogan desea que nos sirvamos de él para intentar dar con una solución.

—¿Cuánto dinero quiere?

—Dice que nos pasará una minuta corriente, pero que J. J. se halla muy necesitado de dinero y que aunque él censura sus amorales métodos la única manera de salir adelante y estar a salvo nosotros consiste en aseguramos de que el testimonio de J. J. no se presentará desfavorable.

—¿Y usted qué se propone hacer?

—Yo me propongo pagar lo que sea.

—¿Por qué?

—Porque esto afecta a toda la familia… Se trata no tan sólo de dinero; está también por en medio la reputación de todos nosotros.

—Tiene que haber algo más —declaró Mason—. Hay algo que

usted todavía no ha revelado.

—George Brogan posee una cinta magnetofónica.

—¿Qué contiene esa cinta?

—Una supuesta conversación de J. J. con mi padre.

—¿Y cuándo tuvo lugar tal conversación?

—Hace unos tres años.

—¿Cómo ha ido a parar a manos de Brogan la cinta?

—Al parecer, Fritch llevó la conversación que sostuvo con mi padre al punto que le interesaba. Esto ocurría en su despacho, donde tenía instalado un magnetófono.

—¿Le ha sido pasada esa cinta?

—He oído parte de ella. El hombre sólo me dejó escuchar unas cuantas palabras.

—¿No sería una cinta «arreglada»?

—A mí me pareció oír la voz de mi padre.

—¿Era exactamente la voz de su padre?

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Porque me ha dado miedo hablar de eso con papá. Dada su precaria salud, no quiero poner en conocimiento de él nada que pueda ocasionarle preocupaciones.

Mason hizo un gesto dirigido a Della Street.

—Llama a la Agencia de Detectives Drake —le indicó—. Que se ponga Paul al habla.

—¡No, no, por favor! —exclamó Sylvia Atwood—. Otro detective privado, no. Los detesto.

—Drake es un detective que merece toda mi confianza —explicó Mason—. Tengo que ponerme en contacto con él porque necesito informes sobre Brogan.

Della Street hizo lo que su jefe le había indicado, utilizando una línea privada, independiente de la oficina exterior.

Unos instantes después, cuando Paul Drake estuvo al habla, se lo indicó con un movimiento de cabeza a Mason.

—Paul: soy Perry. Quiero que lleves a cabo algunas indagaciones sobre un tal George Brogan, investigador privado, al parecer. ¿Sabes algo acerca del él?… ¿Eh, eh?… De acuerdo. Habla.

Mason guardó silencio durante casi un minuto, escuchando.

Finalmente, dijo:

—Gracias, Paul. Puede ser que vuelva a llamarte para ocuparme contigo de cierto caso.

Luego, colgó.

Los verdes ojos de Sylvia Atwood le estaban interrogando.

—Bien —dijo Mason—. Brogan es todo un tipo. Conduce un automóvil de precio, es socio de un club de campo y de otro marítimo, posee un lujoso apartamento, ha estado a punto tres o cuatro veces de perder su licencia oficial y nadie, por lo visto, sabe de dónde saca el dinero que gasta.

—¿No se valdrá de su condición de socio de esos clubs para ampliar sus actividades profesionales? —preguntó ella.

—De acuerdo con las informaciones que poseo, quienes lo conocen serían los últimos en decidirse a utilizar sus servicios.

—En otras palabras: su detective le ha comunicado que es un chantajista de altos vuelos.

Mason sonrió.

—Si él me hubiera comunicado eso, yo no se lo diría.

—Perfectamente. Se lo estoy diciendo yo, entonces.

Mason repuso:

—Desde luego, entre abogado y cliente se da la comunicación privilegiada y confidencial… Pero ni siquiera teniendo esto en cuenta, se lo diría.

—Y tampoco admitiría que fue eso lo que su amigo, el señor Drake, le ha dicho…

Mason sonrió, haciendo un movimiento denegatorio de cabeza.

—Usted ha aludido a la relación abogado-cliente —dijo la señora Atwood—. Espero que eso signifique que usted me acepta como tal cliente.

—Y para dar ya un carácter oficial a ello, va usted a abonarme un anticipo a cuenta de quinientos dólares, con objeto de que cuando dé el próximo paso no se den malas interpretaciones en lo tocante a la identidad de la persona que represento y lo que intento realizar.

—¿Cuál va a ser su próximo paso?

Mason se limitó a tenderle la mano.

—Lo más probable es que no lleve quinientos dólares en efectivo

en mi bolso.

—Le acepto un cheque.

Ella vaciló un momento. Sus verdes ojos escrutaron el rostro de su interlocutor por enésima vez. Finalmente, abrió el bolso, del que extrajo un libro de cheques.

Mason estudió el cheque que la señora Atwood le tendió después, alargándoselo al tiempo que decía:

—Ponga usted en el dorso: «En concepto de anticipo a cuenta de los servicios de carácter legal que han de ser prestados».

Ella obedeció.

Mason puso el cheque en manos de Della Street. Seguidamente, se acercó al teléfono.

—¿Quiere usted que lleve este asunto a mi modo? —inquirió.

—Lo que yo quiero son resultados.

Mason dijo a Della Street:

—Busca el número de George Brogan, Della. Que se ponga al habla. Haz esa llamada utilizando la línea exterior.

—¿Usted cree prudente hablar con el señor Brogan? —preguntó la señora Atwood.

—Alguien tiene que hablar con él, ¿no?

—Yo hablé ya con él.

—No estimo prudente que siga conversando con ese hombre.

—Él me asegura que intenta ayudarme, que todo el dinero que reciba, hasta el último centavo, quedará perfectamente justificado, que va a pagarle a Fritch con objeto de mantenerlo a raya.

—Y entretanto —señaló Mason, sarcástico—, Fritch le ha dado posesión de la cinta magnetofónica que contiene la conversación que sostuvieron su padre y él…

La señora Atwood hizo un gesto afirmativo.

—¿Y no se le ocurre a usted pensar que eso constituye algo extraño?

—Bueno… Desde luego, J. J. tenía que hacer algo para convertir su información en dinero.

Della Street hizo una seña a Mason.

Mason cogió el teléfono.

—¿Brogan? Habla usted con Perry Mason… Quisiera verle… Se trata de un asunto relacionado con Sylvia Bain Atwood… Cierto…

Desearía escuchar esa grabación… No. La quiero oír toda… ¿Y por qué no?… Pues de ese modo no puede usted esperar ni un centavo… De acuerdo, dígale al señor Fritch que a menos que yo tenga ocasión de escuchar esa grabación completa, convenciéndome de su autenticidad, no habrá nada que hacer… Al diablo con esas cosas. Haga saber a su amigo Fritch que ahora tendrá que habérselas con un abogado… Bien. Aunque Fritch no sea su amigo, el recado es el mismo. Sí. Toda la cinta… Hasta la última palabra. De otra manera, Fritch no logrará nada… Si yo asesoro a un cliente a la hora de comprar un caballo, lo menos que puedo hacer es ver el caballo en cuestión… Conforme.

»¿Cuándo?… No puedo. Voy a estar muy ocupado en el Palacio de Justicia… De acuerdo… Yo estaré listo dentro de diez minutos… ¿Por qué no?… Sí, en su apartamento, entonces. No me importa… Una hora… De acuerdo.

Mason colgó. A continuación, dijo a Sylvia:

—Voy a ir al apartamento de Brogan. Escucharé esa grabación. En su totalidad. Tendrá usted que acompañarme. Quiero que escuche la grabación con todo cuidado y que diga después si se trata o no de la voz de su padre. Voy a indicarle a usted ahora algo más. No me gusta el chantaje.

—¿Cree usted realmente que se trata de un chantaje?

—De algo muy parecido, si no… Esto huele a chantaje, un aroma que me disgusta profundamente. Quiero pedirle algo ahora.

—¿Qué?

—Cuando me presente allí, llevaré colocada una prótesis auditiva. Voy a fingir que soy un poco sordo. Deseo que me siga en eso.

—La prótesis auditiva… ¿para qué?

—Para oír mejor, quizá —replicó Mason, sonriendo—. Veremos a ese hombre en su apartamento dentro de una hora, quiero que se reúna aquí conmigo dentro de cuarenta y cinco minutos… Entretanto, no ha de contar a nadie lo que vamos a hacer.

La señora Atwood bajó la cabeza.

—Supongamos ahora —prosiguió diciendo Mason—, que la grabación es auténtica, que recoge una conversación sostenida realmente por su padre con J. J. Fritch, y que en el transcurso de la

misma su padre admite saber que el dinero utilizado por su amigo cuando la asociación era fruto de un robo en un banco… ¿Qué hará en tal caso?

—Pagaré la cantidad exigida, a menos que usted dé con otra solución mejor.

—¿Qué cantidad está dispuesta a pagar?

La mujer vaciló, evitando los ojos de Mason.

—¿Cuánto? —insistió el abogado.

—Lo que pida, siempre y cuando lo tengamos.

—¿Y luego, qué?

—Luego, quiero asegurarme bien, del todo, de que no existen pruebas, de que todas las pruebas existentes se hallan en nuestras manos.

—¿Cómo se propone llegar a eso?

—Lo ignoro. Por esta razón recurrí a usted. Pensé que usted me lo resolvería todo, quizá.

Mason replicó:

—Ha de tener en cuenta de que de esa cinta magnetofónica se pueden obtener docenas de copias. Si las copias se hacen con un equipo adecuado, además, resultarán tan fieles como el original.

—El señor Brogan dice que garantiza la buena fe de J. J. en el trato, asegurando que tan sólo existe una cinta magnetofónica, que no se han hecho copias de la misma.

—¿Y cómo se propone garantizar tal cosa?

—No lo sé. Dijo que tendríamos que confiar en su palabra.

—¿La estima usted en algo?

La señora Atwood respondió, agudamente:

—Yo le entregué a usted quinientos dólares, ¿no? Es la mejor respuesta que puedo darle.

—Está bien. Probaremos a llevar este asunto de la mejor manera posible.

—¿Y dice usted que tengo que estar aquí de vuelta dentro de cuarenta y cinco minutos?

—Dentro de cuarenta y cinco minutos justos.

—De acuerdo.

La señora Atwood se puso en pie y dejó el despacho.

Cuando la puerta del mismo se hubo cerrado a su espalda, Della

Street miró inquisitivamente al abogado.

Éste explicó:

—Antes de nada tengo que saber con seguridad si se trata o no de la voz de su padre.

—¿Y cómo vas a conseguirlo?

—Escucharé esa grabación atentamente, hasta familiarizarme en la medida de lo posible con las voces. Después, trataré de ver a Ned Bain. Hablaré con él acerca del tiempo o de cualquier cosa. Estudiaré su voz y la compararé con la de la cinta. Así elaboraré una comparación científica. Haremos registros lentos y rápidos con voz de Bain. Quiero más y más comparaciones científicas.

—Lo que no acierto a ver es cómo vas a arreglártelas para llevar a cabo todas esas comparaciones de la voz grabada. ¿Es que crees que Brogan va a poner en tus manos la cinta? Tampoco te permitirá sacar una copia, desde luego.

Mason esbozó una sonrisa.

—¿Es que no me has oído hablar de mi defecto?

—¿Cuál?

—Me refiero a lo de hacerme el sordo.

Mason abrió uno de los cajones de su mesa de trabajo, del que sacó una cajita pequeña, metálica, de forma cuadrada, la cual deslizó en el bolsillo superior de su americana. Luego, se sujetó convenientemente un dispositivo que contaba con un menudo micrófono, que quedó aplicado contra uno de los huesos de su cabeza, por encima de la oreja derecha.

—Conforme —repuso Della Street—. Ese aparato puede ayudarte a oír con mayor claridad, pero, ¿en qué forma va a ayudarte a estudiar lo que en esa cinta ha sido grabado?

Mason repuso:

—Desde luego, ocultaré los finos cables, pasándolos por un orificio, hasta el hombro de la americana.

—Pues todavía no acierto a ver…

Mason abrió un cajón de su mesa, del que sacó un pequeño altavoz de extensión. Lo colocó sobre el tablero, lo conectó con el aparato que llevaba en su bolsillo y tocó un interruptor.

Della Street pudo oír su propia voz, sorprendentemente igual, diciendo: «Conforme. Ese aparato puede ayudarte a oír con más

claridad, pero, ¿en qué forma va a ayudarte a estudiar lo que en esa cinta ha sido grabado?».

Mason sonrió al observar la expresión consternada de Della Street. Desconectó el altavoz y lo guardó en el cajón de la mesa.

—¡Santo Dios! —exclamó la joven—. ¿Cómo hiciste eso?

—Este pequeño aparato es de fabricación alemana. Permite efectuar grabaciones de hasta dos horas y media de duración en un alambre tan delgado que sólo es visible con ayuda del microscopio. Cuando no hay interferencias reproduce con una fidelidad asombrosa. Mientras esté escuchando la grabación de Brogan estaré haciendo en realidad una copia de la misma, con la cual podré experimentar más tarde.

—¿De qué se alimenta el aparatito?

—Tiene sus baterías, naturalmente. Exactamente igual que una radio de bolsillo o una prótesis auditiva.

—Supongamos que Brogan se da cuenta de lo que te propones.

—No se dará cuenta.

—Supongamos que sí, hombre.

—Bueno, ¿qué puede hacer él?

—Puede… puede adoptar una actitud violenta, desagradable.

—Lo mismo que yo, Della.

Capítulo 2

Mason entró en la oficina de la Agencia de Detectives Drake.

—¿Está Paul? —inquirió, dirigiéndose a la recepcionista.

La joven hizo un gesto afirmativo.

—¿Se halla ocupado en estos momentos?

—Voy a decirle que está usted aquí.

A los pocos segundos, la recepcionista le hizo una señal con la cabeza.

—Ya puede usted entrar.

Mason pasó a un largo corredor. A uno y otro lado del mismo se veían muchos cubículos. En aquellas cabinas individuales, los colaboradores de Drake redactaban normalmente sus informes.

El despacho de Paul Drake se encontraba al final del pasillo. El detective estaba hablando por teléfono en el momento de entrar allí Mason.

Movió una mano, señalando a su visitante un asiento. Al finalizar su conversación telefónica, colgó, volviéndose hacia el abogado, sonriente.

Mason se acomodó en una silla de madera sin tapizar, mirando a Drake, sobre cuya mesa habría una docena de teléfonos.

—A ver cuándo te decides a poner aquí para tus clientes una silla algo confortable —dijo.

—Entonces se quedarían más tiempo del necesario —repuso Drake—. Yo no puedo hacer minutas como las que hacéis vosotros, los abogados. Por eso me veo obligado precisamente a incrementar mi volumen de actividades. Ahora mismo ando ocupado en una docena de casos… Son muchos los hombres que trabajan en ellos, y que facilitan continuos informes, que telefonean en solicitud de instrucciones. ¿Por qué me has preguntado por Brogan? Supongo

que no tienes nada que ver con él…

Mason sacó una pitillera de un bolsillo, ofreciéndosela, abierta, a Drake.

El detective alargó perezosamente la mano, extrayendo un cigarrillo.

—Mézclate en algo con Brogan, por compañero, y sabrás en seguida en qué consiste el noble arte del vapuleo.

—Ya tengo algo que ver con él —declaró Mason.

—Pues entonces dile a Della Street que se haga cargo de tu dinero, hasta que pierdas de vista a ese sujeto.

—¿Ves cosas malas en ese hombre, Paul?

—No veo nada bueno.

—Por el teléfono no fuiste muy explícito.

—Por el teléfono me muestro siempre cauteloso. Te facilité, no obstante, un esbozo de la opinión que me merecía.

—Háblame de él.

—Te diré, para empezar, que es un chantajista. No han podido cogerlo nunca con las manos en la masa, como suele decirse, pero es un chantajista.

—¿Y por qué no han podido sorprenderlo nunca en esos manejos?

—Porque es condenadamente inteligente. Jamás aparece como tal chantajista. Exteriormente, no se hace con el dinero en juego por efecto del chantaje. Ahora bien, tú deja que Brogan se procure una información confidencial… Al año siguiente, a los dieciocho meses, cuando nadie piense en relacionar aquélla con George Brogan, cualquier chantajista abordará a éste, exigiendo el pago por parte del cliente del detective de una cantidad de dinero.

»Brogan, desde luego, se pondrá inmediatamente en contacto con su cliente. Brogan se fingirá abatido. Acusará al cliente de haber dejado que el gato se le escapara de la talega. El cliente le asegurará una y otra vez que la información que le comunicó era estrictamente confidencial. Brogan le interrogará, preguntándole si hizo partícipe de ella a alguien, a su esposa, a su querida, a su secretaria, a un socio de su club…

»Naturalmente, la contestación es siempre la misma. A lo largo de un período de dieciocho meses, por ejemplo, el hombre tiene que

haberse confiado a alguien. Y si no es así, ya se preocupará Brogan de hacer pensar a su cliente lo contrario. Seguidamente, el detective será utilizado para arreglar aquella cuestión con el chantajista.

»Brogan se hará cargo del asunto y aconsejará al cliente, después, que pague, alegando que no existe otra salida, que no se puede hacer otra cosa. Luego, Brogan, a causa de su reputación y de las relaciones que posee en los bajos fondos, puede arreglarlo todo para que la suma exigida quede reducida a la mitad. No habrá más que un pago. Gracias a la mediación de Brogan, el chantajista se retirará: gracias a él, la víctima no será explotada una y otra vez, hasta quedar arruinada.

—¿Y luego qué? —inquirió Mason.

—La víctima paga a Brogan la mitad de la suma fijada por el chantajista en principio. El dinero desaparece. Brogan entrega al cliente la prueba delatora, pasándole una minuta por sus honorarios, una minuta que será prudente dadas las circunstancias.

—¿Y qué es del dinero fruto del chantaje?

—Brogan obtiene su parte de él —dijo Drake—. Pero no se puede probar nada. Se ha intentado conseguir una prueba en media docena de casos diferentes, sin llegar a nada positivo. Es un tipo inteligente.

—Inteligente, ¿hasta qué punto?

—Inteligente en grado sumo; de una forma escurridiza.

—¿Y qué sucede cuando se produce una repetición del hecho, cuando se intenta desangrar a la víctima?

—Ahí está la cosa —repuso Drake—. No se da tal caso. Se trata con Brogan una sola vez y ahí acaba todo. Él pone mucho énfasis en tal extremo. Alega que consigue atemorizar siempre al chantajista, así que nada ocurre después. Comprenderás ahora por qué no podía mostrarme demasiado explícito por teléfono, Perry. Esta información no me atrevería yo a dársela a otra persona.

Mason dijo ahora:

—Todo parece indicar que la entrevista que voy a tener con él resultará muy interesante.

—¿Cuándo va a ser eso?

—Dentro de veinte minutos. Voy a su apartamento.

—Ten cuidado, Perry.

—Lo tengo, Paul. Bueno, he de decirte qué es lo que yo quiero… Tú conoces a Brogan.

—¿Me preguntas que si lo conozco personalmente?

—Sí.

—En efecto, lo conozco.

—¿Podrías describírmelo?

—En efecto.

—¿Estás en relación con colaboradores tuyos que también lo conocen personalmente?

—Alguno habrá, probablemente. ¿De cuánto tiempo dispones para lo que tú quieres?

—De muy poco tiempo: quince o veinte minutos.

—Siempre vas con prisas.

—Se te paga por ello, ¿no? —preguntó Mason, sonriendo.

Drake hizo un gesto afirmativo.

—Estoy citado con Brogan en su apartamento —dijo Mason—. Quiero que sitúes un par de hombres a la entrada de la casa. Deseo que sean personas que conozcan a Brogan, de ser posible. Si no lo conocen, tú les facilitarás una detallada descripción del detective. Cuando yo abandone la casa, Brogan se dirigirá a algún sitio y quizás a toda prisa. Quiero que le sigan para saber a dónde encamina sus pasos. Quiero saber con quién habla. Y si habla con un hombre llamado Fritch, deseo que uno de tus colaboradores espíe los movimientos de éste.

—De acuerdo —respondió Drake—. Todo eso es factible.

El detective dio instrucciones por teléfono a su secretaria para que se pusieran en contacto con él, inmediatamente, dos de sus ayudantes, cuyos nombres mencionó. Cuando hubo colgado, preguntó a Mason:

—¿Qué clase de asunto es el que ahora llevas entre manos?

—Es algo que tiene que ver con una grabación en cinta magnetofónica: una conversación que quedó registrada… Me inclino a pensar que es un ardid, que en la cinta no quedó grabado nada real. Ya veremos… Brogan alega que no sabe nada acerca de la cinta en cuestión. Dice que un hombre llamado J. J. Fritch fue a verle y le habló de ella. Fritch necesita dinero y de no conseguirlo está dispuesto a arruinar a la familia Bain. Este Fritch, créase o no,

confió la cinta magnetofónica a Brogan.

»Brogan, al parecer, quedó muy impresionado. Buscó a un representante de la familia, una mujer que tiene dinero, le contó lo que había y le preguntó después qué pensaba hacer. Brogan le notificó que podía contar con él para lo que deseara. Naturalmente, no podía avenirse a destruir la cinta, ya que había dado su palabra de honor a Fritch de que eso no sucedería nunca.

»De acuerdo con la historia de Brogan, él puede entenderse con esos personajes de los bajos fondos porque le respetan por el hecho de ser un hombre que hace honor a su palabra. Cuando dice que va a dar determinado paso, lo da. Ellos saben que está del lado de la ley y el orden y contra el chantaje, pero también les consta que si da su palabra cumplirá lo que promete.

Drake sonrió, envuelto en una nube de humo.

—¿No te parece todo eso muy curioso, Perry?

—Tremendamente curioso, Paul.

—Así pues, supongo lo que Brogan habrá prometido: liquidar el asunto por la mitad de la cantidad estipulada, añadiendo que si la familia cierra el trato por su mediación, no se dará nunca jamás una segunda edición del chantaje.

—Algo por el estilo. Yo conozco parte de la historia solamente —declaró Mason—. Voy a ir a ver a Brogan, para hablar con él personalmente.

—No le agradará mucho la idea de verte a ti metido en el asunto —aventuró Drake.

—Lo sé.

—Fingirá que te recibe con los brazos abiertos, pero si se presenta una oportunidad te apuñalará por la espalda en cuanto te vea descuidado.

—No me descuidaré. Y entretanto, si se me depara una ocasión de sabotear su negocio no pienso desaprovecharla.

Hubo una pausa. Finalmente, Drake dijo:

—No se te deparará tal ocasión.

—¿Por qué?

—Porque Brogan es muy cauto y está al tanto de tu reputación. Respeta tus habilidades y procurará no correr ningún riesgo.

—Si puedo poner las manos sobre esa cinta magnetofónica —

declaró Mason—, no vacilaré en destruirla.

—Lo más seguro es que no te enfrentes nunca con tal oportunidad. Me parece que estás subestimando a Brogan.

—Es posible —admitió Mason.

—Te he dicho que se trata de un sujeto inteligente. Nadie ha sido capaz de sorprenderle en nada sucio. Va adelante. Se sabe administrar. Es decidido. Tiene muy buenas dotes, aunque mal aplicadas.

—Bien. Tú pon esos hombres al trabajo. Quiero saber qué es lo que pasa después de separarme yo de Brogan.

—¿Y por qué te ha citado en su apartamento en lugar de recibirte en el despacho? —preguntó Drake.

—Lo ignoro —respondió Mason—. Puede ser que haya alguien en su oficina que no le inspire confianza.

—Ése no se fía de nadie —aseguró Drake—. Tendrá algún motivo para obrar así… Las paredes de su despacho, por otro lado, habrán sido testigos de muchos tratos similares.

Mason se encogió de hombros.

—Bueno, el caso es que su apartamento va a ser el escenario de nuestra entrevista…

—¿Cuánto tiempo estarás allí?

—Una hora, probablemente.

—Perfectamente. Así tendré tiempo de aleccionar a mis hombres. No te preocupes, Perry. Esa casa estará bien vigilada.

—En tus manos queda eso, Paul.

Sonó el timbre de uno de los teléfonos. Drake atendió la llamada.

—¿Quién es?… ¡Ah sí! Oye: tengo un trabajo urgente para ti. Tú sabes quién es George Brogan… Quiero que no lo pierdas de vista.

Paul Drake tapó el micro, diciendo a Mason:

—Ya lo ves, Perry. Mis hombres van a empezar a moverse.

Mason se puso en pie.

—De acuerdo, Paul. Confío en vosotros.

Drake seguía hablando por teléfono, ahora en voz baja, cuando Mason abandonó el despacho.

Capítulo 3

Perry Mason y su cliente salieron del ascensor, que se acababa de detener en el piso en que Brogan tenía su apartamento.

Mason oprimió el botón de un timbre y casi inmediatamente se vio ante un hombre que tenía toda la gracia de una araña. Había rebasado los cuarenta años, sin llegar a la cincuentena; su cuerpo era corto; eran largos sus brazos, así como sus piernas; tenía un cuello muy grueso… Usaba peluca y el pelo de ésta resultaba más oscuro que el natural de sus sienes.

—Muy buenas, señor Mason —dijo Brogan, sonriendo.

Sus grandes y saltones ojos escrutaban el rostro de su visitante.

Asió la mano de Mason, estrechándosela con demasiado entusiasmo.

—¡Cuánto me alegro de verle! He oído contar muchas cosas acerca de usted. He seguido la marcha de los casos en que usted ha intervenido con gran interés. Me inspira usted una gran admiración. Estoy muy contento de que haya usted venido y espero serle de utilidad y también al señor Bain. ¿Cómo se encuentra, señora Atwood? Es un placer… Entren, entren, por favor.

Brogan les hizo pasar al cuarto de estar del apartamento, suntuosamente amueblado. Luego, cerró la puerta, corriendo un pestillo. Finalmente, echó la cadena que colgaba del mismo.

—Me veo obligado a adoptar precauciones —explicó—. Ya sabe usted lo que son estas cosas, señor Mason. Se trata de algo delicado. Quiero evitar en la medida de lo posible ajenas interferencias. Usted, señor Mason, se hará cargo de mi posición en este asunto.

—Creo que aún no he comprendido bien.

—Bueno, siéntense. Pónganse cómodos. He preferido que esta pequeña sesión tuviera lugar en mi apartamento. Nunca se sabe lo

que puede pasar en una oficina, en un despacho privado. En él se ve uno sujeto a interrupciones; se carece del necesario aislamiento. Aquí todo cambia.

El hombre advirtió de pronto la prótesis auditiva de Mason. Automáticamente, levantó la voz.

—Bien. Voy a serle franco, señor Mason. Conservo esta cinta magnetofónica en una caja de seguridad. Me veo forzado a adoptar todo género de precauciones para su perfecta conservación. Por ejemplo, siempre que la manejo voy armado.

Brogan se echó hacia atrás la americana, mostrando a Mason una funda que colgaba de uno de sus hombros. Alojada en ella había una pistola.

—Ya sabe usted lo que son estas cosas, señor Mason.

Brogan dejó oír una risita.

—Sé cómo son ahora —murmuró el abogado.

—¡Ja, ja, ja! —rió Brogan—. Sus palabras encierran una graciosa ironía… Bien, señor Mason. Yo actúo en este caso como un intermediario. Sucede que disfruto de la confianza del señor J. J. Fritch… Es decir, que estoy en tal posición que él ha depositado su confianza en mí.

Brogan sonreía.

—Eso le coloca en una posición nada habitual, ciertamente.

—¡Oh! Me pasa siempre lo mismo —replicó Brogan—. No me importa. Con frecuencia, la gente no interpreta bien mi conducta, pero, en definitiva, yo procedo exactamente igual que usted, Mason. Esto es, protejo a mis clientes. Ése es mi credo. Una vez logrado esto, me importan un bledo las reglas del juego, las reglas convencionales, claro. Estoy aquí para defender a mi cliente.

Mason asintió.

—Y eso es lo que voy a hacer.

—¿Quién es su cliente, exactamente? —preguntó Mason.

—¡Cómo! Pues usted.

—No me había hecho cargo de ello.

—Bien. Usted actúa en nombre de la señora Atwood y yo considero que estoy haciendo lo mismo. Es decir, ansío el privilegio de actuar para ella… señalaré que considero tal cosa un auténtico privilegio.

—¿Y qué es lo que usted espera hacer? —puntualizó Mason.

—Yo quiero hacer todo lo que ustedes estimen más conveniente. Solamente hay una cosa acerca de la cual deseo insistir, señor Mason. En mi profesión he de enfrentarme con todo género de personas, con toda clase de gente. En ocasiones, me las tengo que ver con hombres y mujeres de gran moralidad; y otras veces trato con granujas. Pero soy siempre fiel. Me parapeto tras el fuerte de mi palabra. Yo he asegurado a J. J. que a esa cinta magnetofónica no le va a ocurrir nada y que sólo me desprenderé de ella en condiciones enteramente satisfactorias para él.

»Desde luego, ustedes comprenderán que ha tenido que haber por en medio un sinfín de palabras para lograr que Fritch me confiara la custodia de lo único que posee como prueba. Naturalmente, se negaba a renunciar a su posesión, aunque fuera provisionalmente, pero yo logré convencerle de que para llevar a buen término lo que se había propuesto tenía que jugar limpio y pasar por determinadas situaciones.

—¿Se trata de la cinta magnetofónica original? ¿No hay copias de ella? —inquirió Mason.

La expresión de Brogan se hizo ahora solemne.

—Creo poder asegurarle que no.

—¿En qué se basa para asegurarme eso?

—Me baso en mi larga experiencia en esta clase de asuntos y en el hecho de haber tratado con muy variadas clases de personas. Estoy completamente seguro de que en todo el mundo no existe una prueba similar.

—¿Y cuál es la posición de J. J. Fritch? A propósito, ¿es él su cliente?

—Señor Mason: quiero asegurarle a usted que yo no voy a percibir un centavo de manos de Fritch. Tampoco voy a representarlo. Me intereso por este asunto únicamente en la medida de proteger los intereses de las personas inocentes. Por lo que respecta al señor Fritch, le diré que no apruebo sus métodos. No quisiera representarlo. Creo que el hombre está desarrollando una táctica que se acerca mucho al chantaje.

»Estoy dispuesto a actuar como intermediario. Estoy dispuesto a representar a la señora Atwood para asegurarle la posesión de cierta

prueba, que ella estima sumamente perjudicial para su familia. Por supuesto que no voy a identificarme, en absoluto, con ese Fritch. Este hombre no me agrada. Me disgusta su proceder. Y nunca permitiré que sufra mi reputación profesional por tener que ver con tan nefasta actividad.

—Supongamos que nosotros le compramos esa cinta magnetofónica —dijo Mason—. ¿Equivaldría eso a suprimir una prueba en un caso criminal?

La sonrisa desapareció del rostro de Brogan. Sus pálidos ojos estudiaron al abogado detenidamente. Luego, respondió.

—Señor Mason: esa idea no se me había ocurrido en ningún momento.

—Debiera haber pensado en eso, quizá.

—Bueno —dijo Brogan—, hay que tener en cuenta que yo no soy abogado. Yo soy solamente un investigador. En este caso, se me pide únicamente que actúe como mediador. Y seguiré comportándome como tal si mis servicios son requeridos por la señora Atwood o por cualquier otro miembro de la familia Bain. Si ellos me encargan que lleve a cabo una negociación con el señor Fritch, me esforzaré por cumplir el encargo de la mejor manera posible.

»Ahora, habiendo entrado en el caso un abogado, señor Mason, tal vez sea usted la persona indicada para decidir sobre el carácter legal o no legal de la transacción.

»Desde luego, usted sabe, y yo lo sé también, que suena mal hablar de la supresión de una prueba, pero por otra parte, los dos sabemos asimismo que no es ningún crimen destruir una falsificación.

»Estoy firmemente convencido, señor Mason, de que Fritch tiene bien pocas cosas en que apoyarse. Creo que esta cinta es una completa falsificación, pero me temo que por ser una falsificación inteligente podría servir para convencer a un tribunal o jurado. Espero que no se llegará a eso. Pero puede suceder. No es posible predecirlo.

»Ahora desde luego, el señor Fritch no nos coloca en la situación de destruir una prueba. Pide simplemente que el señor Bain o la señora Atwood, si ella no quiere recurrir a su padre, le preste

suficiente dinero para defenderse ante una acusación que él juzga completamente errónea.

—El cargo queda fuera de la ley bajo el estatuto de las limitaciones, ¿no?

—Eso creo, señor Mason. Pero ahora tengo que recordarle de nuevo que yo no soy un abogado. La cosa está en que el señor Fritch piensa que está siendo falsamente acusado y que el señor Bain, como buen amigo, debe anticiparle dinero suficiente para que se encuentre en condiciones de llevar a cabo una investigación y una eficaz defensa.

—¿Quién se encargaría de realizar esa investigación? —preguntó Mason—. ¿Usted?

—Señor Mason; no lo sé. Usted se empeña en colocar el carro delante del caballo. Desde luego, existe la posibilidad de que el señor Fritch me encargue esa investigación en su nombre. No sé… Si él me hiciese tal encargo después de haber sido liquidado por completo este asunto, es posible que yo aceptara. Realmente, no puedo afirmar nada en este momento. Lo que sí sé es lo siguiente: no me prestaré ni a discutir el asunto hasta que la transacción sea un hecho.

—¿Cuánto dinero quiere Fritch?

—El suficiente para realizar la investigación y librarse de una acusación que él juzga falsa insistentemente.

—¿Y tiene alguna idea sobre la cantidad a que ascendería eso?

—Bueno… Habrá que recorrer toda una serie de pistas, señor Mason; será necesario escarbar en un puñado de viejos papeles… No es fácil determinarla Fritch estima que la cantidad mínima, la mínima, ¿eh?, sería del orden de los veinticinco mil dólares.

—Eso es mucho dinero.

—Fritch no considera la cuestión en términos de dinero. La considera en términos de servicio. Es lo que le costaría defenderse ante una falsa acusación.

—Es una suma elevada…

—Es posible. Usted sabe de estas cosas más que yo. Si la señora Atwood me encarga la presentación del asunto al señor Fritch, haré, desde luego, todo lo posible para reducir esa suma cuanto pueda.

—¿Y qué pasa una vez pagada la cantidad?

—Por supuesto, señor Mason: lo ignoro. No me he ocupado de tal extremo con Fritch. Éste vino a verme. Le dije que yo no trabajaría para él por ningún concepto, pero que estaba dispuesto a ponerme en contacto con la señora Atwood y que me pondría a sus órdenes si ella deseaba contratar mis servicios. Sin embargo, advertí a Fritch que en el caso de aceptar el cargo de la señora Atwood mis actividades estarían íntegramente dedicadas a ella, y que si yo pensaba que la cinta magnetofónica era totalmente una falsificación haría cuanto estuviera en mi mano para demostrar que lo era…

—¿Y qué le dijo Fritch entonces?

—Me dijo que podía hacerme cargo de la cinta, siempre y cuando le prometiera que no iba a pasarle nada, para que yo diese los pasos que estimara convenientes con objeto de probar su autenticidad. Bien. Creo haber fijado con toda claridad mi posición.

—Con extraordinaria claridad —manifestó Mason, secamente—. Y ahora, escuchemos esa grabación.

Brogan miró a Mason un momento, silenciosamente hostil.

—Adelante —insistió el abogado—. Oigamos eso.

—Primeramente he de decir algo para que nos comprendamos bien —declaró Brogan—. No vamos a ir a parar a ninguna parte estudiando nuestros respectivos móviles. Usted es un abogado. Supongo que habrá recibido una cantidad, un anticipo a cuenta, de la señora Atwood. Ahora, antes de dar un paso más en este asunto, un solo paso, he de insistir en que la señora Atwood debe entregarme un anticipo para actuar en favor de ella. Usted, como abogado suyo que es, habrá de aprobar el mismo ¿Me explico?

—En otras palabras: usted quiere protegerse a sí mismo, ¿no?

—Ha dado usted en el clavo —contestó Brogan.

—Conforme —dijo Mason—. Escucharemos la grabación. Tengo entendido que usted ha sido autorizado para llegar hasta ahí.

—Para llegar hasta ahí y no más lejos.

—De acuerdo. Vamos a ello, pues.

Brogan sacó un magnetófono, conectando su cable a un enchufe. Luego, se acercó a un muro. Corriendo una sección del mismo que parecía sólida pared, como el resto, descubrió una caja fuerte. Operó en los mandos de ésta y extrajo del interior un carrete de cinta magnetofónica.

—Como ya le indiqué, señor Mason, anda mi reputación profesional en juego. He asegurado al señor Fritch que esta cinta no sufriría ningún daño mientras esté en mis manos, garantizándole que nadie la tocaría. Quiero pedirles que se instalen a este lado de la mesa. Quiero que usted y la señora Atwood se mantengan en todo momento alejados de este aparato. De ningún modo consentiré que toquen la cinta, ni que la examinen. ¿Queda eso bien comprendido?

—Es usted quien fija las condiciones —repuso Mason.

—Espero que las respete.

—Si nos negamos a respetarlas no hay más que decir. Por la puerta se va a la calle, ¿no?

—Están ustedes en completa libertad de salir de aquí cuando lo deseen.

Un paño de seda, bordado, fue extendido sobre la mesa. Brogan colocó el carrete de cinta encima de aquél, junto al magnetófono. Entonces, repasó el aparato. Seguidamente, procedió a la colocación del carrete, pasando la cinta por la cabeza reproductora y sujetando un extremo en el segundo carrete, vacío.

Mason dijo, sonriendo:

—Desde luego, no quiero dudar de su hospitalidad… Más bien me inclino a pensar que no ha caído en la cuenta de lo bien que nos caería algo de beber. ¿Me perdona esta libertad?

—Son ustedes los que han de perdonarme —replicó Brogan—. Me hallaba tan concentrado en lo que estaba haciendo que había olvidado por completo mis obligaciones como anfitrión. ¿Qué le gustaría a usted tomar, señora Atwood?

—Un whisky con soda —respondió ella.

—Yo quiero un poco de whisky con agua —declaró Mason—. Y de no importarle, quisiera hacer la mezcla yo mismo.

—De acuerdo, de acuerdo —los labios de Brogan se distendieron en una sonrisa. Sus dientes eran grandes y no muy regulares—. Comprendo su manera de pensar, abogado. Usted desconfía. Tendrá que dispensarme si me muestro tan receloso como usted. Ha dicho que deseaba prepararse su propia mezcla y así será. Ustedes me precederán para trasladamos a la cocina y si me hacen compañía allí todo marchará bien. En otras palabras, señor Mason, no quiero

que utilice el subterfugio de hacerse con una bebida para disponer de la oportunidad de atentar contra esta cinta. La cocina se encuentra al lado, a la derecha del corredor… Si tienen la amabilidad de salir por esa puerta…

Mason y la señora Atwood se movieron en la dirección indicada por Brogan.

—Un día de éstos —manifestó Brogan—, voy a comprar uno de esos bares portátiles que se fabrican el hielo, los cuales pueden instalarse en el cuarto de estar. Entretanto, vengo usando el del frigorífico, que se encuentra en la cocina. Perdonen la molestia.

—Está usted perdonado.

Una vez en la cocina, Brogan sacó unos vasos. Luego, abrió el frigorífico, extrayendo del mismo una bandeja de cubitos de hielo. Presionó una palanca y éstos cayeron dentro de un plato. Finalmente, abrió un armario en una de cuyas estanterías había varias botellas.

—Tiene usted un buen surtido de bebidas —señaló Mason.

—No tiene importancia, en realidad. He trabajado a menudo para comerciantes declarados en quiebra. Hace unos meses le tocó el turno a un restaurante. La mayor parte de la bodega fue a parar a mis manos, como compensación por los honorarios que no cobré.

George Brogan, complacido, había enseñado a sus visitantes, mientras hablaba, otras reservas de botellas. Evidentemente, quería impresionar a Mason con su sagacidad. El hombre se frotó las manos incluso, satisfecho.

—Sírvanse ustedes mismos —dijo—. En las cantidades que deseen. Me doy cuenta de sus recelos, señor Mason, y sé que toma precauciones. También yo procuro adoptarlas. Cada uno de nosotros se servirá la bebida que más le agrade, por esa razón. Cada uno se hará su mezcla, a su gusto. No quiero ni pensar en dejar caer una droga somnífera, por ejemplo, en su vaso; me espanta también la idea de que a usted, a su vez, se le pueda intentar disponer de mí de esa forma.

De acuerdo con tales indicaciones, se echaron cubitos de hielo en sus vasos, vertiendo a continuación la bebida elegida. Mason se acercó al fregadero y abrió el grifo para «bautizar» su whisky.

—Que nuestros enemigos se vean confundidos —dijo Mason

filosóficamente al llevarse el vaso a los labios.

Brogan se echó a reír.

—No es usted un hombre fácil realmente, señor Mason —manifestó aquél—. Pero la verdad es que ya me lo había imaginado así. No me ha sorprendido. Bien… ¿Les parece oportuno que pasemos al cuarto de estar para escuchar esa grabación?

Mason echó a andar apresuradamente hacia la puerta.

—Un momento, un momento —dijo Brogan, con una voz que sonó como un trallazo—. Creo que no me ha concedido la primacía debida, señor Mason. Soy yo quien abandona la habitación en primer lugar. Para estar en la habitación en que se encuentra el magnetófono, le es indispensable mi compañía… No pienso dejarle junto a la cinta, y solo, ni un instante. ¿Me ha comprendido?

—¡Oh! Perdone —respondió Mason—. Bueno, ¿hay algún inconveniente en que eche un poco más de agua a mi whisky?

El abogado retrocedió hasta el fregadero.

Brogan entró en el cuarto de estar, seguido por la señora Atwood.

En la pared, sobre el fregadero, había un soporte de cuchillos magnético, estrecho y alargado. Había quedado asidos a él ocho o nueve cuchillos. Venía a ser, simplemente, un imán.

Mason quitó aquellos cuchillos de allí. Luego, sacó el soporte magnético, guardándoselo en el bolsillo de la cadera, del pantalón. Finalmente, se apresuró a encaminarse al cuarto de estar. Le separaban unos pasos de la señora Atwood.

—Tenga la amabilidad ahora de instalarse en ese lado de la mesa —rogó Brogan—. Yo me quedaré donde estoy. De esta manera, señor Mason, no sentirá usted en ningún momento la tentación de intentar algo que pueda ocasionarnos un disgusto. Compréndalo… Estoy junto a ustedes, pero me veo obligado a proteger mi reputación profesional mediante un juego limpio.

—Muy digna de elogio su actitud. Usted se hace cargo de mi actitud y yo comprendo perfectamente la suya —contestó Mason—. Si puedo desbaratar el plan de Fritch lo haré, en cuanto se me depare una ocasión.

El abogado dejó su vaso sobre la mesa, acercando a la misma una silla en la cual se sentó. En este instante Mason deslizó

disimuladamente el soporte imantado sustraído en la cocina debajo del paño que cubría todo el tablero.

Seguidamente cogió su vaso, tomando un sorbo de whisky. Lo volvió a colocar sobre la mesa, pegado al imán. Moviendo con naturalidad el vaso, logró que aquél avanzara unos centímetros en dirección al magnetófono.

—Adelante, Brogan —dijo Mason—. Nosotros estamos ya preparados.

Brogan manipuló el magnetófono, retrocediendo un par de pasos para poder observar mejor los rostros de sus visitantes.

Del altavoz del aparato salieron unos ruidos secos. Después, se oyó en la habitación una voz sorprendentemente clara. Por espacio de unos quince minutos, Mason y Sylvia Atwood escucharon una conversación entre J. J. Fritch y Ned Bain. Guiándose por aquélla, nadie podía ponerlo en duda: Ned Bain había sabido en todo momento que el dinero adelantado por Fritch procedía del robo de un banco.

Brogan, incapaz de disimular la nota de triunfo que se advertía en su voz, inquirió, finalizada la reproducción:

—¿Han quedado ustedes satisfechos?

—¿Satisfechos de qué?

Brogan se apresuró a recoger velas.

—Quiero decir, ¿se trata de la voz de su padre, señora Atwood? Porque si no lo es, esto se termina aquí. Pero seguiremos adelante por otro camino, haciendo que Fritch sea detenido…

—¿Y si es, en efecto, la voz del señor Bain? —preguntó Mason.

—Entonces, por supuesto, tendremos que movernos con más cuidado.

Mason se puso en pie. Una de sus manos descansaba sobre la mesa en este instante. Lentamente, se inclinó hacia el magnetófono, recorriendo con la vista la cinta. El soporte imantado, entretanto, se desplazaba levísimamente bajo el paño de la mesa, empujado por sus dedos.

—Un momento, señor Mason, un momento —dijo Brogan, de repente, cauto—. No se acerque más al aparato.

Mason se apresuró a contestar.

—Quería echar un vistazo a esa cinta. Deseaba saber si hay

empalmes en ella.

Sus dedos empujaron una vez más el soporte imantado, bajo el paño.

—¿Qué quiere usted dar a entender? No comprendo…

—Que tenga o no tenga empalmes constituye un detalle de gran importancia. La cosa cambia, en caso afirmativo.

—Pues es toda de una pieza, sépalo usted. No acierto a ver todavía qué es lo que pretende diciendo eso.

Brogan pasó la cinta a su carrete, quitando el mismo del aparato.

Bruscamente, Mason se inclinó hacia delante, propinando al soporte un último empujón.

—Déjeme examinar ese carrete, Brogan.

Brogan colocó aquél sobre la mesa, diciendo:

—Le ruego, Mason, que no intente realizar ninguna treta… Voy a pedirle que retroceda un paso. Luego, le mostraré el carrete, de acuerdo con sus deseos.

Mason dio un paso atrás.

—Pretendo averiguar si la cinta tiene empalmes —insistió.

Brogan repuso:

—En fin de cuentas, éste es un asunto que hemos de saldar nosotros dos. Usted representa a un cliente. Yo espero representar a la misma persona. Nuestros intereses son comunes. Usted se ha hallado anteriormente en situaciones semejantes a ésta y yo no carezco de experiencia al respecto. Procuraremos ahora no perder la serenidad, discutiendo este asunto de una manera lógica, razonada.

Brogan introdujo por el centro del carrete un lápiz y desenrolló unos metros de cinta, dejando que ésta llegara al suelo.

—Verá usted que aquí no hay ningún empalme.

—En ese trozo que me está usted enseñando, no.

Brogan desenrolló dos o tres metros más de cinta magnetofónica. A continuación, la fue recogiendo, colocando para eso el carrete encima del tablero, plano, girando en tomo al lápiz.

—Bueno. Ya ha visto usted todo lo que tenía que ver —dijo—. Carezco de permiso para ir más adelante. Puedo asegurarle que en esta cinta no hay empalmes de ningún género. Por lo que yo he observado, no hay nada extraño en ella. Está en orden. Aquí no hay

nada falso, Mason.

Brogan cogió el carrete, añadiendo:

—Ahora, antes de que sigamos hablando, guardaré la cinta en la caja fuerte.

El detective les dio la espalda un momento para hacer lo que acababa de anunciar. Mason, inclinándose hacia delante, para inspeccionar, al parecer, el aparato, sacó el soporte imantado de debajo del paño, deslizándolo en uno de sus bolsillos. Aquello fue un abrir y cerrar de ojos.

Los ojos de Sylvia Atwood se dilataron de pronto al ver el movimiento del abogado. Mason le hizo una elocuente seña para que guardase silencio.

—Bien —dijo Mason—. Me serviré otro whisky si usted no tiene inconveniente, Brogan, antes de que nos acomodemos debidamente para hablar del presente caso.

Mason pasó a la cocina, colocando rápidamente el soporte imantado de los cuchillos en su sitio, con los mismos, tal como los había encontrado. Estaba sirviéndose el whisky cuando Brogan y la señora Atwood se plantaron en la puerta.

—Sírvase con entera libertad el whisky que desee —dijo el primero—. Lamento mostrarme un poco receloso, Mason, pero, con franqueza, es que le temo. Tiene usted fama de ser un hombre endiabladamente inteligente y yo creo a pies juntillas cuanto de usted afirma la gente.

—Perfectamente. Vayamos al grano… Fritch quiere veinticinco mil dólares. ¿Con qué cantidad se contentaría?

—Yo estimo que con veinte —repuso Brogan, con los párpados entreabiertos—. Pienso que si yo representara a la señora Atwood, ésta podría ahorrarse unos cinco mil dólares.

—¿Cuáles serían sus condiciones?

—¡Mis condiciones! —exclamó Brogan—. Yo, señor Mason, me contento con una compensación razonable. Dejaré este asunto enteramente en sus manos. No en balde es usted un abogado experto en estas cuestiones, capaz de apreciar la gravedad de la situación y de calcular el valor de esta grabación.

Mason, con gesto pensativo, tomó un sorbo de whisky.

—Mire, Brogan: yo no voy a aconsejar a mi cliente que pague;

tampoco le aconsejaré que lo acepte a usted como intermediario… Para no proceder así tendría que estar totalmente convencido de que la cinta magnetofónica es auténtica. No, ya sé que usted no consentirá nunca que yo ponga mis manos en ella… Le sugiero otro proceder. Reproduzca la grabación una vez más, pero déjeme sentarme donde yo pueda ver cómo se desenrolla o pasa al otro carrete, por la cabeza magnética, para comprobar si, efectivamente, hay empalmes o no.

—¿A qué se debe su insistencia sobre la cuestión de los empalmes? —preguntó Brogan—. ¿Es que la cosa cambia si los hay?

—Podía haberse hecho un montaje con frases pronunciadas en varias conversaciones, alternando a capricho con determinadas preguntas. De esta manera, unas palabras inocentes pueden ser graves, decisivas…

Brogan echó la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada.

—Es una idea muy traída por los pelos, Mason. Dudo de que pueda ser llevada a la práctica, incluso.

—Yo sé demasiado bien que es factible.

—Pues yo tengo la seguridad de que no se ha recurrido a tal treta.

—A mí no me importa lo que usted crea. Quiero convencerme por mí mismo.

—¿Cómo? ¿Qué puedo yo hacer para convencerle?

—Deseo que pase usted otra vez esa cinta por el aparato, estando los dos sentados uno al lado del otro.

Brogan movió la cabeza, denegando.

—No puedo permitir tal cosa.

—Bien. Es indispensable que yo la examine. Tengo que comprobar que la cinta no es un conjunto de empalmes.

—Le diré lo que pienso hacer —declaró Brogan—. Daré la vuelta al aparato. De ese modo, usted ocupará el mismo sitio que antes junto a la mesa y podrá examinar la cinta mientras pasa al otro carrete.

—Eso ya es satisfactorio —contestó Mason—. Quiero escuchar la grabación de nuevo.

—¿A qué obedece tal empeño?

—Con franqueza: deseo familiarizarme con la voz de Ned Bain.

—Se trata de su voz, sin lugar a dudas.

—Lamento no poder aceptar las seguridades que me da.

—Nadie le ha pedido que las acepte. Me he limitado a formular unas consideraciones. De creerme, evitaríamos una lamentable pérdida de tiempo.

—¡Oh! No me importa perder unos minutos más.

Brogan se encaminó delante de ellos al cuarto de estar. Una vez aquí, preparó el magnetófono. Se acercó a la caja fuerte de la pared y manipuló en sus mandos, colocándose un poco de lado mientras llevaba a cabo esta operación, para no perder de vista a Mason ni un momento.

Brogan colocó en el aparato el carrete, pasando la cinta por la cabeza reproductora, sujetando el extremo de la misma al carrete vacío. Después, dio la vuelta al magnetófono para que Mason alcanzara a ver la parte interior de la cinta. Seguidamente, retrocedió, expectante, cruzándose de brazos, sin apartar los ojos un instante del rostro de Mason.

Del altavoz del aparato salieron unos secos crujidos. La cinta, lentamente, se iba desenrollando. Hubo un completo silencio.

—¿Qué pasa? —inquirió Mason—. No habrá usted colocado mal eso, ¿eh?

El pánico se apoderó de Brogan, claramente. Inclinándose hacia delante, revisó el magnetófono.

—Asegúrese bien de que no está borrada la grabación —le advirtió Mason.

Bruscamente, Brogan paró el aparato; estudió las conexiones cuidadosamente. Luego, de nuevo, colocó la cinta en la posición inicial.

—Imposible —manifestó—. En este magnetófono he puesto millares de cintas. Sé muy bien lo que hago. No se acerque, Mason.

—No me acerco. Estoy pensando que quizá pudiera echarle una mano.

—Puedo pasar perfectamente sin su ayuda.

Una vez más, Brogan revisó el paso de la cinta por la cabeza reproductora, sabedor de que a veces aquélla se doblaba o se desplazaba fuera de los dos pequeños cilindros-guías.

Otro período de completo silencio. Unos segundos después, salió

del altavoz un débil murmullo, en una conversación que resultaba apenas audible.

Brogan tocó el botón del volumen, colocándolo al máximo de su capacidad.

—¿Qué pasa aquí?

La cinta continuaba pasando al otro carrete… Ocasionalmente, era posible oír una palabra, muy débilmente. Tan débilmente que no llegaba a entenderse.

—¡Santo Dios! —exclamó Brogan ahora, con voz ahogada.

Su frente se había cubierto con gotitas de sudor. De repente, miró a Mason con ojos recelosos.

—¿Qué ha hecho usted con este aparato? —inquirió.

—¿Qué puedo haberle hecho yo? —preguntó a su vez Mason tranquilamente.

—¡Maldita sea! No sé… —Brogan empezó a rebobinar la cinta a mano—. Creo que usted, por un procedimiento u otro, ha hecho algo en los imanes. No va a salir ganando con ello nada, Mason. Me haré con otro magnetófono… Y después…

—Procúrese ese magnetófono nuevo en seguida, por lo que más quiera. Y cuando haya comprobado que la reproducción es perfecta, llámeme. Antes de aconsejar a la señora Atwood que se ponga al habla con usted para entrar en negociaciones con el señor Fritch, quiero estar absolutamente seguro de que la cinta no es un vulgar amaño.

Brogan procuró dominarse. Le costó un gran esfuerzo. Se secó la sudorosa frente.

—Puede estar seguro de que no hay nada falso en esta cinta.

—Usted es el que parece estar preocupado ante tal posibilidad.

—Yo he de tener en cuenta en todo momento mi reputación profesional. Si a esta cinta le pasara algo yo me pondría inmediatamente en un aprieto.

—Eso mismo nos lo ha dicho usted ya varias veces. Bueno, espero que se servirá telefonearme cuando disponga de otro magnetófono en condiciones…

—Le llamaré, por supuesto —dijo Brogan, esforzándose por no delatar su nerviosismo.

—De acuerdo, entonces.

—Indudablemente, se ha averiado el aparato —dijo Brogan—. Tiene que ser cosa del magnetófono. La cabeza reproductora, que se habrá polarizado, o algo por el estilo. Me haré probablemente con otro aparato mañana…

Brogan les acompañó hasta la puerta. Quitó la cadena, corrió el pestillo y abrió aquélla.

—Usted me telefonea —indicó Mason—. Concertaremos otra entrevista. Actualmente, ando muy ocupado en el Palacio de Justicia.

—Conforme. He de darles las gracias por haber venido. Es ya hora de comer, aproximadamente. Lamento no poder invitarles, pero es que me va a llevar algún tiempo el repaso de ese aparato… No sé qué puede haberle sucedido.

Sus pálidos ojos se detuvieron en el rostro de Mason, escrutando sus facciones.

—¿Qué diablos puede haber pasado? —añadió—. No creo que sea la cinta… Siento verdadera curiosidad por averiguar a qué ha sido debida esta irregularidad en el funcionamiento del magnetófono.

Cuando Mason y la señora Atwood se quedaron solos en el pasillo exterior, oyeron el ruido metálico del pestillo al ser corrido y el tintineo de la cadena auxiliar.

—Bien. Eso es todo —murmuró el abogado, mirando a la señora Atwood.

—Señor Mason —susurró ella—: ¿qué es lo que hizo usted? ¿Qué es lo que se guardó en el bolsillo? ¿Qué había bajo el paño que cubría la mesa?

Mason la miró fingiendo un gesto de inocencia:

—Me gustaría saberlo.

De repente, la señora Atwood sonrió.

—Estoy segura de que lo sabe.

—Perfectamente. Me pondré en contacto con usted cuando vuelva a tener noticias de Brogan.

—¿Cree que le llamará pronto?

—Desde luego. En seguida —repuso Mason—. Primeramente, ha de hacer algunas cosas… Se inventará una historia para justificarse y luego se mostrará tan afable como antes. Nos dirá que se produjo

una avería en el mecanismo de reproducción. Mañana lo tendrá todo dispuesto de nuevo.

—Señor Mason: ¿qué hizo usted? Todo parece indicar que se las arregló para borrar esa cinta, para eliminar hasta el último vestigio de la conversación grabada.

Mason enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Usted cree?

—Sí.

—¿Cómo iba a poder hacer tal cosa si Brogan no me perdió de vista ni un solo instante?

Se encaminaron al ascensor.

—Yo creo que ésa es precisamente la pregunta que atormenta más a Brogan en estos momentos.

Mason esbozó una sonrisa.

—Particularmente si considera las seguridades dadas por él, quien ha insistido una y otra vez en que no existe más cinta que ésa, en que no hay copias de la misma.

—Tengo la impresión de que su prótesis auditiva tiene mucho que ver con su reciente éxito… ¿La usa muy a menudo?

—En la actualidad, me encuentro ligeramente resfriado —respondió Mason abriendo las puertas del ascensor y echándose a un lado para dejar paso a su acompañante.

Capítulo 4

El despacho privado de Mason parecía en aquellos momentos el laboratorio de un estudio de grabaciones.

El magnetófono en miniatura del abogado se hallaba sobre su mesa de trabajo. Estaba conectado con otro aparato de cinta, a la que pasarían luego los sonidos recogidos por el alambre del primero. Un monitor separado de este conjunto permitiría a Mason y Della Street escuchar lo que iba a ser grabado.

Cuando ya estaba en marcha todo, Della Street comentó:

—La grabación es limpia, muy clara.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué piensas de Brogan?

—No tardará en situarse bajo los focos, espontáneamente —replicó Mason—. Saldrá de su casa a toda prisa, para ver a Fritch. Cuando suceda, los hombres de Drake ya estarán al acecho. El hombre…

Mason guardó silencio de pronto. Alguien acababa de llamar a la puerta del despacho, con una señal que parecía convenida.

—Se trata de Paul, Della.

La joven abrió la puerta.

Paul Drake entró en la habitación. Cerró la puerta a su espalda. Veíase de buen talante.

—¿Qué estáis haciendo aquí dentro?

—Estoy valiéndome de mi pequeño magnetófono alemán para registrar en la cinta la charla que sostuve con tu amigo Brogan y, de paso, saco una copia de cierta conversación que él conservaba en la otra como oro en paño…

Drake prestó atención.

—Se oye con una claridad casi perfecta. Y dices que el aparato

grande es para…

—Estoy pasando la grabación del alambre a la cinta, ya te lo he dicho. Ésta me servirá de referencia y el alambre lo encerraré bajo siete llaves, puesto que constituye una prueba.

Drake siguió escuchando… Finalmente, dejó oír una risita.

—Al parecer, has sacado el máximo partido de ese hombre.

—Modestia aparte, creo que sí… —replicó Mason en tono zumbón—. A propósito… ¿Qué ha pasado con Brogan? ¿Ha llevado a tus hombres al sitio en que se encuentra J. J. Fritch ya?

—Todavía no. Todavía no ha abandonado su apartamento.

Mason no se molestó en ocultar su sorpresa.

—¿Que no ha dejado todavía su apartamento? —inquirió.

—No. Mis hombres continúan apostados por allí.

—¿Cuánto tiempo llevan en aquel lugar?

—Bastante. Estaban allí antes de que tú y la señora Atwood salierais. Dicen que os vieron salir.

Mason frunció el ceño, que fue disipado casi inmediatamente por una sonrisa.

—Ese hombre, Brogan, debe de estar pasando el peor rato de su vida, intentando descubrir qué es lo que le ocurre a su magnetófono. Seguramente, no se atreve a contar a Fritch lo sucedido.

—¡Demonios, Perry! ¿Y qué es lo que ha sucedido?

—He conseguido hacerle polvo la prueba a Brogan.

—¿Cómo?

—Te seré franco —replicó Mason—. La idea se me ocurrió sobre la marcha. Pensé primeramente en pedir a Brogan algo de beber con el fin de aprovechar los momentos que estuviese fuera de la habitación para echar un vistazo a la cinta y comprobar si tenía algunos empalmes. Brogan es demasiado listo para caer en un trampa semejante.

—Ni siquiera sé cómo pudiste pensar en tal cosa —dijo Drake—. Con seguridad que ni por un instante te hubiera dejado solo junto al magnetófono. Habrías procedido con más lógica y de acuerdo con lo que él se merece apoderándote de la cinta y arrojándola a la calle por una ventana.

—Desde luego… Bueno, Brogan insistió en que debíamos pasar

los tres a la cocina. Después, cada uno se sirvió su bebida. No quería exponerse a que yo echara cualquier droga a su vaso, ni que pensáramos que él podía llevar a cabo una intentona similar. A continuación, descubrí un soporte para cuchillos, magnético, en el fregadero, y entonces concebí mi plan de acción.

—¿Qué es lo que hiciste?

—Primeramente, me las arreglé para salir el último de la cocina y me apoderé del soporte magnético, que deslicé en uno de mis bolsillos. La vara imantada fue a parar, sacando partido de ciertas oportunidades, bajo el paño con que había cubierto la mesa Brogan, por el sitio en que éste colocaría temporalmente el carrete con la cinta magnetofónica. Brogan no notó nada anormal. Luego, insistí en que quería ver la cinta, parte de ella, al menos, y nuestro amigo, muy servicial, la hizo pasar… Al quedar dentro del campo magnético, la grabación quedó borrada.

—¿Sí? —preguntó Drake, incrédulo.

—Borrada por completo.

—No lo entiendo —dijo el detective—. ¿Cómo es eso?

—Esas cintas vienen a ser, simplemente, una disposición de moléculas sobre un cuerpo imantado. Se puede borrar una conversación y utilizar la cinta las veces que se quiera pasándola por un campo magnético, que es, *grosso modo*, lo que se hace al utilizarla por segunda vez. Al deslizarse por este campo magnético, la antigua conversación se borra conforme se va grabando la nueva.

»Tú puedes coger un imán en forma de herradura, deslizándolo en torno a un carrete de cinta y ésta queda borrada… Ahora bien, un buen imán como el que tuve ocasión de emplear da un resultado todavía mejor.

—Pues no sabía nada de eso —confesó Drake—. Bueno, no había visto la cosa de esa forma… Sabía, naturalmente, que las palabras se grababan merced a las pulsaciones producidas en un campo magnético. ¿Cómo reaccionó Brogan? Supongo que le daría un ataque.

Mason se echó a reír.

—El pánico se apoderó de él, ciertamente. Luego, es posible que recordara que disponía de medios para hacerse con una copia de la cinta. Entonces, se apresuró a echarnos disimuladamente de su

apartamento, asegurándonos que su magnetófono había sufrido una avería.

—¿Está al tanto de lo que hiciste?

—Sabe que yo he hecho algo… Pero no da con lo que es, probablemente, por lo cual supongo que andará extraordinariamente preocupado.

—¿Y qué va a pasar cuando advierta que se ha quedado sin la cinta?

—Esa grabación era un amaño.

—¿Qué quieres decir?

—Verás… Es probable que Fritch sostuviera una larga conversación con Ned Bain, conversación en la que hablarían de muchas cosas: de política, de sus buenos tiempos, de negocios, de compras y ventas de reses, de petróleo, etcétera. Luego, Fritch dividió en porciones la cinta. Cualquier técnico poco o nada escrupuloso ordenaría después aquéllas en la forma más conveniente a los intereses de ese individuo.

—Todavía no lo entiendo bien.

—La cosa discurría de esta manera… Supongamos que en su conversación con Bain, Fritch dijo a éste: «¿Te acuerdas de aquel día en que, cazando, matamos aquel hermoso venado en lo alto de una montaña?». Bain respondería, por ejemplo: «Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, J. J. No olvidaré jamás aquella experiencia».

»Bien. Fritch se presenta en un estudio, donde se hacen grabaciones. Su técnico, el que se presta al juego, graba en otra cinta una nueva pregunta: «¿Te acuerdas de cuando me hice con aquel capital que había de servirte en tu aventura del petróleo en Texas, asaltando un banco, Ned?».

»Lo que queda por hacer después de eso es muy simple. Basta con sustituir la primera pregunta, la de Fritch, por la segunda… Entonces, la en principio inocente contestación de Bain se convierte en peligrosa y delatadora.

—¿Y toda la conversación fue montada así? ¿Tú crees?

—Me inclino a pensar que sí.

—Así pues, la cinta está llena de empalmes.

—Eso se verá bien en la original. Pero es que, además, los empalmes han sido hechos con mucha habilidad. Están tan bien

hechos que no pueden ser detectados escuchando la grabación, por muy atento que se esté a ella. La cinta registraba veinte minutos de conversación, conteniendo unas cuantas declaraciones acusadoras. Seguidamente, del original se pasó a la copia…

—¿Y cómo vas a probar todo eso?

—Ahí está el problema, desde luego —admitió Mason—. No obstante, creo tener una salida. Y buena.

—¿Cuál?

—El técnico en sonido fue demasiado listo…

—¿Qué quieres decir?

—La conversación real entre Fritch y Bain no tuvo lugar en una habitación normal, corriente, en un apartamento cualquiera. Sus palabras parecían rebotar en los muros de la estancia, esto es, se producía cierto eco. Éste es perceptible con la voz de Bain, con la voz de Fritch… Sin embargo, siempre que Fritch formula una pregunta que provoca una declaración peligrosa para Bain, la voz de aquél se oye sin el eco a que he aludido.

»Ya te darás cuenta de lo que eso significa… Las preguntas que interesan fueron hechas entre las paredes de un estudio a prueba de ruidos exteriores. Probablemente, Fritch llevó a cabo sus ensayos antes de ponerse ante el micrófono, como actor, intentando dar naturalidad a sus palabras. La calidad perfecta de esos registros es evidente, incluso para un oído poco adiestrado.

»Tú sabes, Paul, qué es lo que pasa dentro de una habitación ordinaria. La voz humana, sobre todo si es de hombre, rebota en los muros, en el piso, en el techo, provocando una serie de ecos. En la conversación ordinaria no nos fijamos en tales detalles, claro, ni pensamos en su existencia. Pero la cosa cambia cuando nuestras voces son recogidas por un sensible micrófono. Entonces queda todo grabado en la cinta. Descubrimos entonaciones y ruidos que de otro modo habríamos pasado por alto.

»Las casas que efectúan grabaciones de tipo profesional disponen de estancias en las condiciones debidas, con paredes, techos y suelos especialmente preparados para la eliminación de ecos y para conseguir un aislamiento total.

»He escuchado atentamente esa grabación y en ningún momento he apreciado que Ned Bain admita algo realmente. Lo que sí hace

Bain es formular declaraciones confirmando ciertos extremos a que J. J. Fritch ha aludido. Creo por este motivo que podremos probar que la grabación ha sido amañada… Ya veremos.

—¿Qué crees que pasó en el apartamento de Brogan después de iros vosotros?

—Me figuro que tan pronto salimos del piso Brogan llamó por teléfono a Fritch, diciéndole: «Mason se las ha arreglado para borrar la conversación que fue grabada en nuestra cinta. Tenemos que hacer otra copia de la original. Seguidamente, destruiremos ésta, sustituyéndola por la nueva. A Mason le diré que se trataba de una avería en el aparato. Mason sabrá que miento, pero, ¿de qué va a servirle eso? No puede probar nada». Fritch y Brogan prepararán otra copia y el detective me dirá que es la misma que escuché antes, que el incidente había sido debido a una anomalía en la cabeza reproductora.

Drake permaneció en actitud reflexiva unos instantes.

—¿Puedes probar, Perry, que la segunda cinta es una nueva grabación?

—No.

—Entonces, ¿qué has ganado borrando la primera?

—Voy a forzar a Brogan a obligarle a ponerse en contacto con Fritch. Cuando el detective proceda así, localizaremos a su amigo. Los he obligado también a hacer una nueva copia del original. Seguramente tienen bien guardada, en alguna parte, la cinta de los empalmes. En una caja de seguridad de cualquier banco, probablemente. Brogan nos llevará a Fritch y Fritch nos conducirá al banco que sea… Seguidamente, cursaremos a este último una *sobpoena dulces tecum*, ordenándole que extraiga el carrete de cinta magnetofónica empalmada de la caja fuerte número tal y tal, en el banco X… Los dos compinches se llevarán un buen susto. No se explicarán cómo nos hallamos tan bien informados.

—Pero es que Brogan no ha abandonado su apartamento.

—Porque Fritch se encontrará fuera de su casa, en algún sitio, no habiendo podido establecer contacto con él por esa causa.

—¿Qué nos dices acerca de tu cliente? ¿Está enterada de que saboteaste la cinta?

—Está enterada, pero ignora cómo lo hice. Brogan sí lo sabe y

estará asustado. Seguro que daría cualquier cosa por averiguar de qué treta me valí para borrar la grabación.

—Bueno, mis hombres se encuentran ya en su trabajo —dijo Drake—. Pensé que debía cambiar impresiones contigo.

Mason hizo un gesto de aprobación.

—Y dices que puedes notar la diferencia en la calidad de la grabación, según se trate de las preguntas acusatorias de Fritch o de las respuestas de Bain…

—Este pequeño magnetófono funcionó a la perfección. La grabación conseguida es muy buena. Desde luego, hay que tener en cuenta que los sonidos grabados salían de un altavoz; hay que tener en cuenta, asimismo, las condiciones del cuarto en el apartamento de Brogan, con los típicos ecos… Pero como éstos se hallan uniformemente repartidos por toda la cinta, se puede apreciar aún la superior calidad de la grabación en lo tocante a las preguntas de Fritch al lado de las respuestas de Bain.

Mason puso en condiciones el magnetófono grande para que Drake escuchara la reproducción.

—Esta parte de la charla —señaló Mason—, es muy uniforme. Los ecos producidos por la voz de Fritch son del estilo de los causados por la de Bain. Hablan acerca del negocio ganadero. Presta ahora atención a esto…

De pronto, la voz de Fritch dijo: «Me pregunto qué pasará si alguien descubre alguna vez que fui yo quien realizó el asalto al banco». Y Bain contestó con naturalidad, con tanta naturalidad que daba la impresión de referirse a una cosa intrascendente: «¿Cómo va a enterarse de eso la gente?».

Mason paró el magnetófono.

—¿Te das cuenta de lo que he querido decir, Paul?

—No estoy muy seguro… —repuso Drake—. Oí la pregunta de Fritch con toda claridad. Lo que sí me ha impresionado es la naturalidad de la respuesta de Bain.

—Habló en ese tono porque sus palabras se referían a otra cosa, sencillamente. Voy a seguir pasando cinta. Presta atención. Si escuchas atentamente advertirás la diferencia de calidades. Fritch formuló su pregunta entre las paredes de un estudio… Voy a poner la cinta donde antes. Comienzo.

Drake cerró los ojos para concentrarse mejor.

Cuando Mason paró de nuevo el aparato, el detective hizo un gesto afirmativo.

—Comprendido, Perry. Es perceptible la diferencia de calidad de que hablabas.

—Desde luego, en la cinta magnetofónica original, se nota todavía mejor.

—Y si eso se les ocurre a ellos, ¿no podrían arreglarlo?

—Claro que sí —admitió Mason—. Harían una nueva cinta maestra con las preguntas de Fritch formuladas en una habitación en la que se produjeran los ecos normales. Luego, confeccionarían una nueva copia. Pero no podrían conseguir que Fritch hiciera las mismas preguntas, ni siquiera utilizando un guión. Habría una palabra diferente aquí o allí, un cambio en el ritmo, o en la expresión.

»De ahí la ventaja que supone poseer esta grabación. Si ellos la cambian en lo más mínimo, o alteran las frases en las preguntas de Fritch, yo exhibiré mi grabación, alegando que prepararon dos cintas diferentes. Es lo que yo esperaba que sucediera cuando fui allí esta mañana. Esperaba hacerme con una copia de la grabación que ellos tenían y luego asustarles para que realizaran otra nueva, con algunos elementos diferentes. Después estaría en condiciones de probar que todo era un amaño.

—Eso, por supuesto, es algo mejor que confiar en la diferencia de calidad del sonido —señaló Drake.

—La verdad es que no supe resistirme a la tentación de borrar la cinta ante las narices de Brogan —dijo Mason.

—De aquí en adelante, Brogan se sentirá contigo más respetuoso —contestó Drake—. Él…

Sonó el timbre del teléfono de Della Street. La joven atendió la llamada. El detective miró a la chica, creyendo que sería para él.

Della Street tapó el micro, diciendo a Mason:

—Brogan pregunta por ti, jefe.

Mason sonrió.

—Dile a Gertie que me pase la comunicación.

—Mason descolgó su teléfono.

—Diga, diga…

—Sólo quería hacerle saber que ya he localizado la avería en mi magnetófono.

El abogado contestó a las palabras de Brogan:

—¿De veras? —a continuación, añadió secamente—: Espero que no le haya pasado nada a la cinta.

—No, no, no. No le ha pasado nada. La cinta se encuentra en perfectas condiciones. Todo se ha reducido a una conexión suelta, que impedía el funcionamiento del altavoz. La cinta está bien. El aparato ha quedado arreglado, listo para ser operado.

—Muy bien —contestó Mason—. ¿Dónde se encuentra usted ahora? ¿En su apartamento?

—¿En mi apartamento? —inquirió Brogan, delatando alguna sorpresa—. ¡Cielos! No. Estoy en mi oficina.

—¡Oh! Me había figurado que estaría usted arreglando el magnetófono, dándole los últimos toques.

—Llevé el aparato a un taller de reparaciones —declaró Brogan —. Allí fue donde descubrieron la conexión suelta.

—Así pues, ¿no ha pasado todavía por él la cinta?

—He pasado otras. Por eso sé que el magnetófono funciona perfectamente.

—¿Y está usted seguro de que el funcionamiento defectuoso no borró la cinta cuya reproducción escuchamos?

—No pudo borrarla.

—Pero usted todavía no la ha pasado, ¿eh?

—He pasado unos centímetros, para asegurarme…

—¿Y se oía bien?

—Clarísimamente. Es una buena grabación si se tiene en cuenta que no fue realizada en las mejores condiciones.

—Naturalmente, Brogan, usted se hará cargo de mi posición —dijo Mason—. Tendré que escuchar la grabación de nuevo, para asegurarme de que todo está en orden.

—Quiero que la escuche —confesó Brogan.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Tan pronto como le sea posible. ¿Qué le parece mañana por la mañana, en mi apartamento, a las nueve? ¿Es muy temprano?

—No. Está bien —respondió Mason—. A primera hora de la mañana, me conviene.

—De acuerdo, entonces. Gracias —dijo Brogan, colgando.

Mason se volvió hacia Paul Drake.

—Brogan dice que se encuentra en su oficina, pero que dio con la avería, que era del altavoz; asegura que todo está listo para que le visitemos y que la cinta no sufrió el menor daño. Mañana, a las nueve, en su apartamento, nos obsequiará con otra representación.

»Bueno, ya sabemos que no ha abandonado su apartamento. Tú sabes lo que eso significa… Significa, Paul, que la cinta maestra se encuentra escondida en algún sitio de su apartamento, que dispone de otro u otros aparatos, que ha efectuado una nueva grabación. Me dijo que se encontraba en su oficina. Pero nosotros sabemos que sigue en su piso.

—Esto quiere decir que la cinta maestra se halla en su poder y no en manos de Fritch —subrayó Drake.

—Aparentemente, así es —repuso Mason, asintiendo.

—¿Deseas que mis hombres sigan en sus puestos?

—Sí. No deben perder a Brogan de vista… De momento, ya sabemos eso: que la cinta original está en su poder.

Sonó el timbre del teléfono de Mason, atendiendo Della Street la llamada.

—Sí, Gertie… ¿Quién es? Un instante, Gertie.

Tapando con una mano el micrófono, la joven dijo al abogado:

—Es Sylvia Atwood. Asegura que es muy importante… Quiere hablar contigo inmediatamente.

Mason se puso al habla.

—Diga, diga…

Oyó la voz de Sylvia, muy excitada.

—Señor Mason: tiene usted que venir en seguida. Ha sucedido algo terrible.

—¿De qué se trata?

—Fritch telefoneó a mi padre, diciéndole que tenía que deshacerse de usted y que de negarse pondría lo suyo en conocimiento del banco. J. J. añadió que no estaba obligado por ningún concepto a serle leal, que pensaba orientar el asunto de la manera más conveniente para sus intereses. Al principio, desde luego, mi padre no sabía de qué le estaba hablando. Después, gradualmente, merced a las palabras de Fritch, fue imponiéndose…

Mi padre está tremendamente afectado. Ahora ya sabe que se intenta hacernos víctimas de un chantaje con motivo de la propiedad petrolífera.

»Nosotros pensamos que la mejor manera de tranquilizar a mi padre es celebrando una entrevista con usted. Creo que usted podrá calmarlo, que sus palabras serán para él la mejor medicina del mundo.

—¿Usted quiere que yo vaya a verle?

—Sí, por favor.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. Inmediatamente, si puede ser.

—¿Está usted con él en estos momentos?

—No. Me encuentro en el centro de la ciudad. Podría presentarme en su despacho dentro de cinco minutos. Le llevaría a casa y luego lo traería de nuevo aquí.

—Un momento… —Mason levantó la cabeza, permaneciendo en actitud pensativa durante unos segundos—. De acuerdo. Venga a buscarme. La acompañaré.

Mason colgó, preguntando a Drake:

—¿Por qué se habrá decidido a dar Fritch tal paso?

—¿Qué paso?

—Ha telefoneado a Ned Bain, diciéndole que tenía que prescindir de mis servicios.

—¿Y por qué no iba a hacer eso?

—Porque la mejor baza que tenía Fritch era precisamente la ignorancia de Ned Bain sobre lo que estaba ocurriendo. Espontáneamente, ahora Fritch ha tirado esta carta por la borda, una carta, al parecer, decisiva. ¿Por qué, por qué ha hecho eso? ¿Por qué ha procedido así?

—Porque cree obtener con ello ventaja —afirmó Drake.

—Eso es evidente —confirmó Mason—. Ahora bien, ¿qué es lo que espera ganar exactamente?

Drake se encogió de hombros.

Mason dijo a Della Street:

—Dentro de cinco minutos se presentará aquí Sylvia Atwood. Voy a visitar a su padre, a ver si consigo tranquilizarlo. Entretanto, Drake, tus hombres seguirán vigilando a Brogan. Éste ha estado en

comunicación con Fritch. Habrán hablado por teléfono, seguramente, ya que Brogan no ha salido de su apartamento. Naturalmente, Fritch ha podido visitar a su amigo en el piso…

—¿No conoces a Fritch?

Mason denegó con un movimiento de cabeza.

—¿No tenemos ninguna descripción de ese personaje?

—Podremos hacernos de una, quizá, a no mucho tardar —repuso Mason—. De todos modos, ahora no va a servirnos de nada. Yo creía que Brogan iría en busca de Fritch, imaginándome que éste poseía la cinta original. Por lo visto, la cosa ha discurrido contrariamente a eso… Fritch debe de haber ido a ver a Brogan. Y es Brogan quien guarda la dichosa cinta magnetofónica.

—O sea —dijo Drake—: Brogan es el cerebro del caso de chantaje.

—Está bien. Actuaremos de acuerdo con esta base, de momento. Después, ya veremos.

Capítulo 5

Mason, sentado al lado de Sylvia Atwood, observó que ésta conducía su coche con extraordinaria pericia, pese al mucho tráfico rodado de aquella hora.

El abogado se había cruzado de brazos, recostándose en el asiento, tranquilamente. Sus vivos ojos, pese a que era otra la impresión que daba, no perdían un solo detalle de cuanto acaecía a su alrededor.

De cuando en cuando, Sylvia Atwood volvía brevemente la cabeza para fijar la vista en el perfil de Mason. Seguidamente, tornaba a concentrar su atención en el volante.

Cuando hubieron quedado atrás los sectores de más intensa circulación y el automóvil avanzaba por un bulevar, la señora Atwood comentó con amargura:

—J. J. se ha quitado la máscara, dejándose ver como lo que es: un chantajista, un sucio y repugnante chantajista.

Mason guardó silencio.

—Pero, ¿cómo puede hacer algo que hiere a mi padre sin causarle a sí mismo un grave daño? Tendrá que admitir que fue uno de los que asaltaron el banco.

—Exactamente, ya que el atraco no fue obra suya, de un modo exclusivo.

—Bien —dijo ella—. Eso es igual por lo que a nosotros respecta.

—¿Por qué?

—Porque todo queda reducido a la cuestión de si mi padre sabía o no que estaba utilizando un dinero robado. Pero a mí me parece que ahora J. J. ha invertido su posición. Antes de esto, intentaba protegerse a sí mismo, intentaba proteger también su buen nombre. En la actualidad, se halla empeñado en un chantaje, puro y simple

chantaje.

—El chantaje no es nunca puro y raras veces resulta simple —objetó Mason.

—Supongo que tiene usted razón, pero, ¿por qué no había de probar él a protegerse a sí mismo?

—Esa gente tiene que haber recurrido a unos abogados muy inteligentes, que se han aplicado al estudio del estatuto de las limitaciones, decidiendo que el período de tiempo transcurrido hace a Fritch inmune frente a un procesamiento o acusación. He ahí la causa, probablemente, de que la policía se haya abstenido a arrojarse sobre Fritch, deteniéndole por el atraco al banco. Es cosa de éste el intento de recuperar sus bienes…

—¿Es que el estatuto de las limitaciones no cuenta frente al banco?

—Ahí nos enfrentamos con una situación legal muy peculiar y engañosa. En ciertos tipos de depósitos involuntarios, en los que se presume que el custodio de los bienes tiene conocimiento de los medios ilegales que sirvieron para la adquisición de aquéllos, mientras que la otra persona no sabe nada y se le impide adquirir información, el estatuto de las limitaciones opera a partir del descubrimiento de los hechos más que de los hechos mismos.

—¡Oh, ustedes los abogados! —exclamó ella—. Siempre tan técnicos…

—No hay más remedio… Es preciso recurrir a ciertos tecnicismos hablando de leyes —contestó Mason—. En el momento en que se traza una línea divisoria entre el bien y el mal, empiezan a presentarse casos «fronterizos». Trasládese usted a la frontera de Estados Unidos con Méjico. Póngase a unos centímetros de ella por este lado y se encontrará en Estados Unidos. Sitúese al otro lado de la línea y se hallará en Méjico y sometida a las leyes mejicanas. Esto quiere decir que un desplazamiento, por leve que sea, nos coloca bajo legislaciones distintas.

—Bueno, es fácil de comprender…

—Usted puede comprenderlo porque ve claramente esa línea fronteriza que separa a los dos Estados. Con la misma claridad, el legislador ve límites legales y se da cuenta fácilmente de la distinción que se establece al figurar uno en un lado o en otro.

»Ahora voy a conocer a su familia. ¿Por qué no me habla algo de ella?

—Mi padre es un gran tipo. Siempre ha sido un hombre maravilloso. Ahora es sólo un enfermo.

—Tiene usted una hermana…

—Hattie.

—Hábleme también de ella.

—Es la mujer magnífica, señor Mason. Espere. Ya la conocerá. Ya le dije que era una mujer de su casa, pero presenta estupendas disposiciones.

»Cuando apareció en mi vida el hombre que había de ser mi esposo, Hattie insistió en que debía hacerle caso, en que debía seguir adelante y casarme, ya que ella se quedaría en el hogar y cuidaría de la familia.

—¿Vivía por entonces su madre?

—Sí.

—Y usted atendió sus indicaciones, ¿no?

—En efecto. Creo que fui un poco egoísta, pero estaba enamorada y… Bueno, me casé. Hattie continuó con su vida de siempre, cuidando de nuestros padres, del hogar…

»Es maravillosa… Y ahora se le presenta una oportunidad de ser feliz, de lograr una compensación.

—Hábleme de eso.

—Él se llama Edison Levering Doyle. Ya lo conocerá. Es un hombre inteligente. Creo que ha viajado… Yo estoy contenta por Hattie. Al mismo tiempo, me invaden algunos temores.

—¿Qué es lo que usted teme? —inquirió Mason.

—Resulta difícil de describir.

—Inténtelo.

—Puedo intentarlo, pero… es que no quiero.

—Adelante. Vamos, ¿de qué se trata?

—Temo que Hattie no sea feliz con Edison. Temo que sufra un gran desengaño. Pero en cuanto a eso no sé qué hacer.

—Eso no es lo que había empezado a decirme —señaló Mason.

—De acuerdo —contestó la señora Atwood—. Con usted me mostraré sincera, señor Mason. Tal vez antes no lo vi con la claridad de ahora. Es que he estado viajando últimamente, distraída,

conociendo a cada paso caras nuevas… Pienso en lo que pueda haberle hecho a Hattie una existencia retirada del mundo, ceñida al ambiente del hogar… No sé…

»Sin embargo… ¡Oh! No sé cómo decírselo… Con el curso de los años, una cambia. Los minutos que pasan moldean nuestro carácter. No se puede, no se puede esperar… Bueno. Me estoy haciendo un lío. Ya me lo suponía.

Mason apuntó:

—¿Quiere usted decir que Hattie ha ido convirtiéndose en una persona dejada y silenciosa?

—¡Oh! Yo no he dicho tal cosa.

—¿Ha querido dármelo a entender?

—Eso suena de una manera horrible expresado de esa forma, señor Mason… La verdad es que no sé cómo darle a conocer con exactitud lo que pienso. Imaginémonos dos chicas. Supongamos que son absolutamente idénticas, si es que puede suponerse tal cosa. Una de ellas hace lo posible por resultar atractiva ante los hombres. Gusta de la compañía masculina. Los hombres la cortejan y ella se siente complacida. Gusta de los buenos vestidos, figura en las reuniones más distinguidas, viaja, conoce mujeres famosas y, naturalmente, tiende a ser como ellas…

—Continúe.

—Supongamos que la otra joven opta por quedarse siempre en casa. Carece de tiempo para asistir a las reuniones. Le da igual porque nadie va a fijarse en ella. Se peina ella misma. Depende a cada paso de la gente de edad. No se separa, prácticamente, de éstas. Bien. ¿Qué cree usted que puede pasarle al correr del tiempo?

—¿Quiere usted insinuar que la chica casera acaba perdiendo su atractivo?

—¿Ha llegado a tenerlo alguna vez?

—Pero, bueno, usted me ha dicho que ahora Hattie va a disfrutar de una oportunidad de ser feliz gracias a Edison Doyle…

—Espero que le sea deparada tal oportunidad. Ahora, el hombre suele esperar muchas cosas de una mujer. Quiere una compañera. Quiere tener una mujer que conserve en orden su hogar. Desea una buena madre para sus hijos. Quiere salir de la monotonía cotidiana gracias a ella.

—¿Quiere usted decirme —preguntó Mason— que Edison Doyle se sentía a gusto con Hattie hasta que empezó a verla a usted con cierta frecuencia y que luego usted advirtió que las estaba comparando a las dos, mostrándose bastante interesado por usted?

Aquella precisión en el disparo impresionó a Sylvia Atwood.

—¡Dios mío! ¿Pues tan evidente es eso?

Mason continuó:

—¿Es eso lo que intentaba decirme?

—Pues… no, exactamente. Pero… ¡Dios mío! Eso era lo que yo no quería decirle. Ni siquiera lo sé. Ni siquiera…

—¿Constituye tal hecho una preocupación para usted?

Hubo un silencio.

—En cierto modo.

—Hábleme un poco de usted misma… Usted contrajo matrimonio. ¿Y luego, qué? Fue feliz, sin duda, ¿no?

—Me casé con Sam Atwood. Fuimos felices. Vivíamos magníficamente. Después, Sam murió. Fue un golpe tremendo. Sin embargo, yo soy una persona que sabe adaptarse rápidamente a todas las situaciones.

»Sam me dejó un seguro de vida, acciones, propiedades, algunas inversiones excelentes, que yo he mejorado. La suerte me ha sonreído, simplemente.

—¿Cuánto tiempo hace que murió su esposo?

—Unos dieciocho meses.

—¿Y qué ha estado haciendo desde entonces?

—He estado viajando. Siempre había ansiado viajar. Tras la muerte de Sam nada se oponía a que yo diese cumplida satisfacción a este deseo.

—¿No había viajado con anterioridad?

—Poco. Mi esposo tenía sus negocios, que lo mantenían constantemente ocupado. No podía apartarse por mucho tiempo de ellos.

»Su muerte me causó una tremenda impresión. Quise cambiar de ambiente, conocer gente nueva, ver nuevas cosas. Y viajé.

—¿Y aprendió usted algo en sus desplazamientos?

—Supongo que sí. Eso es lo que cree una. He estado intentando decirle que cada uno de los días que se viven dejan su huella

imborrable en la persona. Una escoge la existencia que más le place cuando puede, pero resulta marcada por ella. Y se está cambiando constantemente, de una manera u otra…

—¿Cuándo regresó a su casa?

—Hace unos treinta días.

—Se habían comprometido ya Edison Doyle y Hattie, ¿no?

—No. Salían juntos. Había ya algo entre ellos… Mi padre anda mal del corazón. Supongo que no durará mucho tiempo ya. Hattie desea estar con él. Mi padre se ha habituado a ella; no puede pasar sin mi hermana.

—Y a su regreso vio a Hattie con otros ojos…

—Señor Mason: yo estaba impresionada. No comprendía… Es tan difícil de explicar, tan duro de describir, que ni siquiera pienso intentarlo.

—Y Edison Doyle, por su parte, vio en usted a una cuñada brillante, de mucho mundo. Empezó a mostrarse amable con usted y ahora se da cuenta de que quizás ha empezado a compararla con su hermana.

—No sé qué es lo que está pasando, señor Mason. Me agrada Edison. Es una excelente persona. Creo que se ha tomado la vida demasiado en serio. Me parece que necesita salirse un poco de eso. Podría casarse, encajarse para siempre en un hogar. De otro lado, también pudiera ser que abandonase su cascarón y que se dedicase a contemplar el mundo con unas perspectivas más amplias.

—¿A qué se dedica?

—Es arquitecto.

—¿Está usted mucho tiempo en la casa?

—Intento pasar alguno junto a mi padre. Me agradaría compartir la carga con Hattie. Quisiera estar con mi padre y hacer que ella saliese. Estimo que mi hermana y Edison deberían salir con más frecuencia. Creo que ella debiera prestar más atención a sus ropas, fijarse más en su aspecto personal.

—¿Qué piensa ella?

—Es difícil descubrir los pensamientos de Hattie. Desde luego, mi padre, dada su enfermedad, puede morir en cualquier momento. Podría ser la suya una muerte repentina. Me figuro que Hattie desea asegurarse de que en ese instante estará a su lado; quiere hacer acto

de presencia si en tal trance la llama.

—¿Y cuál es su actitud?

—Yo no veo las cosas de esa forma, señor Mason. Mi padre puede morir mañana. Pero también podría vivir durante unos años más. He hablado con el médico de eso. Nadie sabe a qué atenerse. Yo tengo mis problemas. Vivo independientemente en un apartamento. Tengo mis amigos. Vivo mi vida. Intento ir siempre bien vestida, estar atractiva. Intento hacer compañía a mi padre, a veces. En repetidas ocasiones, hablando con Hattie, he insistido en que debiera contratar los servicios de algunas enfermeras. Así ella podría salir…

—¿A ella no le interesa eso?

—A ella no le interesa, y últimamente ha sido un poco… ¡Oh! No sé cómo… Creo que ella es… Bueno, yo no veo las cosas de la misma manera que mi hermana.

—Usted cree, quizá, que ella se da cuenta de que su novio se siente progresivamente atraído por su hermana, mostrándose algo celosa…

—¡Cielos, señor Mason! Hattie no se mostraría celosa jamás. Pudiera ser que se sintiese herida, pero no celosa.

—¿Y bien?

—Bien, señor Mason… Usted comprenderá que cuando estoy en compañía de Edison no voy a permanecer sentada, inmóvil, con las manos juntas sobre mi regazo. Acepté a Edison como futuro cuñado. Hemos bromeado y reído. A mí me gusta la vida y las risas y… Bueno, me parece que está usted ahondando en cosas que no entran necesariamente en el caso… Es posible, asimismo, que le esté refiriendo detalles que debiera callar. Esta conversación nuestra es… Quizás está formulando determinadas conclusiones. Creo que es mejor que espere para eso, hasta que haya tenido ocasión de apreciar la situación directamente.

—¿Y qué me dice de los restantes miembros de la familia? Hábleme de ellos.

—Jarrett es arqueólogo. Siempre anda de acá para allá, metiendo las narices en todas las ruinas que encuentra. En este momento está en Yucatán.

—¿Y su esposa?

—Su esposa es enormemente rica y terriblemente cursi.

—En otras palabras: usted no es de su agrado.

—Tampoco ella me gusta a mí. Sin embargo, señalaré que era la mujer que más convenía a Jarrett. Precisamente, por tener mucho dinero puede dedicarse él a escudriñar en las ruinas, leyendo inscripciones en las piedras con la ayuda de una lente ampliadora.

—Pienso que es más parecido a Hattie que a usted…

—Jarrett Bain se parece únicamente a Jarrett Bain. Es todo un carácter. Una se pone a hablar y él se sienta tranquilamente para escuchar, mirando con ojos penetrantes y fijos, a través de los gruesos cristales de sus gafas, tan gruesos que hasta le deforman la faz. Jamás dirá una palabra. Se limitará siempre a sentarse y escuchar. A veces, tras escuchar con la atención que he dicho, recordará hasta la última palabra. En otras ocasiones, su mente está a dos o tres mil kilómetros de distancia, sin prestar la menor atención a lo que una está diciendo. Es un hombre desconcertante. No sabe nadie nunca a qué atenerse con él.

—Es decir, no suele mezclarse nunca en la conversación, no participa en ella…

—Ya le he dicho que se limita a permanecer sentado y a mirar.

—¿Y marcha bien ese matrimonio?

—Yo creo que sí. Ella le tiene dominado, pero él no lo advierte. Ella es una mujer rica. Le agrada su papel de esposa de arqueólogo. Van a todas partes, a todos aquellos sitios, mejor dicho, en que existen algunas ruinas de la antigüedad.

—¿Le agrada a ella eso?

—Ella aprende cosas nuevas y entre la gente ignorante de esas materias goza de cierta reputación de persona culta. Pero se las arregla para pasar mucho tiempo en lugares como París, Londres, Roma, El Cairo, Río y otros semejantes. Mientras Jarrett establece un nuevo cuartel general, ella va de acá para allá.

»Ya está usted al tanto de la disposición del escenario y de sus intérpretes, señor Mason.

El abogado estudió a su interlocutora.

—Lo peor, de pasar, es decir, de peligrar la propiedad del petróleo, porque el banco ejerciera una acción legal contra su padre, no afectaría para nada a Jarrett, ya que está casado con una

mujer de una gran fortuna. Usted tampoco se sentiría afectada por el hecho de tener dinero. En cambio, ¿afectaría gravemente a su hermana?

—Supongo que sí, ya que usted quiere tocar tal punto… Pero es que aquí cuenta, asimismo, el buen nombre de la familia. Phoebe puede costearse un arqueólogo y además es feliz haciéndolo. Ahora, lo de estar casada con el hijo de un asaltador de bancos ya es distinto. Yo también tengo que considerar mi reputación personal.

—¿Y Hattie?

—Eso representaría algo enorme para ella.

—¿Edison?

—¿Qué quiere usted decir?

—Edison será un hombre inteligente. Tiene que haberse dado cuenta de que, si su padre muere, Hattie heredará una parte proporcional de los bienes familiares.

—No es de esa clase de hombres…

—No estoy diciéndole que se case por ese motivo, sino que, forzosamente, tiene que haber advertido tal hecho.

—Sí, claro.

—Y ello puede significar algo para Edison, naturalmente.

La señora Atwood levantó un poco el pie del acelerador, mirando al abogado.

Mason cambió bruscamente de tema.

—Me imagino que su hermano Jarrett no sabe nada acerca de este asunto…

—Sí está informado. Hablé anoche con él, en conferencia telefónica.

—¿Y se lo contó todo?

—En efecto.

—¿Por qué tanta precipitación?

—Porque si yo voy a aportar mi dinero para salvar el patrimonio familiar, espero ser compensada. Quise asegurarme de que lo que yo hiciera sería aprobado por todos los miembros de la familia.

—¿Y le dio él su aprobación?

—De una manera limitada —repuso la señora Atwood, con una amarga risita.

—Limitada… ¿en qué forma?

—¡Oh! Supongo que se me tiene por algo egoísta… De todos modos, me dijo que hablara con Hattie, añadiendo que todo lo que ella aprobara merecería su aprobación también. Ahora bien, antes de pagar nada quería saber de qué cantidad se trataba y qué se esperaba de él en cuanto a la contribución.

—¿Y usted qué le respondió?

—Me mostré de acuerdo. Puntualicé una vez más que yo avanzaría la cantidad necesaria y agregué que él tendría que aportar un tercio de la misma.

—¿Qué le contestó a eso?

—No fue muy locuaz. No suele ser así, pero adiviné que estaba reflexionando. Naturalmente, tendría que recurrir a Phoebe para conseguir el dinero y al proceder así se vería en la necesidad de explicarle la aplicación de aquél.

»En cierto modo, puedo ver las cosas desde su punto de vista. A mí se me supone dentro de la familia una criatura egoísta, pero él no me va a la zaga. Jamás hizo nada por nuestra casa. Se casó con una mujer buscando el dinero dedicándose después exclusivamente a fotografiar ruinas y a excavar en viejas tumbas.

»De haber sido como debía, yo podía haber aportado todo el dinero. Por ser como es, que busque donde sea su parte. Espero que no le falte imaginación para mentirle a Phoebe, si bien eso a mí me importa un bledo. Que se las componga como pueda.

—Bien. Creo que tengo una visión general de la escena bastante exacta —comentó Mason.

La señora Atwood torció a la derecha. El coche avanzó a lo largo de tres bloques de pisos. El automóvil se detuvo, finalmente, frente a un edificio de anticuada traza, de unos tres pisos, en no muy buen estado de conservación, al parecer.

—¿Es aquí? —inquirió Mason.

—Aquí es, sí.

—Habrá vivido en esta casa durante algún tiempo, ¿no es verdad?

—Nací en ella. Ahora, deja algo que desear ya. Pero nosotros le tenemos afecto. Hattie ha estado siempre encargada de ella, manteniéndola en el debido estado, con las naturales limitaciones. Ahora permítame que le diga una cosa, señor Mason… Si está usted

decidido a permanecer siempre atento a mí y mirándome con esos ojos, hablándome de cuando en cuando con cierto tono de voz, presiento que no vamos a hacer grandes progresos en nuestras relaciones.

«Generalmente, no me hacen gracia aquellas personas que insinúan que yo hubiera debido quedarme en casa, sacrificándome por la familia, máxime cuando me acuerdo de que dispongo de un par de piernas que los hombres advierten siempre, provocando comentarios.

—¿De veras? —inquirió Mason.

En los ojos verdes de su interlocutora apareció una mirada desafiante. Primeramente, extendió las piernas, juntando los tobillos, subiéndose a continuación la falda hasta el principio de las medias, casi.

—¿Qué opina usted? —preguntó. Luego, agregó bruscamente—: Mucho me temo, señor Mason, que usted se las ingenie siempre para hacer que enseñe las uñas. Bien. Entremos.

La señora Atwood abrió la puerta. Juntos, avanzaron por un camino que desde la acera llevaba a un gran porche. Sus trazos arquitectónicos y ornamentos hablaban de una generación ya desaparecida.

Sylvia abrió la puerta del edificio.

—¡Ah de la casa! Traigo compañía, ¿eh? ¿Está todo el mundo presentable? Entre, señor Mason.

Ella se detuvo un momento y volviendo la cabeza dijo al abogado, en un tono que tenía tanto de excusa como de reto:

—Lo siento… No soy habitualmente una exhibicionista. Tampoco resulto habitualmente desagradable. Aquí tenemos a Hattie.

»Hattie: te presento al señor Perry Mason. Señor Mason: mi hermana Hattie.

Hattie Bain parecía estar cansada. Tenía los hombros caídos; inclinábanse hacia abajo las comisuras de sus labios; había en sus grandes y oscuros ojos una mirada de preocupación. La frente era despejada, amplia; los cabellos, negros, de ala de cuervo. Lucía un peinado muy severo.

Tendió al abogado una mano.

—Me alegro mucho de que se esté usted ocupando de este asunto —dijo—. Para nosotros supone un gran alivio.

—¿Cómo está papá? —inquirió Sylvia.

—Regular. Lo veo algo trastornado. Los medicamentos no parecen servirle de mucho. Edison se encuentra aquí.

Mason observó que la faz de Sylvia se iluminó levemente.

Un hombre joven, bien vestido, esbelto, se plantó en el vestíbulo.

—Al oír que alguien pronunciaba mi nombre he empezado a batir las alas —declaró, sonriendo.

Ofreció su mano a Mason.

—Le presento a Edison Doyle, señor Mason.

Edison estrechó la mano de éste con mucha cordialidad.

—Es un placer para mí conocerle, señor Mason. He oído contar muchas cosas de usted y también he seguido algunos de sus casos. Lamento que su presencia en esta casa se deba a un asunto bastante desdichado para la familia, pero es un honor y una gran tranquilidad para todos contar con su ayuda.

—Mucho gusto —contestó Mason—. Tengo entendido que es usted arquitecto de profesión.

—Bueno… Poseo un título de arquitecto y también un estudio. Incluso tengo algún trabajo como tal.

La risa de Doyle era muy natural, contagiosa.

Mason se daba cuenta de que las dos mujeres lo observaban. El gesto de Sylvia era de indulgencia, como si hubiese estado diciéndose a sí misma: «Es un muchacho encantador, realmente».

Los ojos de Hattie Bain no dejaban lugar a dudas en la tocante a lo que sentía, aunque detrás de su gesto de devoción se advertía un rastro de ansiedad, quizá.

—Bueno, vamos, señor Mason —dijo Sylvia. Dirigiéndose a su hermana, preguntó—: ¿Dónde se encuentra papá, Hattie?

—Arriba, en su habitación.

—¿Está acostado?

—No. Se pone muy nervioso siempre que se tiende en la cama. El doctor le administró un medicamento, pero papá se encuentra tan alterado que no ve la manera de serenarse. Me alegro muchísimo de que haya usted venido, señor Mason. Creo que sus

palabras le harán un gran bien.

Pasaron a un corredor después de cruzar el cuarto de estar.

—Mi padre tenía arriba su dormitorio y un estudio —explicó Sylvia—. Posteriormente, el médico no quiso que subiera escaleras, de modo que tuvimos que instalarlo aquí, en la planta baja.

Se detuvo ante una puerta, llamando.

—Adelante —dijeron desde dentro.

Sylvia abrió la puerta, diciendo:

—Hola, papá. ¿Cómo te encuentras?

Sylvia pronunció estas palabras con mucha afabilidad, provocando una respuesta casi inmediata del hombre de blancos cabellos que se encontraba sentado en una mecedora, entre cojines.

—¡Sylvia! Yo sabía que andarías ocupándote de este asunto.

—En efecto, papá. Quiero presentarte a Perry Mason, el famoso abogado.

—Perdóneme que no me levante —dijo Bain.

Mason estrechó su mano.

—Encantado de conocerle, señor Bain.

La voz de Ned Bain revelaba su cansancio.

—Es un placer para mí, señor Mason… He oído contar muchas cosas de usted. Nunca pensé que pudiera venir a esta casa. Es lo que pasa siempre con Sylvia: busca invariablemente lo mejor. Por otra parte, yo le he dicho toda mi vida: cuando se necesita de un médico o de un abogado es conveniente siempre recurrir a los profesionales de más prestigio.

—Muchas gracias —repuso Mason—. No pienso robarle mucho tiempo, señor Bain. Todos queremos que se dedique exclusivamente a recuperar sus fuerzas. Únicamente quería decirle que trabajo en este caso con todo interés y creo que podremos llevarlo a buen fin.

—J. J. es un granuja —repuso Bain—. Es un hombre a quien tuve en gran aprecio en otro tiempo, pero que luego me ha engañado.

—No se preocupe. Le daremos lo que se merece.

Bain asintió.

—Espero que todo salga bien. No lo puedo evitar, este asunto me preocupa muchísimo. Pretendía dejar a los míos una posición segura en la vida. Sé que no dispongo ya de mucho tiempo. Prefiero

una buena reputación al dinero, sin embargo. Si nosotros aceptamos las exigencias de ese canalla, daremos la impresión de que tuvimos que ver con un acto censurable. Eso se recordará mucho tiempo después de haber desaparecido yo.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿Dónde está Hattie? —preguntó Ned Bain a Sylvia.

—La dejamos atrás.

—Supongo que Edison está informado de lo que ocurre…

—Yo no me he ocupado de ponerle al corriente.

—Bien. Supongo también que es algo inevitable. Después de todo, es lo justo…

Hattie Bain entró en la habitación.

—Le llaman por teléfono, señor Mason. Me han dicho que es algo muy importante.

—Si ustedes me perdonan… —empezó a decir Mason.

—Puede usted hablar desde aquí —repuso Bain, señalando una mesita que tenía al lado.

Oprimió un botón. Quedó al descubierto en seguida un estante sobre el cual había un teléfono.

—Gracias. Si no le es molestia, hablaré desde esta habitación. Al parecer, se trata de algo urgente.

Mason oyó la voz excitada de Della Street.

—Jefe: ha telefoneado uno de los hombres de Paul Drake. ¿Puedes facilitarme rápidamente una descripción lo más aproximada posible de J. J. Fritch? Paul está esperando aquí, en la oficina…

El abogado se volvió hacia Ned Bain.

—¿Puede usted describirme a J. J. Fritch? ¿Puede decirme cómo es a grandes rasgos?

—Desde luego —contestó Bain—. Es un hombre esbelto, de marcados pómulos y la cara atezada… Ojos grises; camina inclinando ligeramente el cuerpo, de una manera muy característica. Usa sombreros de alas anchas, de estilo tejano. Es más bien menudo…

—¿Qué edad tendrá?

—Alrededor de los cincuenta y cinco años.

—¿Qué peso le calcula?

—Alrededor de los sesenta y cinco o setenta kilos.

Mason pasó esta información a Della Street. Luego, oyó a la muchacha hablando con Paul.

Éste se puso al habla.

—Hola, Perry.

—Hola, Paul.

—Creo que ya hemos dado con la respuesta al enigma, Perry.

—¿De qué se trata?

—Tu amigo Brogan acaba de dejar la casa donde está su apartamento. De la descripción que acabas de facilitamos deduzco que el hombre que le acompañaba era J. J. Fritch.

Mason replicó:

—Eso quiere decir que Fritch ha visitado a Brogan en su apartamento… Un momento, un momento, Paul. Lo más seguro es que Fritch tenga también su apartamento en el mismo inmueble, en el mismo piso, tal vez…

—Lo tiene —dijo Drake, interrumpiéndole—. Hemos efectuado las debidas comprobaciones. Vive en un apartamento situado delante del de Brogan.

—¿Precisamente en frente?

—Sí.

—¿Bajo qué nombre?

—¿Bajo el nombre de Frank Reedy?

—Nos encontramos ante un caso de chantaje corriente, con arreglo a los cánones —consideró Mason.

—Es lo que te dije al principio, me parece. Brogan es quien da la cara, fingiéndose poco menos que un puritano. Y mantiene a Fritch en un discreto segundo plano.

—Bueno, ya sabemos una cosa más. ¿Han seguido tus ayudantes a esos hombres?

—Naturalmente. Uno de mis hombres se dedica a espiar a Fritch; el otro concentra su atención en Brogan. Los dos pensaron que podía interesamos saber algo acerca del acompañante de Brogan, a causa precisamente de su sombrero tejano. Yo los había aleccionado previamente, claro, y sabían que el nombre de Texas sonaba en el caso.

—Buen trabajo, Paul. Si necesitas más hombres, no vaciles en

utilizarlos. Hemos de averiguar qué es lo que esa gente se trae entre manos.

—Descuida, que no perderemos de vista, ni un instante, a esos sujetos.

—¿Cómo se comportaron esos individuos, Paul? ¿Te dijeron algo tus hombres acerca de eso?

—Me dijeron que los dos estaban muy risueños, que parecían estar contándose chistes o refiriéndose a una broma.

—Es muy probable que la broma que han planeado se vuelva contra ellos y que entonces se queden muy serios.

Mason colgó, mirando sonriente a Bain, que contemplaba su faz con una expresión de gran ansiedad.

—No sucede nada malo, señor Bain. Todo se nos está poniendo bien.

—¿Puede usted decirme para qué necesitaba la descripción de Fritch?

—Ya lo hemos localizado.

De Bain se apoderó una evidente excitación.

—¿Dónde? —inquirió—. ¿Dónde está ese canalla?

—Parece ser que ocupa un apartamento situado delante del de Brogan, en el mismo inmueble. Fritch figura allí con el nombre de Frank Reedy. Ya no me cabe la menor duda de que se halla en posesión de un buen equipo de grabación y reproducción.

»Usted y Fritch, señor Bain, sostuvieron por iniciativa de aquél una larga conversación… A lo largo de ella hablaron del negocio del ganado, de los viejos tiempos y de ciertos recuerdos con ellos relacionados.

—Me acuerdo de aquella ocasión perfectamente. Estuvimos charlando por espacio de dos horas —asintió Bain.

—Fritch y Brogan, más tarde, compusieron una cinta maestra con aquella conversación. Transcribieron toda la charla… Escogieron algunas de sus respuestas, señor Bain, utilizándolas a su antojo. Seguidamente, Fritch se personó en un estudio dedicado a efectuar grabaciones y formuló preguntas que se adaptaban a las contestaciones. Les ayudó, seguramente, algún técnico a la hora de efectuar sus manipulaciones. Más adelante, hicieron una copia. Naturalmente, en la copia no hay empalmes. Es, a primera vista,

una grabación en cinta magnetofónica normal.

Bain suspiró.

—No quiere mi médico que me disguste —dijo—. Una emoción fuerte podría acabar conmigo. He de encajar este terrible golpe con calma, aunque me cueste trabajo.

—Así es —contestó Mason.

—Lo malo es que el hecho de que yo me tome estas cosas con calma no va a mejorarlas. Bueno, ¿qué va a hacer esa gente con la cinta?

—Con franqueza: lo único que intentan es hacerle víctima de un chantaje, señor Bain. Y si la treta con usted no les sale bien, es posible que intenten entrar en tratos con el banco.

»Aquí es donde Brogan entra en escena. Puede presentarse en el banco como detective, alegando que se ha hecho con datos que para el establecimiento son de enorme interés. Sugerirá que si sus regentes desean contratar sus servicios a un precio discreto, puede hacerse con pruebas que permitirían al banco entablar una demanda contra usted.

—Desde luego —dijo Bain—, usted comprenderá, señor Mason, que no puedo tolerar eso, sea cual sea el precio.

—¿Y por qué no? —inquirió Mason—. No le vendría mal a este asunto que se viese aireado en una sala de justicia.

Bain movió la cabeza a un lado y a otro, obstinadamente.

—Este juicio supondría mi ruina. Los periódicos lo recogerían, lo divulgarían por todo el país. Todo el mundo pensaría que me asocié con Fritch para asaltar aquel banco. No puedo tolerarlo, no… El nombre de mi familia quedaría manchado para siempre. Me inclino por pagar a esos granujas la suma fijada… Quiero desembarazarme de ellos lo antes posible.

—Es que no se los quitaría de encima. Ya ve lo que ha sucedido. Tienen en su poder esa cinta maestra. Pueden hacer todas las copias que deseen con ella. Brogan nos aseguró que no había más que una cinta, la que nosotros escuchamos. Pero ahora he dejado ya establecido que ésa era un copia.

Medió Sylvia en la conversación.

—No te inquietes, papá. Deja a esos granujas en manos del señor Mason. Él dará con el procedimiento apropiado para confundirlos.

Déjaselo a él todo.

—Es lo que voy a hacer —repuso Bain—. Sin embargo, daría cualquier cosa por escuchar esa grabación, para ver si, efectivamente, se trata de mi voz.

—Es tu voz, papá —indicó Sylvia.

—Yo creo que sí —manifestó Mason—. Pero estimo que ésa es una cuestión que no debe preocuparle verdaderamente. Estoy convencido de que vamos a dejar inutilizadas sus armas. Ellos se apoderaron, por así decirlo, de su voz combinándola con falsas preguntas. Puedo decirle una cosa, señor Bain. No hay nada en esa grabación, según creo, que pueda tacharse de incriminante. Todas las declaraciones de este tipo se hallan contenidas en las preguntas formuladas por J. J. Fritch. Sus respuestas, simplemente, producen el efecto de que usted se halla de acuerdo con él. Mañana, a las nueve, me presentaré otra vez en el apartamento de Brogan para escuchar la grabación.

Bain parpadeó. Bajó la cabeza, hundiendo la barbilla en el pecho. Cerró los ojos. Respiraba lenta y regularmente.

Hattie Bain, que había regresado a la habitación, se llevó un dedo a los labios, imponiendo silencio.

Salieron del cuarto todos caminando despacio o de puntillas. La puerta se cerró. Ned Bain se había quedado dormido, convenientemente acomodado entre cojines.

—El médico le administró no sé qué medicamento —explicó Hattie—. También le recetó un sedante para que se tranquilizara. Alegó que papá está enormemente nervioso. Los nervios son sus enemigos, tanto como la excitación provocada por los disgustos.

»Últimamente, no podía conciliar el sueño. Su visita le ha hecho mucho bien, señor Mason. A lo largo de su conversación con usted fue serenándose; eso era bien palpable. ¿No te diste cuenta, Sylvia?

—Desde luego —confirmó su hermana.

—Bueno —dijo Mason—. He de volver a mi despacho. ¿Quiere usted reunirse mañana conmigo, señora Atwood, a las nueve?

—Por supuesto. Es una hora muy temprana ésa, sin embargo. Supongamos que nos vemos… Bueno, aguarde un minuto. Es muy cansado conducir hasta donde tiene usted su despacho, para luego volver al apartamento de Brogan. ¿Qué le parece si me encamino

directamente al mismo?

—De acuerdo —respondió Mason—. Nos veremos allí.

—A las nueve de la mañana… Lo llevaré a su oficina, señor Mason.

Intervino Edison Doyle en la conversación.

—No es necesario que te molestes, Sylvia. Precisamente, me encamino ahora al centro de la ciudad. Con mucho gusto llevaré al señor Mason a su despacho.

Sylvia vaciló.

—Bien. Quizá debiera quedarme aquí, con papá, para ver en qué puedo serle útil cuando despierte. ¿No le importa que me quede, señor Mason?

—Ciertamente que no. Espero que entre todos hayamos podido tranquilizar de veras a su padre.

—¡Oh! Estoy convencida de que su visita ha servido de mucho en tal aspecto —declaró Hattie—. Naturalmente, mi padre estaba terriblemente preocupado. Hay algo, detrás de este asunto, que nosotros no conocemos, algo que él sabe acerca de J. J., algo que le lleva a temer a este hombre. Me inclino a pensar que Fritch, en determinadas situaciones, se comporta frenéticamente, y que mi padre lo sabe…

—¿Puede usted imaginarse algo más canallesco que su llamada telefónica al señor Bain? —inquirió Doyle.

—Ese paso demuestra que se encuentra entre la espada y la pared —dijo Mason.

—Creo no entenderle —dijo Hattie, auténticamente perpleja.

—¿No te das cuenta? —medió Sylvia—. Tan pronto entró el señor Mason en escena, ellos tuvieron la seguridad de que saldrían malparados. Entonces, J. J. telefoneó a papá, intentando asustarlo, sin importarle un bledo las consecuencias de su acción.

—Yo entiendo —dijo Edison Doyle— que ahora usted ha probado que él y ese detective privado están de acuerdo.

—Así debe ser —señaló Mason—. Fritch tiene un apartamento situado delante del de Brogan. Utiliza el nombre de Frank Reedy.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Si puedo hacerme con la prueba que espero obtener, es posible que consigamos que sean detenidos.

—A mi padre no le agradará eso —afirmó Hattie, rápidamente—. No quiere publicidad sobre el caso.

—Le llevaré a su oficina, señor Mason —dijo Doyle—. Tengo ahí fuera mi coche. No es ningún último modelo ni el mejor del mercado, pero nos trasladará allí.

Mason se despidió de todos, echando a andar detrás de Doyle. A los pocos minutos, los dos hombres se hallaban acomodados en el automóvil.

Doyle dijo, mirando al abogado:

—Hay una cosa que no entiendo acerca del aspecto legal de este caso, señor Mason.

—¿De qué se trata? —inquirió Mason cuando el coche se separaba ya de la acera.

—¿Cómo van a identificar esos hombres la cinta magnetofónica?

—Eso será hecho con el testimonio de J. J. Fritch —explicó el abogado—. En otras palabras: Fritch subirá al estrado de los testigos y jurará que sostuvo aquella conversación con Bain, la cual, para protegerse a sí mismo, había grabado.

—¿Es Fritch un granuja?

—Indudablemente.

—¿Y un chantajista?

—Indudablemente.

—¿Y si sucediera algo que se le hubiese escapado a Fritch y éste no pudiera identificar la conversación, ya no podría ser utilizada la misma?

—Cierto. La cinta magnetofónica ha de ser identificada. Fritch tiene que atestiguar que se trata de la grabación de una charla real que tuvo con Ned Bain.

—¿Y tendría que admitir Fritch en el interrogatorio que él asaltó el banco?

—Tal como yo entiendo los hechos, sí.

—A mí me parece que en un interrogatorio apretado usted podría ponerlo en evidencia.

—Sí que podría, pero lo malo es que todo eso se traduciría en una oleada de publicidad nada favorable. Creo que eso es lo que preocupa al señor Bain.

—En efecto —admitió Doyle—. Supongo que Bain no piensa

para nada en sí mismo. Piensa en sus hijas, un par de chicas magníficas… No quiere que penda eso sobre sus cabezas… No. No podemos consentir que suceda eso, señor Mason. Hay que evitarlo como sea.

Mason asintió.

—Un par de chicas magníficas, sí —repitió Doyle—. ¡Dios mío! No es posible encontrar otras mejores en el mundo de hoy.

»Ahí tiene usted a Hattie, una mujer leal, considerada, capaz de los máximos sacrificios… Y, bueno, para hablar de Sylvia Atwood no se necesita la colaboración de un agente de prensa.

El abogado sonrió.

—Es una auténtica belleza —continuó diciendo Doyle—. Es, además, una mujer divertida, con ansias de vivir, llena de vida. Uno se siente otro hombre hallándose a su lado.

»No me importa reconocer ante usted, señor Mason, que es probable que yo me haya tomado la vida demasiado en serio. Me he pasado muchos años con la nariz pegada a los tableros de dibujo. Este proceder es, seguramente, muy bueno para adquirir una gran destreza profesional, pero resulta bastante estrecho de miras con respecto a la vida en sí.

—Siempre se traduce en un beneficio positivo, en algo rentable —arguyó Mason.

—¡Oh! Supongo que sí… Ahora bien, cuando usted estudia a la gente que se toma la vida demasiado en serio y hace comparaciones con personas como Sylvia… No sé, señor Mason… Me parece que la vida se hizo para gastarla, como el dinero. No se puede ahorrar dinero y obtener beneficios de él. La vida ha sido hecha para vivirla. Las horas pasan… Pasan los días implacablemente. Los que no se viven se pierden irremediablemente. Hay que sacar el máximo provecho de ellos.

—La cosa no es tan simple como usted quiere presentarla —dijo Mason—. Cualquier persona se ve en la necesidad de prepararse para hacer frente a la existencia. El tiempo que se dedica al estudio constituye una inversión. Es como el dinero que se coloca en la cartilla de ahorros.

—Sí, supongo que tiene usted razón, señor Mason —contestó Doyle.

Hubo una pausa.

—Me imagino que esas jóvenes se confiarían a usted nada más plantearse este asunto —dijo luego Mason.

—Hattie me habló de él —explicó Doyle—. Es muy juiciosa… Quiso que estuviera al tanto de todo antes… antes de dar cierto paso.

Doyle rió nerviosamente.

—No intentaba profundizar en sus cosas personales —advirtió Mason.

—¡Oh! No se preocupe… Me agrada que me dé una oportunidad de explicarme. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por esas dos chicas… Lo que sea.

—Por las dos —señaló el abogado.

Hubo otro momento de silencio. Doyle hizo un gesto afirmativo.

—Por las dos —señaló el abogado.

Hubo otro momento de silencio. Doyle hizo un gesto afirmativo.

—Por las dos, ciertamente, señor Mason.

Los dos hombres ya no volvieron a hablar. Doyle dejó a Mason delante del edificio en que se encontraba su oficina, estrechando su mano cordialmente.

—Estoy encantado de haberle conocido, señor Mason —dijo entonces—. Es ésta una experiencia que no olvidaré. Viéndole a nuestro lado, tenemos la sensación de ser invencibles.

Mason se echó a reír.

—Creo que acaba de hacer una superestimación de mi persona —repuso—. Me figuro que estamos progresando, pero eso es todo lo que puedo decir de momento.

Capítulo 6

Eran las nueve menos diez minutos, a la mañana siguiente, cuando Mason detuvo su coche enfrente de la casa de apartamentos. Della Street abrió la portezuela correspondiente a su asiento, plantándose en la acera.

—¿He de subir contigo? —preguntó a Mason cuando éste hubo dado la vuelta al automóvil, para reunirse con ella.

—Sí.

—¿Y qué es lo que tengo yo que hacer?

—Tener los ojos y los oídos bien abiertos.

—¿Y cómo vas a justificar mi presencia ante el señor Brogan?

—Nosotros no tenemos que explicarle nada. A partir de ahora estará a la defensiva.

—¿Me ha sido reservado un papel de testigo?

—Exacto.

—Pero ya está Sylvia Atwood…

—Es verdad. Sucede, sin embargo, que yo deseo disponer de un testigo en quien pueda confiar.

—¿Estimas que no puedes confiar en ella?

—No lo sé —repuso Mason—. Bueno, subamos. Sylvia se encuentra aquí ya. Su coche es ése de ahí.

Della consultó su reloj de pulsera.

—Ha llegado con mucha anticipación.

—No creas. Necesitaremos dos o tres minutos para subir en el ascensor. En marcha, Della.

Entraron en el edificio. De la cabina del ascensor salieron a un vestíbulo. Della Street, que se había adelantado un poco, dijo:

—Aquí hay un escrito, jefe. Va dirigido a ti.

Mason se asomó por encima de su hombro.

Había sido fijado a la puerta un sobre con una chincheta. Alguien había escrito en su anverso, con lápiz rojo: «Señor Perry Mason».

Della miró a Mason y habiendo asentido éste tiró de la chincheta sujetadora. Dentro del sobre había una nota. La joven colocó el papel de manera que pudieran leerlo los dos.

La nota había sido escrita a lápiz.

Señor Mason:

De cuando en cuando, juego al poker con algunos amigos. Esta noche nos toca reunirnos. Empezamos temprano, alrededor de las diez. Espero terminar con un margen de tiempo suficiente para respetar nuestra cita. Si me retraso unos minutos, haga el favor de entrar en el apartamento, acomodándose en él como mejor le plazca. Con ese fin, dejo la puerta abierta. Le prometo no retrasarme más de diez minutos, si es que no estoy aquí a las nueve.

George Brogan.

Mason se quedó pensativo, examinando la nota. Luego, la plegó cuidadosamente, introduciéndola en el sobre. Se valió de su encendedor, finalmente, para localizar el agujerito que en la puerta había hecho la chincheta al ser clavada.

—¿Sospechas algo desagradable? —inquirió Della Street.

—Es una trampa —explicó Mason—. Quiero que la chincheta que ha servido para sujetar el sobre entre en su agujero para que nadie pueda probar que hemos leído la nota. ¡Oh!

—¿Qué pasa?

—Aquí hay dos orificios. Alguien nos ha precedido, descolgando el sobre como nosotros hemos hecho, para volver a ponerlo en su sitio… Lo que pasa es que no comprendió la necesidad de dar con el primer agujero.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—No haremos un tercer orificio, desde luego. Brogan cayó en la cuenta de que yo procedería como he pensado en seguida, haciendo los dos orificios para que yo no pudiera alegar que no había leído la

nota. Y ya que él se ha tomado la molestia y me veo atrapado, lo mejor será que me guarde la nota en un bolsillo.

Mason clavó la chincheta en la madera, guardándose la nota y el sobre.

—Entonces… ¿entramos? —preguntó Della Street.

Mason le dijo que no con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué no?

—Ya te he dicho que es una trampa. Lo que él quiere es que entremos y que nos dediquemos a registrar el apartamento. Siente un especial interés en ello.

—¿Con qué fin?

—No puede tratarse de nada beneficioso para nosotros —replicó Mason—. Será por algo que suponga una ventaja para él.

—¿Por ejemplo? ¿Qué podría ganar si…?

—Supongamos que entramos en el apartamento y nos encontramos con que alguien, ignoramos quién, ha abierto su caja fuerte, vaciándola…

—¿Vamos a esperarle aquí, entonces?

—No sé qué hacer —confesó Mason—. Por el hecho de haber dejado la puerta abierta, es decir, no cerrada con llave, siempre podrá argüir que penetramos en el apartamento y… Bien. Le esperaremos aquí y cuando se presente le diré qué es lo que pienso de sus trampas… Un momento… Sylvia tiene que andar por aquí. Ella…

Mason guardó silencio de pronto. Acababa de oír un fuerte golpe, dentro del apartamento.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Della Street, sobresaltada.

—No sé. Es como si alguien…

Un grito aterrorizado, procedente también del interior del apartamento, le hizo callar.

Instintivamente, la enguantada mano de Della Street se posó en el tirador de la puerta.

Mason apartó su mano de aquél.

—Alguien se encuentra en apuros ahí dentro, jefe. He oído un grito…

—Yo también.

—Una persona está en peligro, sin duda. Ha sido un chillido de

terror.

La puerta se abrió bruscamente. Una mujer se plantó en el umbral, quedándose paralizada al ver a Mason y a Della Street.

—Señora Atwood —dijo Mason, calmosamente—. Por lo visto, se ha dedicado a hacer algunas exploraciones por su cuenta.

—¡Oh! Son ustedes… —contestó la señora Atwood, como si los acabara de identificar—. Gracias a Dios… ¡Oh! ¡Rápido!

—¿Qué pasa? —inquirió Mason.

—J. J. Fritch… Ha sido asesinado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Estaba en el armario. Cayó de bruces…

Mason sacó un pañuelo de un bolsillo, empujando la puerta. Dirigiéndose a Sylvia Atwood, dijo:

—Lleva usted los guantes puestos. ¿Se los quitó al entrar?

Ella hizo un movimiento denegatorio de cabeza. Estaba muy pálida.

—No me los he quitado en ningún momento.

—¿Se trata de Fritch efectivamente?

La mujer asintió.

—¿Seguro que estaba muerto?

—¡Cielos! Sí. Se inclinó hacia delante y…

—¿Cómo estaba vestido?

—No estaba vestido.

—¿Se encontraba desnudo?

—Llevaba puesta la ropa interior…

—¿Llevaba calcetines?

La señora Atwood movió la cabeza, denegando.

—¿Tampoco zapatos?

El mismo gesto de ella.

Della Street miró a Mason. Había una intensa expresión de ansiedad en su rostro.

—Debiéramos…

Mason sacudió enérgicamente la cabeza.

—Esto es una trampa. Nos hemos metido en ella. Busquemos ahora una salida.

Siempre con el pañuelo en la mano, Mason cruzó el corredor, situándose delante de la puerta correspondiente al apartamento de

Frank Reedy. Accionó el tirador… No había sido cerrada con llave.

Mason se volvió hacia las dos jóvenes.

—Escuchen atentamente lo que voy a decirles… Brogan se presentará ahora de un momento a otro. Vendrá acalorado, con prisas, arguyendo que la partida de poker con sus amigos es la causa de su retraso. Quiero que le digan que me encuentro abajo, estacionando el coche. Supondrá que llegamos aquí los tres juntos; que yo me detuve delante del inmueble para que ustedes se apearan y que después he estado buscando un sitio donde dejar el automóvil. Se imaginará que no tardaré en subir…

—¿No empezará a hacernos preguntas raras? —preguntó Della Street.

—Me presentaré aquí antes de que tenga ocasión de formular la primera, siempre y cuando hagas lo que voy a indicarte.

»Aquí tienes, Della, la nota que estaba en la puerta. Tenla en la mano, desplegada, como si acabaras de leerla. Eso explicará por qué sabes que la puerta está abierta, no cerrada con llave.

Ella asintió.

—Tan pronto le hayas dicho que estoy estacionando el coche —siguió diciendo Mason—, pon la mano en el tirador y entra en el apartamento con toda naturalidad, alegando que ibas a hacer eso por haber leído la nota a mí dirigida, y que yo no tardaré en subir.

Mason se volvió hacia Sylvia Atwood.

—Mientras tiene lugar esta escena, se le deparará la oportunidad de mantenerse en un discreto segundo plano. No se vuelva… Dé la espalda a este apartamento y con la mano derecha atrás busque a tientas el botón del timbre. Oprímalo dos veces. Dos toques rápidos y breves. Luego, siga a Della y a Brogan… Arrégleselas para ser la última de los tres en entrar…

—¿No se echará Brogan a un lado para dejamos pasar primero a las dos?

—Brogan es un canalla, un chantajista. De caballero no tiene nada. Las reglas de la cortesía le tienen sin cuidado, si es que las conoce.

—¿Y usted qué va a hacer?

Mason respondió:

—Existe una probabilidad bastante remota de que dé con la

cinta magnetofónica maestra antes de que aparezca Brogan. Yo oiré la señal. Le daré tres segundos para cruzar la puerta, después de percibir los dos timbrazos. Seguidamente, me deslizaré en el corredor, cerraré la puerta y oprimiré el botón del timbre de Brogan. Puede ser también que me plante aquí cuando usted esté cerrando la puerta y entre. De esa forma, Brogan no puede probar dónde he estado. Tal vez piense que estuve en realidad en la calle aparcando el coche. ¿Me han comprendido?

—Sí —respondió Della Street.

Sylvia contestó, en cambio:

—Yo no sé cómo…

—No es necesario que usted se esfuerce —dijo Della, con viveza —. Ya le diré lo que tiene que hacer. Siga con exactitud las instrucciones del señor Mason. Adelante, jefe.

Mason abrió la puerta del apartamento de Fritch, ocupado por un hombre llamado Frank Reedy, cerrándola luego a su espalda.

Las cortinas de las ventanas se hallaban corridas. Las luces estaban encendidas. En la pantalla de un televisor en marcha aparecía en aquel instante un «spot» publicitario.

Mason cruzó el cuarto de estar, entrando en un dormitorio.

También aquí vio las cortinas corridas. Las ropas de la cama estaban ordenadas. Nadie había dormido en aquel lecho. Sobre un sillón, al lado de una mesita de noche, había una bata. Bajo la silla, ordenadamente dispuestas, se veían unas zapatillas.

Mason se asomó al cuarto de baño. Estaba por completo en orden, pero había una luz encendida.

El abogado volvió sobre sus pasos, penetrando en la cocina.

Inmediatamente, descubrió allí algo curioso. Los estantes de la despensa estaban llenos de alimentos en conserva. Mason abrió el frigorífico. Ofrecía el mismo aspecto que la despensa. En un extremo de la cocina había sido instalado un congelador, un armatoste de grandes dimensiones.

Mason levantó la tapa y emitió un débil silbido de sorpresa. Estaba lleno hasta los bordes de alimentos congelados: carne, helados, fresas, cerezas, preparados de pastelería para disponer de los cuales no había más que pasarlos por el horno, manteca y otras provisiones de boca similares.

El abogado dejó caer la tapa del congelador lentamente.

Al parecer, Fritch había estado preparándose para una especie de largo asedio. Se había puesto en condiciones de vivir completamente aislado del resto del mundo una vez cerrada la puerta del apartamento. No tenía necesidad de salir para nada. Podía haber permanecido allí escondido durante semanas, o meses, si se presentaba la ocasión.

Mason salió de la cocina, pasando al cuarto de estar. Luego, abrió la puerta de un enorme armario.

El armario estaba lleno de prendas de vestir y de zapatos. Sus ojos se fijaron en un equipo de grabación completo…

Mason registró los cajones y el guardarropa del dormitorio. Siempre que iba a tocar algo, interponía entre sus dedos y el objeto su pañuelo.

Su atención se estaba concentrando en otro mueble cuando oyó los dos rápidos timbrazos…

Mason se encaminó a la puerta que daba al corredor. Aquí, se detuvo, escuchando.

Oyó una voces femeninas y también otra, más fuerte, de hombre. Aguardó tres segundos. Finalmente, abrió la puerta.

La del apartamento de enfrente se iba a cerrar en aquel momento. Sylvia Atwood la estaba empujando, suavemente.

Mason pasó al corredor, cerrando la puerta del apartamento de Fritch. Después, se abalanzó hacia la de Brogan, diciendo a la señora Atwood:

—Bien. Creo no haber tardado demasiado.

George Brogan obsequió a Mason con una sonrisa. Se acercó a las ventanas y descorrió las cortinas, dejando que pasara la luz del sol.

Su cara era un espectáculo. El gesto era de intensa preocupación. Unas gotitas de sudor perlaban su barbilla. La tez se veía demacrada, delatando una noche sin sueño. Sus ojos se hallaban un poco enrojecidos. Su aliento olía a alcohol.

—Lo siento —dijo—. ¿Leyó usted mi nota, Mason?

Éste hizo un expresivo gesto, como si no comprendiera.

—Aquí la tienes, jefe. La encontré en la puerta —declaró Della Street, alargando a Mason el papel.

Brogan miró inquisitivamente a Della Street.

—Es la señorita Street, mi secretaria de confianza —explicó Mason—. Le pedí que me acompañara esta mañana. Subió antes que yo.

Brogan esperó que el abogado hubiese terminado la lectura del papel. Seguidamente, dijo:

—Lo siento mucho, Mason. Cuando concierto una cita con alguien me gusta ser puntual, pero… Bien. Como usted puede ver, ni siquiera me he afeitado, por no perder tiempo. Me apresuré a venir. Únicamente me entretuve los minutos necesarios para desayunar brevemente. Me dolía terriblemente la cabeza y necesitaba tomar una taza de café —consultó su reloj de pulsera—. En realidad, mi retraso ha sido tan sólo de cinco minutos.

»Ya sabe usted lo que pasa en estas ocasiones, Mason. Me proponía abandonar la mesa de juego lo más temprano posible, pero empecé a perder y me enredé… Luego, inicié una recuperación. Recobré el dinero perdido y algo más… A los compañeros de partida les cae mal que uno se vaya cuando gana. Desean, a su vez, una oportunidad para resarcirse. Quieren, aunque no lo digan, que todo el dinero siga sobre la mesa.

»Una mano fue sucediéndose a otra… Mi retraso, aunque corto, se produjo. Lo lamento muchísimo. ¿No quieren ustedes sentarse? Deseo que me perdonen por haberme presentado así, señora Atwood, señorita Della.

»Bueno, Mason, me imagino lo que ha estado usted pensando. Se habrá figurado que lo de ayer no fue originado por una avería del aparato. Creyó que algo había marchado mal y que la cinta había sido borrada. Va usted a escuchar de nuevo la grabación, para convencerse de que aquélla se encuentra en buen estado. Primeramente, si ustedes me lo permiten, pasaré a la cocina, para prepararme un café bien cargado. No he dormido en toda la noche y…

Brogan echó a andar en dirección a la cocina, efectivamente.

Sylvia Atwood miró a Mason…

Brogan cruzó el umbral, deteniéndose de repente, quedándose como paralizado.

—¿Qué ocurre? —inquirió Mason, al cabo de un segundo.

Brogan dio la vuelta lentamente, cerró la puerta y se plantó enfrente de Mason. En sus ojos brillaba una mirada fría y acusadora.

—¿Qué se había propuesto, Mason? —preguntó.

—¿De qué me está usted hablando? —inquirió Mason, a su vez.

Brogan repuso:

—Dejé esa nota en la puerta antes de salir. El apartamento estuvo abierto durante toda la noche. Usted estuvo aquí a hora temprana. La nota pasó a sus manos. Usted… Creo que tal como se hallan planteados los hechos, esto es lo único que cabe hacer…

Brogan se acercó al teléfono, marcando un número.

—Póngame con la jefatura de policía inmediatamente —dijo al cabo de unos segundos—. Se ha cometido aquí un asesinato y en este momento estoy reteniendo en mi apartamento a tres personas. Una de ellas es el criminal.

Capítulo 7

El sargento Holcomb, de la Brigada de Investigación Criminal, podía mostrarse cuando él quería, sin aparente esfuerzo, muy sarcástico y desagradable.

Esta vez se hallaba en uno de sus peores momentos.

—Le he dicho —manifestó Mason— que no puedo permanecer aquí todo el día. Llevo dos horas con ustedes.

Los ojos del sargento Holcomb centellearon.

—No se ponga usted así, que conmigo no va a conseguir nada —contestó—. Creo que lleva usted ya demasiados cadáveres descubiertos, Mason.

—Éste de ahora no lo descubrí yo —alegó el abogado.

—Es lo que me ha dicho antes.

—¿Le ha informado alguien en ese sentido?

—Soy yo quien formula las preguntas.

—Pues venga, pregunte.

—¿Conocía usted a J. J. Fritch?

—No.

—¿Qué sabe usted acerca del descubrimiento del cadáver?

—George Brogan echó a andar en dirección a la cocina, para prepararse una taza de café. De pronto, se detuvo, volviendo sobre sus pasos, llamando entonces por teléfono a la policía.

—¿Qué estaba usted haciendo aquí?

—Estaba citado con Brogan.

—¿Con qué motivo?

—Un motivo personal.

—Explíquese.

Mason movió la cabeza a un lado y a otro.

—¿Por qué se niega a darme explicaciones?

—Se trata de algo confidencial.

—No hay nada que pueda ser considerado confidencial en un caso de asesinato.

—En este punto, usted y yo no opinamos lo mismo. Ha habido motivos de tipo confidencial antes y creo que vamos a enfrentamos con ellos de nuevo.

—Tengo entendido que usted dijo a Brogan que era sordo y que se veía obligado a usar una prótesis auditiva.

—Otro error.

—Usted usaba una prótesis auditiva.

—No. Eso era un magnetófono de bolsillo. El micrófono se mantiene aplicado a la sien. Si Brogan pensó que era una prótesis auditiva, incurrió en un error.

—Veámoslo.

—No contiene nada. No lo había puesto en marcha hoy. Estaba esperando hablar con Brogan para…

—Veámoslo.

Mason extrajo de uno de sus bolsillos el aparatito, entregándoselo a su interlocutor.

El sargento Holcomb estuvo examinándolo durante unos momentos. Seguidamente, abrió su cartera de mano, colocándolo dentro.

—Se lo devolveré cuando haya sido inspeccionado. No me fío de nada de lo que usted dice.

—No grabé nada en él, hoy.

—¿Ayer sí?

—Eso es cosa mía. Mejor dicho, de mi cliente.

—Puedo averiguarlo —dijo Holcomb, en tono amenazador.

—Entérese, pues.

—Brogan me ha contado que dejó una nota para usted en la puerta.

Mason asintió.

—La nota se hallaba en poder de su secretaria, Della Street.

—¿Qué le dijo la chica? —inquirió Mason.

Holcomb se limitó a sonreír.

—Repito que únicamente soy yo quien formula las preguntas.

—Muy bien —repuso Mason, apretando los dientes. Su expresión

se endureció—. Adelante. Formúlelas.

—Tiene usted que recordar que es un abogado, un hombre estrechamente relacionado con la justicia —prosiguió diciendo Holcomb—. No puede retener ninguna información caprichosamente.

—Como tal abogado, presté un juramento y estoy obligado a proteger a mis clientes. Pienso protegerlos poniendo en juego toda la inteligencia que sea capaz de desplegar. Usted no puede ampararse en su autoridad para obtener de mí datos que yo estimo conveniente reservar.

—¿Asesinó su cliente a J. J. Fritch? —preguntó Holcomb, desdeñoso.

—¡Cómo diablos voy a saberlo!

—¿Qué? —preguntó el sargento, sorprendido.

—He dicho que cómo voy a saberlo…

—Un momento —replicó Holcomb. Sus párpados se cerraron casi por completo—. ¿Qué es lo que usted sospecha? Porque usted sospecha algo…

—Yo no sospecho nada.

—Bien… Su declaración implica la existencia de una posibilidad de que su cliente asesinara a Fritch.

—Naturalmente que hay una posibilidad.

—¿No sabe más?

—No.

—¿Cómo es eso?

—Hay una cosa: a mí no se me ha permitido hablar con mi cliente. No me ha sido permitido hablar con nadie.

—¿Pero usted me cree también estúpido como para dejar que los testigos del hecho se reúnan, cambiando impresiones libremente? De tal reunión nacería un cuento cualquiera, que a mí no me serviría de nada. No nací ayer, Mason.

—¿Y usted me cree a mí tan tonto como para dar informaciones que podrían perjudicar los intereses de mi cliente, antes de que nosotros habláramos? —repuso Mason.

La faz de Holcomb se oscureció.

—Me dará usted la información que necesito. De lo contrario, lo lamentará…

—Adelante, hágame más preguntas.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—Tenía una cita con Brogan.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¿A qué hora llegó usted aquí?

—No miré mi reloj de pulsera —Brogan dejó una nota escrita en la puerta.

—Eso tengo entendido.

—Su secretaria dice que ella la leyó.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por darme a conocer lo que dijo mi secretaria.

—No le he dado a conocer todo lo que dijo.

—Entonces retiro las gracias.

—Esta manera de proceder no le va a llevar a ninguna parte.

—Usted no lleva tampoco camino de llegar a ningún sitio.

—¿Cuándo se enteró usted de que Fritch había sido asesinado?

—Todavía no sé que haya sido asesinado.

—Se lo dije…

—Le oí…

—¿Quiere usted indicarme que no cree en mis palabras?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero lo ha insinuado.

Mason se encogió de hombros, encendiendo un cigarrillo.

—¿Cuándo vio usted a J. J. Fritch por última vez vivo?

—No lo vi vivo nunca.

—¿Cuándo vio usted a J. J. Fritch por última vez muerto?

—No he visto su cadáver.

—¿De qué índole son sus relaciones con la señora Sylvia Atwood?

—La señora Atwood es mi cliente.

—¿En qué momento llegó aquí?

—No lo sé.

—Al decir «aquí», me refiero precisamente al apartamento de Brogan.

—No lo sé.

—¿Cuándo le dijo ella que llegó aquí?

—No se me ha presentado la ocasión de interrogarla.

—Eso no es lo que yo le he preguntado.

—Eso es lo que le dije.

—¿Cuándo le dijo ella que llegó al apartamento de Brogan?

—No se me ha deparado una oportunidad favorable para interrogarla.

—Estoy pidiéndole una información específica.

—Y yo se la estoy dando.

—¿Cuándo llegó su secretaria aquí?

—No he tenido ocasión de hablar con ella.

—Vino con usted, ¿no?

—No he tenido ocasión de interrogarla.

—Ella no es su cliente; es su secretaria.

—¿Cómo voy a saber que ella no es mi cliente? ¿Cómo voy a saber lo que usted piensa hacer? Usted es capaz de acusarla de haber cometido un crimen en primer grado.

—¡Por Dios, Mason! —exclamó Holcomb, poniéndose en pie de un salto—. Soy perfectamente capaz de acusarle, a usted, ¿eh?, de haber cometido un asesinato en primer grado. Y no piense lo contrario.

—¿Es eso una amenaza?

—Tiene usted razón —gritó Holcomb—. Es una amenaza. Y la llevaré a la práctica.

—Perfectamente —repuso Mason—. En vista de la declaración que acaba de formular, me niego a hacer más declaraciones, hasta que se me depare la ocasión de consultar con un abogado.

—¿Con un abogado? —aulló Holcomb—. Usted es abogado, y de los buenos, aunque mucho me pese admitirlo.

—Un abogado no debe ser nunca cliente de sí mismo. Si se me va a acusar de haber cometido un crimen, necesito el consejo de un hombre de leyes.

—Bueno, ¿cómo voy a saber yo si va a ser acusado usted de haber cometido un crimen o no?

—Usted dijo que eso era lo que iba a hacer.

—Dije que podía hacerlo.

—Dijo usted que lo haría.

—Bien. Lo haré si es lo que me aconsejan los hechos.

—¿Lo aconsejan los hechos?

—¡Diablos! No lo sé.

—Pues entonces no sé si me prestaré a formular declaraciones o no. Le he dicho que yo había concertado una cita con Brogan para las nueve, qué vine aquí con ese fin. Es posible que llegara unos minutos antes; es posible que llegara unos minutos después. No recuerdo si eché un vistazo a mi reloj. Ni siquiera sé si mi reloj marcha bien. Tengo entendido que Brogan dejó una nota en la puerta, diciéndome que entrara en el apartamento y que me sentara. Me retrasé en mi subida al piso. Al entrar en el apartamento, vi que mi secretaria, Della Street, penetraba en el mismo, que Brogan la seguía y que Sylvia Atwood marchaba detrás de Brogan. Llegué aquí a tiempo de incorporarme al desfile y cerrar la puerta a nuestras espaldas.

»Casi inmediatamente, Brogan explicó que había estado jugando al póquer toda la noche, habiéndose detenido por el camino únicamente el tiempo suficiente para beberse una taza de café. Añadió que se sentía pesado y que lamentaba mucho su retraso. No consulté mi reloj para comprobar su declaración, pero deduje de sus palabras que eran las nueve y unos minutos más.

—Entonces, también usted se había retrasado —señaló Holcomb.

Mason no dijo nada.

—¿Se encaminó directamente al apartamento de Brogan después de haber dejado estacionado su coche?

—Sí.

—¿Después de haber estacionado su coche?

—Sí.

Holcomb frunció el ceño.

—Hay algo chocante en todo este asunto, algo que no encaja…

Mason se encogió de hombros.

—¿Fue usted directamente al apartamento de George Brogan?

—A la puerta exterior, sí. ¿A dónde esperaba usted que fuese?

Holcomb dijo:

—Usted tuvo que buscar un espacio donde aparcar. Las mujeres subieron primero. ¿No es así?

Mason bostezó.

—Ya formulé mi declaración, sargento Holcomb. Como usted me ha anunciado que piensa acusarme de haber cometido un asesinato en primer grado, no quiero hacer más declaraciones. Si las hago, tendrá que ser en presencia de un abogado. Creo que lo que he dicho ha resultado suficientemente amplio. Ninguna información importante, de peso para sus futuras investigaciones, ha sido silenciada. No pienso decirle nada que pueda ser calificado de indiscreción profesional.

—¿No puede usted revelamos el carácter de sus relaciones con Brogan?

—No haré tal cosa.

—¿Puede usted decirnos si la señora Atwood era su cliente?

—Sí que puedo.

—¿Y era su cliente?

—Sí.

—¿De qué le había encargado?

—Me había encargado un asunto personal.

—¿Qué clase de asunto personal?

Mason se encogió de hombros.

—Brogan nos ha dicho que es algo que guarda relación con una cinta magnetofónica.

—¿De veras que les ha dicho eso?

—Dice que estuvo buscando la cinta y que no la ha encontrado. Se figura que la cogió usted.

—Ya.

—¿Se llevó usted del apartamento de Brogan una cinta magnetofónica?

—No.

—¿Sabía usted que J. J. Fritch ocupaba el apartamento situado enfrente del de Brogan con el nombre de Frank Reedy?

—¿Quiere usted decir que ocupaba el apartamento situado delante del de George Brogan? —inquirió Mason, con un dejo de sorpresa en la voz.

—Sí.

Mason enarcó las cejas, emitiendo un silbido.

—Evidentemente, usted no lo sabía entonces.

El abogado guardó silencio.

—Vamos, Mason… Siga hablando.

—Ya he hablado.

—No ha contestado a mis preguntas.

—No abrigo la intención de contestar a todas sus preguntas. Tengo que trazar la línea divisoria…

—Concrete usted.

—Acabo de trazar una línea separatoria, sargento Holcomb. Sus preguntas se agrupan en dos categorías principales.

—Perfectamente. Defínalas.

—Hay preguntas que deseo contestar y preguntas a las que prefiero no responder.

La faz de Holcomb tornó un intenso color rojo.

—Por el hecho de ser usted un hombre de leyes, resulta curiosa su actitud.

—¿Verdad? —inquirió Mason, sonriendo—. ¿Qué actitud me sugeriría usted, sargento?

—Le sugeriría que respondiese a mis preguntas. De lo contrario, puede verse en un serio apuro.

—Ya me lo ha hecho ver antes. Incluso ha llegado a decirme en qué clase de apuro me vería. Es decir, ha puntualizado que puedo ser acusado de haber cometido un asesinato en primer grado. Bueno, sargento. Creo que he tenido ya con usted suficientes consideraciones, que me he mostrado suficientemente cortés. He estado esperando aquí mientras han sido interrogados otros testigos. Estimo que su orden de que nadie abandone el apartamento está completamente fuera de lugar. Soy abogado. Tengo bufete abierto en esta ciudad. En él puede encontrarme cada vez que desee verme. Ahora, voy a abandonar este sillón para salir de este piso.

—Eso es lo que usted cree.

—Repito que voy a abandonar este sillón para salir del piso. Procederé así a menos que se me retenga a la fuerza. Si se me retiene a la fuerza será porque estoy detenido. Si estoy detenido, quiero que se me diga cuál es la acusación que pesa sobre mí. Porque, entonces, solicitaré depositar una fianza.

—No hay fianza para los casos de asesinato en primer grado.

—Muy bien. Acúseme entonces.

—No estoy todavía en condiciones de hacerlo.

—En consecuencia, sargento, me apresuro a salir de aquí. Cuando pueda acusarme de algo ya sabe dónde puede encontrarme.

Mason se puso en pie, encaminándose a la puerta.

—¡Siéntese! —gritó Holcomb—. Todavía no he terminado con usted.

—Yo sí he terminado con usted, en cambio —manifestó Mason, abriendo la puerta del apartamento.

—Retengan a ese hombre —ordenó Holcomb.

Un agente uniformado avanzó y sujetó a Mason por los brazos.

—Hágale venir aquí —dijo Holcomb.

Mason dijo:

—Si usted, sargento Holcomb, quiere acusarme de haber cometido un asesinato en primer grado, proceda en consecuencia. Si desea detenerme, lléveme a la jefatura de policía. Si me retiene a la fuerza sin arrestarme, o si me arresta sin formular ninguna acusación contra mí, le demandaré, por falso arresto y por asalto. Ahora, decídase por una cosa u otra.

El agente dejó caer los brazos, mirando perplejo al sargento Holcomb.

—Reténgale —ordenó Holcomb.

—¿Me acusa usted de algo? —preguntó Mason.

—Le diré una cosa —contestó Holcomb, iracundo—. Lo que ha declarado no coincide con las manifestaciones de esas mujeres. Yo creo que estuvo en el apartamento de Brogan y que luego salió de él…

—Le he dicho repetidas veces que yo entré en el apartamento detrás de Brogan y las dos mujeres.

—¿Por primera vez?

—Por vez primera, hoy. Estuve aquí ayer.

—Creo que está usted mintiendo.

—¡Váyase al infierno! —exclamó Mason, dirigiéndose a la puerta—. Formule una acusación o déjeme ir. No pienso hablar una sola palabra más.

El agente uniformado dio un paso hacia Mason.

Bruscamente, el sargento Holcomb cambió de opinión. Con aire de cansancio, dijo:

—¡Oh! Déjele ir…

Abandonadamente, se recostó en su asiento.

Capítulo 8

Paul Drake se hallaba sentado en uno de los sillones del despacho de Perry Mason, adoptando su posición de siempre, de través, con las piernas colgando por un lado y la espalda apoyada en el brazo opuesto.

El detective levantó sus largas piernas, cruzándolas por los tobillos. Luego, se cogió las manos sobre la nuca.

—Adelante —invitó Mason.

—J. J. Fritch murió a consecuencia de las heridas que le produjeron en el cuerpo mediante sucesivos golpes de punzón, de los usados para romper el hielo. Sangró poco, exteriormente. En cambio, sufrió dos hemorragias internas. Fue alcanzado el corazón…

—¿Cuántas heridas en total?

—Ocho.

—El asesino quiso redondear su trabajo.

—Por lo visto. Esos punzones son de pequeño tamaño…

—¿Ha sido encontrado el que empleó el criminal?

—Todavía no.

—¿Había alguna anticuada nevera en el apartamento de Brogan?

—No. Brogan dispone de un frigorífico y utiliza sus cubitos para preparar las bebidas. Igual hacía Fritch. La policía no está absolutamente segura de que el arma fuese, efectivamente, un punzón de los que he dicho. Se cree que sí.

Mason reflexionó.

—Voy a decirte algo que todavía no se le ha ocurrido a la policía… —declaró Drake.

—¿Qué?

—Los Bain tienen un frigorífico eléctrico, desde luego, pero también una nevera de las antiguas, en el porche posterior de la vivienda. Ned Bain necesita a veces que le preparen bolsas de hielo…

—¿No ha estado Holcomb todavía en aquella casa?

—No.

—Della se encuentra allí ahora —manifestó Mason.

—Lo mejor que podía hacer sería buscar ese punzón —sugirió Paul.

Mason guardó silencio durante unos minutos.

—¿Cuándo fue cometido el crimen, Paul?

—Entre la medianoche y las tres de la madrugada, al parecer. El forense afirma que es seguro que no se cometió antes de las doce, ni después de las tres. No ha podido llegar a mejores conclusiones.

Mason continuaba pensativo.

—¿Qué hiciste ayer, entre la medianoche y las tres de la madrugada, Perry?

—Estuve acostado.

—He aquí lo que te pasa por ser soltero. Debieras haberte casado. Tal como están las cosas, no dispones de ninguna coartada. Sólo se puede creer en tu palabra, carente de todo respaldo.

Mason contestó:

—Esa casa de apartamentos cuenta con un hombre que está de servicio las veinticuatro horas del día, siendo vigilante del inmueble.

—¿Te habría visto, de haber salido tú?

—Eso supongo.

—Y al regreso, también.

Mason asintió.

—Probablemente, está siendo interrogado.

—¿Quieres decirme que ellos consideran en serio la posibilidad de que yo haya matado a ese hombre?

—Bien. Hay que considerar que Brogan posee una coartada perfecta.

—¿Perfecta? Me parece demasiado bien dispuesto todo para que sea verdad. La partida de póquer resultó demasiado oportuna. Yo creo que George Brogan es quien lo mató.

—Te digo que tiene una coartada —repuso Drake, moviendo la cabeza—. Empezó su partida de póquer a las diez de la noche. No se movió de la mesa hasta las cinco de la madrugada. Había estado perdiendo bastante dinero… A esa hora, tuvo que salir para procurarse alguna suma más, ausentándose durante media hora o tres cuartos de hora. A las ocho, intentó irse, alegando que a las nueve tenía una cita de negocios muy importante para él. Había que afeitarse, cambiarse de ropa antes, etc…

—¿Cuándo se fue de allí?

—Nadie lo sabe con exactitud. Serían entonces las ocho y media… Después de desayunarse brevemente, se dirigió al apartamento, encontrándose allí con Della Street y Sylvia Atwood. ¿Qué les contó Della, Perry?

—Nada —contestó Mason—. Declaró que era mi secretaria, que, de acuerdo con la ley, cualquier información que pudiese afectar a los derechos de un cliente era confidencial, que por no conocer todos los detalles del asunto de que me ocupaba yo allí podía, inadvertidamente, desvelar algo perjudicial, quizá, para los intereses del cliente a quien yo representaba… Por tanto, se negó a formular declaraciones de ningún tipo.

—Es una muchacha estupenda —contestó Drake—. Holcomb le daría, o intentaría darle, un buen repaso.

—Por lo visto, sí. Recurrió a todas las artimañas. Della se limitó a permanecer sentada y sonriente, indicándole que si hablaba conmigo primero, ella, de buen grado, le confiaría cualquier información que no fuese confidencial, añadiendo que entretanto no podía conocer el cariz de las mismas… De momento, sólo podía decirle que se levantó por la mañana, que después de vestirse se reunió conmigo… Ni siquiera le comunicó a qué hora ocurrió tal cosa.

—¿Y qué me dices a Sylvia Atwood?

—Sylvia Atwood fue la primera persona interrogada. Refirió a Holcomb su historia y el sargento la dejó partir. He hablado con ella por teléfono, comunicándole que deseaba verla, pero todavía no ha venido.

—¿Le hiciste alguna pregunta por teléfono?

—Fueron unas preguntas de tipo general. Della está

comprobando con exactitud lo que se dijo.

—Supongo que preguntarías a Sylvia qué es lo que contó a Holcomb…

Mason hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué te respondió?

—Repitió lo que le había dicho a Brogan: que subió al apartamento, hallando a Della en la puerta, leyendo la nota; que la nota decía que Brogan podía retrasarse, que la puerta estaba abierta y que nosotros debíamos entrar… Della Street no quería penetrar en el apartamento y Sylvia Atwood le preguntó: «¿Por qué no hemos de entrar?».

—¿No estabas allí en aquel momento?

—Ella dijo que yo estaba aparcando el coche —añadió Mason—, y que subiría en seguida. Brogan se presentó cuando las dos jóvenes estaban hablando. Yo le seguía los pasos a Brogan. La joven no señaló la hora.

Drake puntualizó ahora:

—Los agentes de policía dieron con la persona ocupante de otro apartamento en el mismo piso, quien jura haber oído un grito de mujer, procedente de otra vivienda de aquella planta, poco antes de las nueve. El testigo puntualizó que el grito había sido dado en el apartamento de Brogan. Los inquilinos de la planta inferior aseguran haber oído un golpe en el apartamento de Brogan y también un grito de mujer. Eso ocurrió poco antes de las nueve. Pudieron fijar el tiempo porque estaban esperando el comienzo de un programa de radio.

»Un inquilino de la planta baja asegura haber visto a la señora Atwood aparcando su coche, tardando mucho en situar su vehículo entre dos automóviles, ya que tenía el sitio justo. Luego, el propietario del coche que estaba situado detrás, al verla en apuros, le dijo que correría aquél un poco, para que pudiese maniobrar mejor. El testigo afirma que eran entonces las ocho y media.

—¡Las ocho y media! —exclamó Mason.

—Cierto: las ocho y media —confirmó Drake.

—¿Qué hay del hombre que le facilitó la maniobra?

—El hombre cree que eran entonces las ocho y media. Llegó a su oficina a las nueve menos cinco, ya que salía en aquellos instantes.

A esa hora, su trayecto se cubre en unos quince minutos.

Mason se quedó pensativo.

—Brogan parece haber quedado en muy buena postura delante de la policía —declaró Drake.

—¿Qué quieres decir?

—Contó a la policía el carácter exacto de vuestra transacción.

—¡Diablos! No puedo creerlo.

—Es verdad. Los agentes se lo preguntaron y él no tuvo más remedio que ponerles al corriente de todo.

—¿Qué es lo que les dijo?

—Les dijo que Fritch era poseedor de una cinta magnetofónica que representaba una prueba de algo contra Ned Bain, y que tú te hallabas en tratos con él para hacerte con dicha prueba.

La faz de Mason se oscureció.

—Brogan dijo que algo había funcionado mal en el magnetófono cuando ayer te puso la grabación para que la escucharas; refirió que tú habías insistido en oír de nuevo aquélla, para asegurarte de que adquirías para tu cliente una mercancía en el orden debido, añadiendo que te dijo que se trataba solamente de algún defecto de funcionamiento del aparato…

»Brogan dijo a Holcomb que estaba convencido de que tú te las habías arreglado para borrar la grabación. Creo que tú quisiste escuchar ésta la primera vez para averiguar lo que contenía, consiguiendo después dejar la cinta sin nada.

»Contó a Holcomb que había denunciado eso a Fritch. Éste pareció sentirse muy afectado al principio. Luego, le dijo que no había por qué preocuparse, que te citara para las nueve de la mañana. Durante la noche, Fritch sacaría un duplicado de la grabación.

—¿Cómo? —inquirió Mason.

—Brogan alegó que no sabía nada…

—Es inocente, ¿verdad?

—Por supuesto, Brogan intenta hacer ver que no se daba un intento de chantaje. Asegura que él ignoraba que la cinta que se encontraba en su poder no fuese la original, añadiendo que ahora comprende, desde luego, que debía ser aquélla una copia amañada y que el original de la misma grabación estaría en poder de Fritch.

—¿Han hallado el carrete?

—Han registrado el apartamento de Fritch palmo a palmo. No dan con nada… Pudieron hallar metros y metros de cinta magnetofónica virgen y unos cuantos aparatos para grabación y reproducción… Esto es todo.

Mason frunció el ceño.

—Entonces, si Fritch poseía una cinta original, ésta ha desaparecido.

—Ha desaparecido. ¿Tienes las manos limpias en este asunto, Perry?

Mason sonrió.

—Te estoy contando todo eso, no porque desee meter la nariz en tus asuntos, sino porque creo que esa gente tiene algo contra ti.

—Bueno, todavía puedo mantenerlos a raya.

—Pues sigue así, Perry. Y ten cuidado con lo que dices, ya que abrigo la impresión de que Holcomb te ha tendido una trampa y yo temo que acabes precipitándote en ella.

—Pues me zafaré de la misma después.

—Es posible que las cosas no resulten tan simples. ¿Han dejado a Della en paz?

—Me parece que sí. Le dije que fuese a casa de los Bain. Quiero enterarme de algunos detalles antes de que el sargento Holcomb comience a importunar a la familia.

—Probablemente, conseguirás algo por ahí. Holcomb no ha tirado todavía por ese camino. De momento, su atención se concentra en Brogan.

—Es lo más lógico —repuso Mason, secamente.

—A Brogan le están haciendo sudar sangre en estos instantes. Y, desde luego, andan registrando el apartamento de Fritch, el ocupado con el nombre de Reedy. ¿Sabes tú que el hombre se había preparado como para aguantar un asedio? Hubiera podido permanecer en su apartamento por tiempo indefinido.

Mason enarcó las cejas.

—Había reunido en el piso alimentos suficientes para estar en él durante todo un año. Contaba con artículos congelados, gracias a los cuales habría podido vivir como un rey —prosiguió diciendo Drake—. Disponía de lo necesario para una dieta alimenticia

perfectamente equilibrada: carne, patatas, frutas, verduras, helados, pasteles, harina, jamón, huevos, manteca… En suma, todo lo que puede necesitar un hombre para sobrevivir. Hay algo más, Perry. La policía ha encontrado unas huellas dactilares en el apartamento de Brogan. No son las de Fritch. No son de Brogan, tampoco. Alguien estuvo allí, registrándolo todo.

—El diablo —murmuró Mason.

Drake miró a su amigo con fijeza.

—No habrás cometido la torpeza de dejar tus huellas dactilares allí, ¿eh, Perry?

—No estuve allí entonces —replicó Mason—. Visité el apartamento ayer, sin embargo.

—Desde luego, las huellas dactilares podrían datar de ayer. Pero también hubieran podido quedar en aquel sitio cuando fue cometido el crimen.

Mason frunció el ceño, pensativo.

Bruscamente, sonó el timbre de su teléfono, quebrando el momentáneo silencio.

Mason atendió la llamada.

—Perdona, Paul. Es el número que no figura en la guía. Solamente tú y Della Street lo conocéis.

Mason oyó la voz de Della Street, muy excitada.

—Lo mejor sería, jefe, que te metieras en tu coche para presentarte aquí lo antes posible.

—¿Dónde?

—En casa de los Bain.

—¿Qué ha pasado?

—Ned Bain…

—¿Qué le ocurre?

—Ha muerto… Y hay aquí algunas cosas que a mi juicio debieras saber antes de que se presente el sargento Holcomb.

—¡Santo Dios! No será un caso para Holcomb, ¿eh?

—No. Se trata de una muerte natural…, en cierto modo.

—Voy para allá. Espérame ahí.

El abogado colgó, diciendo a Drake:

—Procura mantenerte lo más cerca posible de un teléfono, Drake. Es posible que necesite algo a toda prisa. Me voy.

—¿A dónde?

—A casa de los Bain.

—¿Hay otro cadáver allí?

—Esto de ahora es una muerte natural.

—Prueba a decirle eso a Holcomb.

—Voy a procurar no decirle nada a Holcomb. Haz todas las averiguaciones que puedas acerca de Fritch y Brogan… Hazte con todos los colaboradores que necesites. Muévete.

Mason cogió su sombrero y salió de su despacho, echando a correr en dirección al ascensor.

—Lo más rápidamente que pueda, a la planta baja —indicó a la chica encargada de aquél—. Es muy urgente.

—Sí, señor Mason —repuso la joven, sonriendo.

Dos o tres personas se quedaron mirando al abogado con un gesto de curiosidad cuando, ya abajo, salió corriendo al estacionamiento de vehículos, donde tenían su automóvil.

Quince minutos después, se plantaba delante del porche, de traza antigua, de los Bain.

Della Street, que había estado acechando su llegada, le abrió la puerta, diciéndole:

—Adelante, jefe. Se encuentra el doctor aquí.

—¿Qué doctor?

—El doctor Flasher. Es uno de los que han estado tratando al señor Bain. Está aquí ahora.

Apareció ante ellos Sylvia Atwood, en compañía de un hombre alto, de aire cansado, de cincuenta y tantos años de edad. Sus ojos, muy vivos, bajo unas pobladas cejas, escrutaron el rostro de Mason.

Repentinamente, su faz se iluminó.

—Bien, bien, señor Mason. Me dijeron que habían enviado por usted.

—Le presento al doctor Flasher, señor Mason —dijo Sylvia.

Mason y el doctor se estrecharon la mano.

—Éste es mi hermano, Jarrett Bain.

Un hombre alto, pesado, de lentos movimientos, miró a Mason a través de los gruesos cristales de sus gafas. Oprimió con fuerza la mano que le tendió el abogado.

—Encantado de conocerle, señor Mason.

Éste repuso:

—Esto constituye para mí una sorpresa. Yo creí que andaba usted explorando unas ruinas en Yucatán.

—Estaba allí, en efecto. Hablé por teléfono con Sylvia y decidí que lo mejor era venir cuanto antes.

—Ha sido un viaje rápido el suyo. ¿Cuándo llegó aquí?

—Esta mañana —declaró Sylvia, rápidamente.

—Todavía no he tenido ocasión de hablar contigo, Sylvia —dijo Jarrett.

Mason consultó su reloj.

—Hábleme del señor Bain —pidió al doctor Flasher.

Quería dar la impresión de que no llevaba ninguna prisa, pero en realidad tenía conciencia incluso de los segundos que pasaban.

—No hay mucho que decir, señor Mason. El músculo cardíaco se hallaba seriamente afectado. Yo no podía hacer otra cosa que prescribir un descanso absoluto, completo, con la esperanza de que aquél se recuperase. Pero ya no había por qué esperar nada bueno… Una emoción fuerte, en estas circunstancias, habría resultado fatal… Bien, señor Mason. Nuestro hombre ha muerto. ¿Para qué perder el tiempo haciendo suposiciones?

Medió Sylvia Atwood en la conversación.

—El doctor Flasher intenta decirle que la muerte fue completamente normal. Era de esperar, por otro lado. El doctor Flasher va a extender un certificado de defunción.

—¿Ha establecido usted la causa de la muerte? —inquirió Mason, dirigiéndose al médico.

—Sí, sí, desde luego —respondió el doctor Flasher—. El músculo cardíaco, fatigado, no podía ya con su carga. Esto es corriente. Pero, además, el señor Bain sufría una infección… De haber iniciado mi tratamiento con él varios años atrás, las cosas hubieran podido cambiar… Bueno, estas cosas son bastante corrientes en los hombres que han vivido siempre al aire libre. Se creen curtidos, más duros de lo que en realidad son, indestructibles. Tal vez pudieran seguir así durante algún tiempo más de poder continuar viviendo como siempre. Ahora bien, la experiencia nos dice que la salud de esos individuos experimenta un grave quebranto cuando deciden alterar su manera de vivir y se recluyen entre cuatro

paredes.

Mason se volvió hacia Sylvia Atwood.

—Espero que esta conversación no le resulte molesta —dijo—. Hago preguntas, pero, créame, no es sólo por ociosa curiosidad.

—Ya me hago cargo… Echaré mucho de menos a mi padre. Es igual que lo esperara. Agradezco su interés, señor Mason.

—Al parecer —manifestó el doctor Flasher—, tuvo una muerte tranquila, sin ningún dolor. Había un teléfono sobre su mesita de noche. Nada hay que nos haga pensar que hiciera un movimiento hacia él, para alcanzarlo. Murió, probablemente, mientras dormía.

—Bien —dijo Sylvia Atwood—. Para nosotros, eso es un consuelo.

El doctor Flasher, sin apartar los ojos de Perry Mason, añadió:

—He seguido con mucho interés su carrera, señor Mason. No había esperado encontrarle aquí, aunque luego la señora Atwood me dijo que había consultado con usted. Supongo que se ocupará de los detalles legales en relación con el patrimonio familiar.

—Creo que es pronto todavía para hablar de esa cuestión. Vine aquí en cuanto me enteré de lo sucedido. Conocía al señor Bain y me estoy ocupando de algunos asuntos de la familia.

—Ya, ya. Bien. Tengo que irme. Lamento muchísimo lo sucedido, pero era casi inevitable. De haberme hallado aquí en el momento preciso, habría podido prolongar su vida, quizás, algún tiempo más, pero opino, con toda franqueza, que es mejor que todo haya ocurrido así. Su padre no se dio cuenta de nada, señora Atwood. Simplemente, ya no salió de su sueño. Para mí, la noticia ha constituido una sorpresa, ya que cuando lo vi ayer lo encontré más repuesto. Desde luego, a su edad y con su dolencia no podía esperarse una completa recuperación, pero habíamos hecho progresos… Sí. Cuando usted me telefoneó me llevé la gran sorpresa.

—¿A qué hora murió, doctor?

—A hora muy temprana de la mañana, a las cinco o las seis, quizá. En un caso como éste, el detalle de la hora del fallecimiento carece de importancia.

—Dígame, doctor, ¿habrá autopsia?

—¡Oh! Espero que no —dijo Sylvia.

—No se preocupe por eso, querida. Ha sido una muerte perfectamente natural. Extenderé el certificado de defunción. ¿Quiere que avise a la funeraria o prefiere ocuparse personalmente de esto?

—¿Conoce usted a alguna funeraria que merezca confianza?

—Sí, sí, desde luego, querida. Yo me ocuparé de esa cuestión.

—Será lo mejor, sí —repuso Sylvia—. ¿No opinas tú igual, Jarrett?

Miraron todos a Jarrett, aguardando su contestación.

Jarrett, con una vaga sonrisa en los labios, permaneció con los brazos cruzados, mirándolos, sin pronunciar una sola palabra.

—¿No opinas tú igual Jarrett? —insistió Sylvia.

—¿Qué? ¿Cómo? No he entendido bien la pregunta.

—Te preguntaba si te parece bien que el doctor se ponga en contacto con la funeraria.

—Sí, sí, claro.

Sylvia Atwood dijo al doctor Flasher.

—Es ésta una experiencia muy desagradable. Hattie me preocupa y…

—Ha sido un golpe terrible para ella —comentó el doctor—. Le he puesto una inyección, una buena dosis de calmante. Es conveniente que descanse, que duerma, que no la moleste nadie.

Sylvia hizo varios gestos de asentimiento. Miró furtivamente a Mason. Luego, su mirada se detuvo en el doctor Flasher.

—Le agradecería mucho que al hablar con la funeraria les hiciese ver que es necesario que activen las cosas. Yo quisiera que el embalsamamiento del cadáver estuviese hecho cuando Hattie despierte…

Flasher respondió:

—Conozco a un funerario que sabrá guardarles muchas consideraciones. Me pondré al habla con él.

—¿No surgirán dificultades, doctor?

—No, no. No esté preocupada. Se está excitando y eso no conduce a nada. Extenderé el certificado de defunción; el cuerpo será trasladado a otro sitio y seguiremos adelante con el proceso de embalsamamiento. Usted puede ocuparse entretanto de la organización de los funerales.

Sylvia se acercó al médico, asiéndose a su brazo.

—Es usted una gran persona, doctor Flasher.

Éste volvió la cabeza, mirando al abogado para decirle:

—Ha sido para mí un verdadero placer conocerle, señor Mason. Hasta la vista.

Sylvia Atwood acompañó al doctor hasta la puerta. Mason la estuvo observando un momento. Finalmente, se fijó en el arqueólogo, que estaba a su lado.

—Tiene que haber sido un fuerte golpe para usted —dijo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Digo que ha sido un fuerte golpe para usted.

—¡Oh, sí, desde luego! ¡Pobre papá! Hace ya algún tiempo insistí en que debía descansar, tomarse la vida más a la ligera. Pero siempre fue un hombre muy enérgico, afanoso, activo. Y yo me pregunto: ¿para qué tantos afanes?

»Después de pasar meses y meses entre ruinas, entre restos de edificios levantados por hombres que vivieron, amaron y murieron hace millares de años; después de ver cómo la jungla se extiende incontenible por aquéllos, destruyendo templos, obras de arte, culturas enteras, uno comprende que hay que optar por una existencia digna, por algo que nos permita adentramos por el campo del conocimiento universal… Sólo así la vida puede ser fructífera; sólo así podemos gozar de ella en toda su plenitud.

»He de pedirle ahora, señor Mason, que me disculpe. No tardaremos en vemos de nuevo. Hasta luego.

Jarrett Bain dio media vuelta, echando a andar lentamente.

Della Street dijo a Perry Mason:

—Habrás advertido que anda siempre por las nubes, ¿eh?… Aquí viene Sylvia.

Ésta, tras haber dejado al doctor Flasher, se aproximó rápidamente a Mason. Oprimió uno de los brazos de él, temblorosa, muy agitada.

—Tengo que verle, señor Mason —dijo en voz baja.

—Está usted viéndome…

Los ojos verdes centellearon, en dirección a Della Street.

—¿No se producirán demoras? ¿No habrá autopsia? ¿No surgirán formalismos molestos?

—Si el doctor Flasher extiende el certificado de defunción, no. Siempre y cuando, además, no se presente una autoridad con una cuestión oficial.

—Ese sargento de policía puede ser muy, muy desagradable.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Desde luego…

Hubo una pausa.

—Usted quería verme para algo. Confíese a mí.

Ella miró a su alrededor, como para asegurarse de que nadie podía oírla. Miró una vez más a Della Street. Seguidamente, bajando la voz, susurró:

—Lo hizo mi padre.

—¿Qué es lo que su padre hizo?

—Matar a J. J.

—¿Cómo?

Sylvia Atwood asintió enérgicamente.

—Bueno, vamos a ver… Pongamos esto en orden. Su padre se hallaba en casa, en cama. Fritch, al parecer, murió entre la medianoche y las tres de la madrugada y…

—Señor Mason —dijo ella, interrumpiéndole—, eso fue cosa de mi padre. Lo sé. Puedo probarlo… No quisiera que fuese tal la verdad, pero… Tal como está todo, no estimo que sea lo más conveniente ocultar el hecho. Me figuro que nos veremos en algún conflicto si lo silenciamos.

Mason contestó, secamente:

—Es curioso… No puedo imaginármela contando a las autoridades que no sólo descubrió en el lecho a su padre, sin vida, sino que, además, halló el cadáver de un hombre asesinado en un apartamento.

—Nadie lo sabe —repuso ella, con viveza—. Yo insistí en que nosotras nos habíamos reunido delante del apartamento de Brogan. Era lo que usted quería, ¿no?

—¿Fue eso lo que usted dijo a Holcomb?

—Sí.

—Entonces, no podemos cambiarlo.

—En efecto. ¿Y por qué habíamos de hacerlo?

—Naturalmente, está usted en su derecho al emprender

cualquier acción tendente a proteger, de una manera legal, la memoria de su padre y…

—Escúcheme usted, señor Mason: usted y yo somos personas prácticas. He de notificarle ahora la posibilidad de que no se nos depare una nueva ocasión de charlar durante algún tiempo.

—¿Por qué?

—No sea estúpido, señor Mason. Voy a estar muy afectada por todo lo que ha sucedido y no puedo ocuparme de estas cosas en presencia de los demás. Ellos no saben lo que nosotros sabemos. Mi padre estaba muy preocupado con lo que usted le dijo acerca de Fritch y Brogan. No podía dormir. Anoche, alrededor de las doce y veinte, se levantó y cogió el coche. Le habían indicado que no debía conducir; ni siquiera debía salir de la casa. No podía sufrir ninguna emoción, pero últimamente, gracias a los medicamentos, se hallaba mejor, sintiéndose con fuerzas suficientes para hacer lo que a su juicio tenía que hacer.

—Explíquese.

—Tenía que enfrentarse con J. J. Fritch para llamarle granuja y embustero, para exigirle a continuación la entrega de esa cinta magnetofónica.

—¿Qué cinta? ¿La que se hallaba en poder de Brogan?

—No, no, por favor, señor Mason, no se muestre usted tan difícil. La cinta que, según usted, poseía Fritch, la cinta original, la que presentaba los distintos empalmes…

—Siga.

—Él y Fritch discutieron. Supongo que mi padre perdió los estribos. Nadie podrá saber nunca lo que sucedió entre ambos ya, pero a mí me consta que mi padre estuvo allí. Mi padre regresó aquí entre la una y media y las dos de la madrugada. Después de encerrar el coche en el garaje se metió en cama.

»Al parecer, había hecho un esfuerzo excesivo. Lo extraño es que mi padre no falleciera en el apartamento o por el camino. Sea lo que fuere, se las arregló para volver a casa.

—Continúe —dijo Mason, sin disimular su escepticismo.

—Eso fue lo que pasó: mi padre lo mató. Yo no soy la persona indicada, precisamente, para hacer que la policía comprenda tal cosa. Es usted, en mi opinión, quien ha de procurar que los agentes

lo comprendan así.

—¿Yo?

—Sí, usted. Alguien tiene que hacerlo.

—¿Y por qué no dejar a la policía sola, que lo averigüe por sí misma?

—Puede ser que no lo descubra por sus medios… Cabe la posibilidad de que culpen del asesinato a otra persona.

—¿A usted, por ejemplo? —inquirió Mason.

—Probablemente.

—Su padre ha muerto. Ya no puede defenderse. Ya no puede hablar. ¿Cómo sabe usted que salió de la casa anoche, entre las doce y las tres de la madrugada?

—Salió alrededor de las doce y veinte. Lo sé, porque lo seguí.

—¿Lo siguió?

—Si.

—¿Hasta dónde?

—Hasta la casa de apartamentos.

—¿Y por qué no impidió ese desplazamiento suyo?

—Pensé… pensé proceder así, en un principio. Luego, me dije que era mejor dejarle en paz, que solucionara el asunto conforme a sus deseos, a su manera. Para serle a usted sincera, señor Mason: yo dudaba, no estaba segura de que no hubiese existido cierto tipo de asociación en otro tiempo entre mi padre y J. J. Fritch.

»Incluso en el caso de que usted estuviese en lo cierto en lo tocante a la cinta magnetofónica, siendo ésta fruto de un hábil amaño, tal vez hubiera existido en otra época algún acuerdo entre aquel hombre y mi padre… ¡Oh! Le diré que estuve pensándomelo bien, pero que al final decidí dejar en libertad a mi padre, para que procediera como él creyese conveniente.

—¿Vio alguna otra persona salir a su padre? —inquirió Mason.

Ella denegó con un movimiento de cabeza.

—¿Sabe alguien más que estuvo fuera?

Otro movimiento de cabeza denegatorio.

Mason repuso fríamente:

—Será necesario obtener otra prueba, algo que…

La señora Atwood se acercó más al abogado.

—Señor Mason: la tengo…

—¿Qué?

—Tengo la prueba.

—Explíquese.

—Pocos minutos antes de llegar aquí el doctor Flasher, entré en la habitación para dar mi último adiós a mi padre. Coloqué una mano debajo de la almohada para arreglarla un poco, variando la posición de su cabeza…

—¿Y qué pasó?

—Había algo debajo de la almohada.

—¿Qué?

—El carrete de la cinta.

—¿Está usted diciéndome la verdad? ¿No me engaña?

—Naturalmente que no le engaño. Se trataba de la cinta original, de la que se hallaba en poder de Fritch. Presentaba los empalmes a que usted había aludido… De una manera u otra, mi padre se había hecho con ella. Se la echaría a un bolsillo y después la guardó bajo su almohada. Y allí estaba.

—¿Qué hizo con ella?

—Me apresuré a colocarla en sitio seguro. La pondré en sus manos, para que usted mismo juzgue…

»Pero, por favor, señor Mason: no interprete erróneamente mis palabras. Mi padre ha muerto. Puede ser que matara a J. J. Fritch en defensa propia o no… Mi padre es la única persona responsable de la muerte de J. J. Fritch. Éste ha desaparecido del mundo de los vivos… mi padre también ha pasado a mejor vida. Nadie puede castigarle ya. Nosotros debemos evitar que las autoridades se lancen a efectuar indagaciones sobre la figura de mi padre. No quiero ser yo quién les dé esa pista, pero en caso necesario romperé mi silencio, hablaré…

—Siga, siga. Usted tiene en su poder el carrete de cinta magnetofónica. ¿Qué más?

—¿No es eso suficiente?

—¿Tiene usted algo más?

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Porque quiero que me cuente la historia completa.

—Tengo… tengo el punzón del hielo.

—¿Y dónde se hizo con él?

—Esta mañana, cuando el cadáver se derrumbó contra la puerta del armario, yendo entonces a mis pies. Fue algo horrible…

—Dejemos eso a un lado. Ya representará la parte dramática más tarde. ¿Dónde estaba el punzón?

—En el cuerpo de J. J. todavía.

—¿Dónde?

—En su cuerpo.

—En qué parte de su cuerpo, quiero decir…

—En el pecho.

—¿Qué hizo con él?

—Lo arranqué de allí, guardándolo en mi bolso.

—¿Por qué procedió así?

—Porque se trataba del punzón de hielo de nuestra casa.

—¿Cómo lo supo?

—Pude identificarlo. El que hemos usado nosotros es muy particular… Fue un regalo de Edison Doyle. Hay punzones grandes que llevan arriba una banda metálica, para que puedan ser utilizados como martillos también, para picar el hielo.

—Habla usted como si hubiese entrado aquí más de uno…

—Verá… Edison compró tres. En tono de chanza, dijo que nos regalaba uno, quedándose con el segundo. El tercero pensaba tenerlo en reserva, como presente de boda en su día, para la que de nosotras dos contrajera matrimonio primero.

—¿Y usted identificó ese punzón?

—Sí.

—¿Nada más descubrir el cadáver esta mañana?

—Sí. ¿No comprende usted, señor Mason? Por entonces, yo intentaba proteger a mi padre a toda costa. Ignoraba que había comparecido ya ante el más elevado de los tribunales. No sé de dónde saqué fuerzas para arrancar el punzón del cadáver. Me apresuré a guardarlo en mi bolso. Después, eché a correr hacia la puerta, donde me encontré con usted y la señorita Street.

—¿No registró su bolso el sargento Holcomb? —preguntó Mason.

—Sí, pero en aquel momento ya no estaba el punzón allí.

—¿Qué había hecho usted con él?

—Lo coloqué, provisionalmente, donde nadie podía pensar en

buscarlo, pero también donde yo pudiese hacerme con él de nuevo, una vez hubiese finalizado el interrogatorio.

—Así pues, usted descubrió el cadáver y además tenía el arma con que se cometió el crimen…

—En efecto. La oculté temporalmente donde nadie podía encontrarla, pero deseaba preguntarle a usted qué debía hacer con ella… Yo…

Oyeron un rumor de pasos a sus espaldas: Edison Doyle irrumpió en la estancia.

—Hola, señor Mason —dijo. Precipitadamente, añadió, dirigiéndose a la joven—: Sylvia, ¿qué diablos es esto?

—¿Qué?

Doyle le enseñó un carrete de cinta magnetofónica.

—¿De dónde sacaste esto? —inquirió Sylvia, centelleante.

—De uno de los cajones de la cómoda de Hattie.

—¿Qué buscabas allí?

—Por sugerencia del doctor Flasher, me quedé con Hattie hasta que se quedó dormida. Tú sabes que le puso una inyección. Tenía las mejillas húmedas, a causa de las lágrimas, y yo busqué un pañuelo. Abrí el primer cajón del mueble… Esto estaba encima de toda la ropa.

—¡Oh, Edison! —exclamó Sylvia—. Has hecho algo que… No sé…

—No sabes… ¿qué? ¿Qué es esto?

—No debieras haberlo encontrado allí —declaró Sylvia Atwood—. Yo había dado con él antes. Se hallaba bajo la almohada de mi padre. Lo dejé ahí esperando tener una oportunidad de ponerme al habla con el señor Mason… Como a Hattie le habían puesto una inyección, ordenándosele que se entregara al sueño, pensé que nadie la molestaría, que no entraría nadie en la habitación. No quería que nadie estuviese enterado mientras no hablara con el señor Mason…

Bruscamente, se llevó las manos al rostro, echándose a llorar.

Doyle, muy afectuoso, le pasó un brazo por los hombros, dándole unas palmaditas para tranquilizarla.

—Vamos, vamos… Tranquilízate, Sylvia. El señor Mason está aquí. Él nos dirá lo que tenemos que hacer. ¡Pobre muchacha! ¡Estás

destrozada!

Los hombros de Sylvia Atwood temblaban mientras ella sollozaba.

Della Street, sin pronunciar una palabra, cogió el carrete de cinta que tenía en una mano Edison Doyle.

Edison, tan pronto sintió sus manos libres, abrazó con naturalidad a Sylvia.

—¡Pobre Sylvia! Todo esto es más de lo que tú puedes soportar.

Sylvia continuó sollozando durante unos momentos. Finalmente, dijo:

—¡Oh, Edison! Tú eres un gran consuelo para nosotros… Señor Mason: ¿quiere usted hacerse cargo de… todo?

—Todo marchará bien. No te preocupes, mujer —dijo Edison—. Ven conmigo. Te vas a tender un poco, vas a descansar.

Edison dirigió a Mason una expresiva mirada. Luego, deslizó un brazo por la cintura de ella y la sacó con dulzura de la estancia.

—Bien —comentó Della Street, con la mirada fija en el carrete —. Aquí está.

—Ya veremos —murmuró Mason.

—Lo oiremos, querrás decir, ¿no?

—Sí. Lo oiremos.

—Y luego, ¿qué?

—Luego, si ésa resulta ser la cinta maestra, la de los empalmes, nos encontraremos en un aprieto.

—¿Y si no lo es?

Mason esbozó una sonrisa.

—Estaremos en una aprieto, de todos modos.

—Y —dijo Della Street con amargura—, por el hecho de no ser una mujer, tú no puedes llorar sobre el hombro solícito del sargento Holcomb para que el hombre te acueste…

—No. Pero, en cambio, él sí que puede, solícitamente, ponerme fuera de circulación. Y no hay que engañarse: siente verdaderas ansias por proceder así.

—¿Y el arma del crimen?

—Afortunadamente, no me comunicó lo que había hecho con ella. Supongo que la lavaría, poniéndola en la nevera.

—¿Te propones averiguar eso?

Mason movió la cabeza.

—Me convertiría entonces en un cómplice después del hecho. La cinta constituye una prueba, pero no de un crimen. El arma con que se cometió el asesinato es otra cosa muy distinta. Dejaremos eso en manos de nuestra pequeña tunanta de los ojos verdes.

—Ya veremos… —comentó Della Street—. Por ahora anda muy ocupada, a ver si consigue quitarle el novio a su hermana.

—Esta mañana ha hecho ya los ejercicios reglamentarios para conservar sus atractivos —repuso Mason.

—Eso es lo que tú te imaginas. Vamos, jefe. Procuraremos escuchar esa grabación antes de que se cometan más crímenes.

—¿Más crímenes? ¿Pues cuántos crees que ha habido ya?

—Hasta el momento presente he contado dos —respondió Della Street.

Capítulo 9

Mason se encaminó en compañía de Della Street al sitio en que se encontraban aparcados sus coches.

—Ponte al volante de tu coche, Della —le indicó Mason—, y sígueme hasta la oficina.

La ayudó a acomodarse en el automóvil, cerrando la portezuela.

—Jefe: confíamelo.

—¿Qué?

—El carrete de cinta.

Mason denegó moviendo la cabeza.

—A mí no van a registrarme.

—Tú olvidas que andas metida en este asunto también. Estuviste en el apartamento de Brogan esta mañana.

—Jefe: no quisiera que tú…

—No hay más remedio, Della. En ocasiones, un abogado ha de exponerse a ciertas cosas desagradables si se propone representar adecuadamente a un cliente.

—¿Y quién es tu cliente? —inquirió ella, con viveza.

—Técnicamente, supongo que Sylvia Atwood, pero en realidad me parece que representamos la causa de la justicia.

—Bien —dijo Della Street—. Personalmente, no creo que ellos estén en el mismo caso.

—Tal vez —concedió Mason—. Trataremos de averiguarlo. Nos veremos en mi despacho. Procura que no te detengan por ir demasiado de prisa. Yo voy a pisar el acelerador a fondo.

—Iré pisándote los talones —prometió Della Street.

Mason se acomodó detrás del volante de su coche, puso el motor en marcha y fue ganando poco a poco velocidad. De cuando en cuando echaba un vistazo al espejo retrovisor. Della Street le seguía

a prudente distancia, pero sin despegarse.

Mason entró en la zona de estacionamiento de coches, delante del inmueble en que tenía el despacho. Della aparcó junto a él.

Luego, el abogado fue en busca de la joven.

—Bien, Della. Hasta ahora vamos perfectamente.

—Hasta ahora sí.

Subieron en el ascensor, en silencio. Luego, entraron en el despacho de Mason.

La joven, sin decir una palabra, sacó un magnetófono de un armario, que conectó a la corriente. Hizo un expresivo gesto, pidiendo a Mason el carrete de cinta.

El abogado se lo entregó. Della lo colocó en el aparato, deslizó un extremo de la cinta por la cabeza reproductora y sujetó la punta al carrete vacío. Miró entonces a Mason.

Mason hizo un gesto de asentimiento, indicándole:

—Baja el volumen todo lo que puedas.

Della Street obedeció, tocando el botón correspondiente. Inmediatamente, puso el aparato en marcha.

Hubo unos segundos de silencio. Después se oyeron unos secos crujidos. De pronto, salió por el altavoz un sonido menos desagradable… Alguien hablaba: era J. J. Fritch.

Della Street bajó un poco más todavía el volumen. En silencio, los dos escucharon la conversación que habían sostenido tiempo atrás.

J. J. Fritch y Ned Bain, ya muertos. Sus voces producían cierta impresión especial al considerar tal circunstancia.

Al cabo de varios minutos, Mason dijo:

—Ya está bien, Della. Para eso… No puede cabernos la menor duda. Se trata de una cinta hábilmente preparada.

—Sí. Se advierte fácilmente la diferencia entre preguntas y respuestas. Esa diferencia estriba, naturalmente, en la calidad de la grabación.

La puerta del despacho se abrió.

—No puedo recibir a nadie ahora, Gertie —dijo Mason, secamente.

La puerta continuó abierta.

Della Street se puso en pie. Irritada, echó a andar…

La puerta se abrió del todo. En el umbral se plantó el teniente Arthur Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal.

—Hola, Perry. Hola, señorita Street.

—¡Usted! —exclamó el abogado.

Della Street, rápidamente, oprimió el botón del interruptor del magnetófono, recogió el cable de conexión y empezó a enfundar el aparato.

—Deje usted eso —ordenó Tragg.

—¿Qué? —inquirió Mason.

—He de notificarle que me he provisto de una orden de registro —advirtió el policía.

—¿Una orden de registro?

Tragg bajó la cabeza.

—¿Para qué?

—Para moverme con entera libertad por este despacho.

—¿Y qué diablos espera encontrar aquí?

Tragg repuso:

—Lo siento, Mason. Lamento haber dado este paso. He venido yo en lugar del sargento Holcomb porque deseaba evitar roces…

—¿Y a qué viene esa orden de registro?

—Ando detrás de cierto carrete de cinta magnetofónica, preparada, que fue robada en el apartamento de J. J. Fritch esta mañana.

»Dos de mis hombres se hallan en la oficina exterior y su recepcionista está ayudándoles en su tarea. Se hallaba tan convencida de que no estaba usted en el despacho que ni siquiera llevó a cabo una intentona para prevenirle por teléfono.

—Acabamos de llegar —explicó Mason—. No le hice saber que nos encontrábamos aquí.

—Es lo que me figuré —dijo Tragg—. He llegado hasta aquí armado con mi orden de registro. Desde la puerta oí el sonido de una cinta magnetofónica al ser recogida, de manera que abrí aquélla un poco, prestando atención. Ahora, si usted no tiene inconveniente, me haré cargo de ese carrete de cinta, que quedará bajo mi custodia, como prueba.

—Como prueba… ¿de qué? —inquirió Mason.

—Es una prueba como móvil en el caso por asesinato de J. J.

Fritch. Y si usted me promete obrar con prudencia, voy a arriesgarme revelándole una valiosa información.

—¿Qué es?

—Me juego mucho en esto. No debiera hacerlo.

Mason fue a decir algo. Luego, al observar la expresión del rostro de Tragg, se abstuvo de formular ningún comentario.

—Adelante.

—Está usted en un aprieto —dijo Tragg.

—He oído esa frase antes de ahora.

—Ha estado en muchos aprietos antes de ahora, consiguiendo salir de ellos. En la presente ocasión le va a costar trabajo.

—Continúe.

—Su cliente, Sylvia Atwood, se presentó en el apartamento de Brogan esta mañana, alrededor de las ocho y media, para no faltar a una cita concertada a las nueve. Llegó con veinte minutos de anticipación. Entró en el piso y se dedicó a registrarlo.

—¿Y eso me coloca a mí en un aprieto?

Tragg sonrió.

—Es que no he terminado todavía.

—Adelante. Oigamos lo que viene ahora.

—Sylvia Atwood —prosiguió diciendo Tragg— entró en ese apartamento hacia las ocho y cuarenta minutos. Anduvo por él buscando una cinta magnetofónica en la que había quedado grabada una conversación sostenida por su padre y J. J. Fritch… Esa cinta es la que usted y la señorita Street estaban oyendo en su aparato hace unos instantes.

—Continúe. Le escuchamos, teniente.

—Incidentalmente, Sylvia Atwood admitirá que alrededor de las nueve se plantó ante un armario, cuya puerta abrió… Dando un grito de terror, giró en redondo para huir, encontrándose con usted y Della Street en la puerta del apartamento de Brogan.

—¡Qué interesante! —exclamó Mason—. Supongo que irá usted a alegar que después de haber estado dentro veinte minutos, ella descubrió de repente el cadáver de J. J. Fritch.

—No, yo no —repuso Tragg—. Es Sylvia Atwood quien lo afirma.

—Continúe.

—El caso es que ella sabía que usted y Della Street se encontrarían en la puerta del apartamento alrededor de las nueve. Esperó hasta oír sus pasos allí; seguidamente, se desplazó hasta el armario, subióse a una silla, saltó al suelo, lanzó un grito, giró en redondo y echó a correr hacia la puerta.

Mason subrayó:

—Le escucho, Tragg. No me estoy perdiendo ni una sola de sus palabras.

—Y luego le contó a usted, y también a la señorita Street, que el cadáver de J. J. Fritch se encontraba allí dentro. Entonces, usted le dijo que se quedara en la puerta en compañía de Della Street, leyendo la nota dejada por Brogan…

»Usted dijo a las jóvenes que iba a entrar en el apartamento de Fritch, donde quería localizar una cinta magnetofónica. Señaló que había muy pocas probabilidades de que la encontrara. Tan pronto apareciera Brogan, Sylvia oprimiría el botón del timbre correspondiente al aparato de Fritch por dos veces.

»Habiendo oído esa señal, usted se dirigiría a la puerta de aquel piso. Esperaría a que Brogan y las dos mujeres hubiesen entrado en el apartamento de aquél, donde acabaría presentándose usted también, alegando que se había retrasado aparcando el coche.

Mason miró al policía con los párpados entreabiertos.

—¿Y bien? —inquirió Tragg.

—Me imagino, guiándome por los detalles que ha dado, que todo lo que me ha dicho salió de los labios de algún testigo.

—Cierto. Y esto, probablemente, me valdría una sanción. Es decir, si alguien se enterara de que he puesto tales cosas en su conocimiento.

—Naturalmente, ese testigo sólo puede ser Sylvia Atwood. Como es mi cliente, no formularé comentarios sobre la veracidad o no veracidad de sus palabras o de los motivos que puedan haberla impulsado a proceder de tal modo.

—Está usted equivocado —manifestó Tragg.

—Equivocado… ¿en qué?

—Se ha equivocado en la identificación del testigo, de la persona que nos contó todo eso, que refirió la conversación.

—Bien… ¿Y quién era el testigo entonces? —inquirió Mason.

—Perry Mason.

—¡Oh! Ya lo entiendo. He estado hablando en sueños, ¿eh? —señaló Mason, en tono de broma.

—No —repuso Tragg—. Tendrá que reflexionar largo rato antes de que dé con la contestación, Perry.

—¿Y cuál es la contestación?

—Brogan le había puesto una trampa. Deseaba saber qué era lo que en realidad pensaban usted y la señora Atwood acerca de la prueba que obraba en su poder; quería saber si estaban dispuestos a pagar la cantidad estipulada o pretendían oponer alguna resistencia. Entonces, decidió incorporarse a una partida de póquer que le obligaría a estar fuera toda la noche. Dejó la puerta del apartamento sin cerrar con llave, poniendo en ella una nota dirigida a usted, en la que le indicaba que si se retrasaba un poco debía entrar en el piso y sentarse a esperar su llegada.

»Había instalado un micrófono conectado a un magnetófono, tan ingeniosamente dispuesto que aquél le permitiría obtener una grabación de los sonidos producidos tanto dentro como fuera del apartamento, en el corredor. Añadió al dispositivo un reloj eléctrico, de los aplicables a los receptores de radio y televisión, estableciendo el control del tiempo a las ocho y cincuenta minutos.

»En la cinta magnetofónica quedaron grabados con sorprendente claridad los ruidos de Sylvia Atwood al saltar al suelo, su grito y las palabras de la conversación que tuvieron los tres.

»George Brogan lo confesó todo durante el interrogatorio a que le sometió el sargento Holcomb, quien se hizo cargo de la cinta en cuestión.

—Ya —repuso Mason—. Mi respuesta es: «Sin comentarios».

—Me figuré muy bien su respuesta —manifestó Tragg—. La verdad es que siento un gran simpatía por usted, Mason. Creo que sus métodos se apartan por entero de todo lo convencional. Pienso que va siempre muy lejos a la hora de proteger a sus clientes. Estimo que anteriormente ha estado muy cerca de conocer los muros de una prisión. No me gustaría verle otra vez en el mismo trance. Le he explicado todo esto, en plan amistoso, porque no quiero oír de sus labios declaraciones que constituyan una variación, una alteración de los hechos del presente caso. Recuerde

que tales hechos pueden ser establecidos mediante el sonido de su propia voz y también de las de Della Street y Sylvia Atwood.

—Gracias —respondió Mason, secamente.

—No hay de qué —dijo Tragg—. Ahora, amparándome en la autoridad que me da esta orden de registro, voy a hacerme cargo de ese carrete de cinta magnetofónica que usted, desplegando una gran inteligencia, logró localizar en el apartamento de Fritch.

—Supongamos que no fue allí donde lo encontré —apuntó Mason.

Tragg sonrió.

—No sea estúpido, Perry. La cinta de Brogan revela lo que usted dijo: que iba a entrar en el apartamento para tratar de encontrarla. Se pone en evidencia al negar que se hizo con ella así. Ciertamente, fue la cinta magnetofónica de Brogan la que me permitió proveerme de la orden de registro.

»Naturalmente, el juez que extendió este documento no lo hizo de buenas a primeras, sin más. Tuvo que escuchar la grabación para decidirse a dar semejante paso, si bien lo hizo a disgusto.

»Decidí venir yo porque temía que Holcomb le llevara a formular alguna declaración que posteriormente le resultara comprometedora cuando se enfrentase con el contenido de la cinta.

Mason se levantó. Vaciló un momento. Luego, se acercó al teniente Tragg, estrechando su mano.

—Bueno —dijo el policía—. Me llevo el carrete.

—Adelante —repuso Mason—. Le diré ahora una cosa, Tragg: no estaría de más que siguiesen los pasos de George Brogan, minuto a minuto, durante la pasada noche.

—No se preocupe por eso. Ya ha sido hecho.

—¿Tiene alguna coartada?

—Una coartada de hierro, ribeteada de cobre, con alma de plomo. Irrebatible, en suma. Estuvo jugando al póquer con siete hombres. Uno de ellos, casualmente, es un buen amigo del jefe de la Policía.

—¿A qué hora comenzó la partida?

—Alrededor de las diez, y duró hasta que Brogan se levantó de la mesa esta mañana, a las ocho y cuarto, aproximadamente, alegando que tenía que acudir a una importante cita. Indicó que

pretendía tomar una taza de café y alguna otra cosa, y que no tendría tiempo de asearse. Había estado intentando abandonar la partida desde las siete, pero entonces iba ganando y sus compañeros le retuvieron durante otras manos.

—¿Estuvo allí en todo momento?

—Se ausentó de la mesa alrededor de las cinco de la madrugada, por unos treinta minutos —explicó Tragg—. Sufría una mala racha y había perdido todo el dinero que llevaba encima. Fue a ver a un amigo para que le prestara alguno. Regresó a eso de las cinco y media, con mil quinientos dólares. El asesinato fue cometido entre las doce y las tres de la madrugada.

—¿Está usted seguro?

—Pues sí —repuso Tragg—. Bueno, al menos eso es lo que el forense ha dicho. Perry: haga uso de su cabeza en este asunto y procure no exponerse.

—Gracias por el «soplo».

—De nada.

Tragg cogió el carrete de cinta magnetofónica y redactó un recibo. Luego, dio la vuelta y abandonó el despacho.

Della Street se quedó con la mirada fija en Mason.

Éste se encogió de hombros.

—Jefe: ¿es que no puedes decirles dónde te procuraste realmente esa cinta?

—Todavía no —contestó Mason.

—Más adelante, nadie te creerá.

—Tampoco me creerían ahora.

—Es que… Sylvia no puede ayudarte si esperas a referir tu historia. Esa gente pensará que os habéis puesto de acuerdo. Debes protegerte a ti mismo diciendo la verdad, llamando a Sylvia y a Edison Doyle…

—No diremos nada a la policía. Yo estoy al frente de un bufete de abogado. Esto no es una oficina de información.

—Entonces sí que puedes verte, efectivamente, en apuros.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Bien, ¿qué decides, de momento?

Mason señaló el teléfono a su secretaria.

—Localiza a Sylvia Atwood. Dile que se presente aquí con la

mayor rapidez posible.

Capítulo 10

Sylvia Atwood había tomado asiento en el sillón reservado a los visitantes, en el despacho de Perry Mason. No apartaba los ojos de éste. Su mirada era de cautela, como la de un jugador que descubre de pronto, sorprendido, la potencia de sus contrincantes.

—Siga —dijo.

—Eso es todo —repuso Mason—. Estábamos escuchando la grabación para identificarla cuando Tragg entró en este despacho provisto de una orden de registro.

—Así pues, ahora la cinta se halla en poder de la policía, ¿eh?

—En efecto.

—Señor Mason: hubiera debido hacer lo que yo le indiqué.

—¿Qué?

—Hubiera debido decir a ese policía que fue mi padre quien se procuró la cinta, que él fue el responsable de todo lo que sucedió en el apartamento.

—¿Se refiere usted al asesinato de J. J. Fritch?

—Sí.

—Yo no podía decirle eso, señora.

—¿Por qué?

—Porque ignoraba que fuese tal responsable…

—Bien. Ya lo sabe.

—No. No lo sé. He ahí la causa de que la haya hecho venir aquí. Quiero saber *exactamente* qué pasó. Deseo conocer hasta el último detalle. Dígame concretamente qué ocurrió y piénselo bien antes de hablar. Della Street tomará notas de sus declaraciones y, además, yo las grabaré.

—Soy su cliente —replicó ella, irritada—. No tiene usted derecho a tratarme como si fuese un adversario, una persona

sospechosa.

—Usted es mi cliente —admitió Mason—, pero podría también ser, al mismo tiempo, esa persona sospechosa. Hable.

La señora Atwood miró a Mason con ojos centelleantes. Luego, contestó:

—Perfectamente. Le referiré los hechos sinceramente, sin omitir ningún detalle.

—Adelante, entonces.

Sylvia Atwood dijo:

—Después de su conversación con mi padre, ayer, éste se mostró trastornado.

—Naturalmente —repuso Mason—, pero ha de recordar que lo que a él le afectó de veras no fue lo que yo le dije sino lo que J. J. Fritch le contó.

—Por favor, señor Mason. Deseo que interprete bien mis palabras. No le estoy echando la culpa de nada. La verdad es que lo que usted le dijo lo tranquilizó un poco… Estoy arrancando de un determinado momento. Ayer por la tarde, después de marcharse usted, nos dimos cuenta de que mi padre se mostraba extremadamente nervioso.

—Siga.

—Intentamos localizar al doctor Flasher, sin conseguirlo. Había salido para atender un caso urgente. Como había recetado cierto medicamento, hicimos uso del mismo. Teníamos que tranquilizarlo.

—Bien. ¿Y qué pasó luego?

—Mi padre seguía estando muy nervioso. No quería dormir. No podía tampoco, quizá. Nos quedamos en la habitación, haciéndole compañía. De cuando en cuando, daba una cabezada. Por fin, durmió seguidamente hasta media hora. A las diez se hallaba ya más sereno…

—Adelante.

—Edison Doyle se encontraba allí a primera hora de la noche. Por supuesto, hallábase al tanto de lo que ocurría. Cambiamos impresiones y decidimos que lo mejor sería establecer un turno, para no perder de vista en ningún momento a mi padre. Pensamos… Bien. Pensamos que podía ponerse peor y necesitar a alguien de momento.

Mason asintió.

—Edison tenía unos trabajos entre manos. Tenía que entregarlos por la mañana. Nos dijo que se trasladaría a su estudio. Allí estaría trabajando hasta la medianoche. Después, quedaría en libertad; ya podría colaborar con nosotros.

Otro gesto afirmativo de Mason.

—Convinimos que Hattie se fuera a la cama, para que durmiera un poco. Yo me quedaría con nuestro padre hasta que éste conciliara el sueño. Seguidamente, me procuraría un descanso de un par de horas. Colocamos una llave bajo la esterilla de la puerta trasera. De este modo, Edison podría entrar en la casa cuando diese fin a su labor profesional. Estimó que podía extenderse hasta la una o las dos de la madrugada.

»Procurando no hacer ruido, se dirigiría hacia una de las habitaciones de los huéspedes, para acostarse. Yo prepararía mi reloj despertador de manera que pudiese echar un vistazo a mi padre cada hora y media. Si dormía, no llamaría a los demás. Si se mostraba inquieto, llamaría a Edison, quien haría un turno de dos horas. Luego, correría otro turno de igual duración a mi cargo.

»Estábamos de acuerdo en que Hattie necesitaba dormir la mayor cantidad de horas posible. Se encontraba agotada. Decidimos no llamarla, a menos que fuese absolutamente preciso. La convencimos de que debía tomar una píldora somnífera.

—¿Qué pasó después? Continúe.

—Hattie se fue a la cama. En la casa se hizo el silencio. Imperaba una absoluta quietud por todos sus rincones. Fui a echar un vistazo a mi padre… Me pareció que dormía. Antes de acostarme, repasé las puertas y ventanas de la vivienda. Seguidamente oí el ruido de un coche en el garaje. Quienquiera que lo condujese, procedía con mucho cuidado, para no llamar la atención de nadie, seguramente. El automóvil salió con los faros apagados.

—¿Qué hizo usted en aquel momento?

—Corrí a la ventana más próxima y vi a mi padre en el coche.

—¿Está usted segura?

—Estaba segura. Pero es que, además, lo comprobé.

—¿Cómo?

—Entrando en su habitación. No estaba en la cama. Las ropas de ésta habían sido echadas a un lado.

—¿Y luego qué hizo?

—Salí de la casa a toda prisa. Había dejado mi coche aparcado junto a la acera. Subí a él, siguiendo al que tenía delante.

—¿Por qué no le obligó a parar?

—No lo sé, señor Mason. Sólo pensaba en averiguar qué era lo que mi padre se proponía hacer… Bien. Sentía una tremenda curiosidad… Pensaba que mi padre sólo podía haber abandonado la casa por efecto de alguna cosa muy urgente, inaplazable, por una cuestión de vida o muerte. Yo quería descubrir qué era y a dónde se encaminaba.

—¿A dónde se encaminó?

—Ya se lo dije. Fue directamente a aquella casa de apartamentos…

—¿Qué hizo usted después?

—Le esperé, figurándome que sólo tardaría unos minutos en salir. Media hora más tarde, como él no apareciera, empecé a sentirme preocupada. Entonces, entré.

—¿Y luego, qué?

—Usted sabe que esa casa de apartamentos es de las que tienen siempre la puerta exterior abierta. No cuenta con ningún vigilante en el interior. Se puede ir directamente a los apartamentos sin previo aviso.

—Continúe.

—No hay más que empujar una hoja de la puerta exterior para pasar al interior del inmueble.

—Lo sé. Dígame qué hizo a continuación.

—Una vez dentro, me encaminé al ascensor. Vi que estaba en la planta en que Brogan tiene su apartamento. Estaba convencida de que mi padre se hallaba allí. Iba a presionar el botón de llamada cuando noté que la cabina descendía.

—¿Qué más?

—Eché a correr hacia las escaleras, subiendo casi hasta el primer piso.

—¿Qué pasó entonces?

—Oí que alguien salía del ascensor. Pensé que era mi padre,

probablemente. Descendí unos peldaños, con el tiempo justo para ver aquella figura, en el momento de salir. Fue una silueta lo que descubrí, sobre el fondo de la puerta. No era mi padre… Al menos, en aquel instante pensé que no era él. Pensé que se trataba de una mujer.

—Siga.

—Entonces, subí en el ascensor, eché a andar por el corredor del piso de Brogan y me aproximé a la puerta de su apartamento, escuchando unos segundos. No oí ninguna voz. Me fui hacia el extremo del pasillo. Cuando llevaba esperando allí cosa de media hora, me aproximé de nuevo al apartamento. Me sentía muy preocupada… Esta vez me acerqué más, viendo un sobre en la puerta. Estaba dirigido a usted. Lo abrí, leí la nota que contenía y me enteré de que la puerta no había sido cerrada con llave. Volví a poner el sobre en su sitio, esforzándome por fijar la chincheta empleada para su sujeción en el orificio inicial. Pero como había tan poca luz allí, no sé si lo conseguí…

—Siga.

—Coloqué la mano en el tirador. En efecto, no había sido echada la llave. Sólo quería saber si mi padre estaba allí. Entré…

—Continúe.

—Había una luz encendida en el cuarto de estar. Pero no vi a nadie.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Inspeccioné el apartamento, encendiendo alguna de sus luces. Buscaba a mi padre. No se encontraba allí.

—¿Dónde estaba J. J. Fritch?

—En aquellos momentos, lo ignoraba.

—¿No estaba allí, acaso?

—Desde luego que estaba, pero yo no lo sabía. Su cadáver debía de encontrarse en el armario, señor Mason.

—¿No abrió usted el armario?

—No, entonces no.

—¿Qué hizo pues?

—Al principio, pensé que mi padre debía de encontrarse en el apartamento de J. J., enfrente. Comprobé que la puerta se hallaba cerrada con llave. Presté atención. No oí ninguna voz, no oí ningún

ruido.

»Oprimí el botón del timbre. Empecé a preguntarme si habría sufrido una especie de alucinación. Calibré la posibilidad de que, a fin de cuentas, hubiese visto salir por la puerta del inmueble a mi padre…

»Bajé a la calle. Nuestro coche no estaba allí. Regresé a casa a toda prisa. Mi padre estaba tendido en el lecho, profundamente dormido. Me fui, por tanto, a la cama, preparando mi reloj despertador para poder echar un vistazo al enfermo cada hora y media, hasta las siete y treinta minutos.

»Después, me vestí, subí a mi coche y fui a un restaurante, para desayunar. Seguidamente, me encaminé al apartamento de Brogan. Nuestra cita era a las nueve. Me presenté con veinte minutos de antelación…

—En consecuencia, usted no vio a nadie tras su regreso a la casa, ¿eh?

—No. Edison se había ido a la cama. Jarrett llegó en avión a las cuatro de la madrugada, alquilando uno de esos coches que se contratan sin conductor. Entró y se acostó.

—¿Ha contado usted todo esto a alguna otra persona?

—Hasta ahora, no, pero voy a referirlo…

—¿Por qué?

Porque es lo más justo, señor Mason. Si Fritch fue asesinado a la hora que dice la policía, todo apunta a mi padre, que entonces se hallaba en el apartamento.

»Por favor, señor Mason: comprenda mi actitud. Mientras vivió mi padre hice cuanto estaba en mi mano para protegerlo. Incluso me atreví a arrancar el arma del asesino, clavada en el cadáver. Piense usted en qué aprieto me habría colocado de haberme sorprendido ese horrendo sargento Holcomb con el punzón del hielo en las manos.

—Ya he estado pensando en esta circunstancia —manifestó Mason.

—Bien. Acepté ese riesgo para proteger a mi padre. Pero ahora, habiendo desaparecido él, me atrevo a correr riesgos graves con una ocultación de los hechos. Esa gente puede atreverse a señalar que uno de nosotros es el asesino…

Mason frunció el ceño. Estaba pensativo ahora.

—¿No comprende usted, señor Mason? —prosiguió diciendo la señora Atwood—. Mi padre ha muerto. La justicia humana ya no puede hacerle nada. Quiero suponer que actuó en defensa propia y me niego a proteger su memoria mediante la ocultación de unos hechos esenciales.

—¿No ha dicho usted nada al sargento Holcomb acerca de esto?

—Todavía no. Desde luego, al principio yo no disponía de ninguna prueba. Más tarde, encontré la cinta debajo de la almohada de la cama de mi padre.

—¿Y qué hizo con ella?

—Pensé esconderla en un sitio donde nadie pudiera verla, hasta que hubiese hablado con usted. Me entró un pánico terrible.

—Adelante —dijo Mason.

—Yo sabía que a Hattie le había puesto una inyección el doctor Flasher. Habíale dicho que se metiera en cama. Me deslicé en su habitación con el pretexto de que deseaba asegurarme de que se encontraba bien. Coloqué la cinta magnetofónica en el primer cajón de la cómoda, donde ella guarda los pañuelos. Pensé que nadie lo abriría, por no molestar a Hattie.

—¿Y luego, qué?

—Después de la inyección, Hattie se mostraba todavía bastante nerviosa. El doctor Flasher opinó que no estaría nada mal que Edison entrara en el cuarto, sentándose junto al lecho para entretenerla hablando. Le indicó que debía hablarle en voz baja, sacando a colación cosas que nada tuviesen que ver con la muerte de nuestro padre. Recurriendo casi al monólogo y expresándose en un tono suave podía contribuir a que conciliara rápidamente el sueño.

»Usted sabe ya el resto…

Mason dijo:

—Brogan grabó la conversación que sostuvimos esta mañana delante de la puerta de su apartamento. Ha entregado la cinta a la policía. Ellos saben que usted descubrió el cadáver. Saben también lo que dije entonces: que iba a entrar en el piso de Fritch para ver si localizaba el carrete que a nosotros nos interesaba.

Sylvia Atwood permaneció en actitud reflexiva durante unos

minutos. Luego, bruscamente, se puso en pie.

—Bien. Ya he tomado una resolución.

—Un momento —replicó Mason—. Usted no ha tomado ninguna resolución. Si quiere que continúe representándola, habrá de seguir mis instrucciones.

—Usted no me representa…

—Requirió mis servicios, ¿no?

—Le pedí que representara a mi familia, no a mí. Yo no estoy en ningún aprieto, particularmente ahora, con lo que voy a hacer.

—Usted cree que no se encuentra en ningún aprieto, pero es posible que esté equivocada.

—No. Es ridículo. Personalmente, señor Mason, opino que se está usted mostrando demasiado conservador en este caso. Creo que debió pasar la información a la policía.

—¿Qué ha sido de Hattie? —inquirió Mason.

—Está durmiendo todavía. Seguirá durmiendo, probablemente, hasta medianoche… El doctor Flasher quería que descansara. Se encuentra agotada. Estaba terriblemente nerviosa.

—Un momento. Pongamos ciertas cosas en claro. Quiero saber la verdad acerca de ese cadáver. ¿Qué sucedió al dar usted con él?

—Le conté la verdad.

—Repita sus palabras, entonces.

—Estuve investigando. Me pregunté si mi padre había hablado con J. J. allí o en el apartamento de éste. Estaba segura de que usted y la señorita Street llegarían antes que Brogan. Y como Brogan no podía saber que yo estaba enterada de que la puerta del apartamento no había sido cerrada con llave, no podía esperar que llegase al lugar mucho antes de las nueve.

»Así que subí alrededor de las nueve menos veinte y empecé a echar un vistazo por todos los rincones. Bien. Con franqueza: me dediqué a registrar el apartamento. Por eso me puse los guantes. No quería dejar huellas.

»Abrí la puerta de aquel armario… Es decir, hice girar el tirador. Inmediatamente, aquélla se abrió. El cadáver presionaba la puerta desde el interior.

»Fue algo horrible…

—Olvídese de eso. ¿Estaba el cadáver rígido? ¿Se había

presentado ya el *rigor mortis*?

—No… no estoy segura. Creo que los brazos, doblados por los codos, estaban rígidos, sí… Me parece que tenía las piernas extendidas. Había algo en la espalda, por encima de la camiseta. Señor Mason: nadie debe saber que el punzón del hielo se hallaba en mi poder.

—¿Dónde está ahora?

—Voy a cogerlo. ¿No sería mejor que usted ignorara algunas de estas cosas? Haré lo que sea necesario…

—Un momento, señora Atwood. ¿A dónde piensa dirigirse ahora?

Mason formuló esta pregunta al ver que Sylvia Atwood cogía su bolso, poniéndose en pie.

Ella empezó a decir algo. Luego, cambió de opinión, mirando al abogado con unos ojos muy dilatados, de inocente expresión.

—¿A dónde he de ir? A mi casa, por supuesto —respondió—. Allí está mi sitio. Junto a Hattie.

Echó a andar apresuradamente hacia la puerta.

—Espere un segundo —dijo Mason.

—No hay tiempo —replicó ella.

Y salió del despacho, dejando la puerta abierta.

Capítulo 11

Paul Drake telefoneó a Mason alrededor de las tres.

—¿Te has enterado de lo último, Perry?

—¿De qué se trata?

—De fuente ignorada, la policía se ha enterado de que Ned Bain abandonó su lecho de enfermo anoche, celebrando una entrevista con J. J. Fritch. Al parecer, asesinó a éste, con el propósito de apoderarse de una cinta magnetofónica original, de la que Fritch se estaba valiendo para hacerle víctima de un chantaje. Por lo visto, le exigía una fuerte suma…

—¿Ha sido dado a conocer eso a la prensa?

—Ciertamente. Y la radio ha recogido también la noticia.

—¿Quién facilitó a la policía tal información? —preguntó Mason.

—No se ha mencionado la fuente… ¿Fuiste tú?

—No.

—¡Vaya treta! ¡Hacer pasar a un hombre muerto por asesino!

—Yo no hice eso, desde luego. ¿Algo más, Paul?

—La policía recobró la cinta magnetofónica, gracias a una serie de gestiones muy hábiles, inteligentes, no detalladas. Los agentes aprovecharon una serie de pistas, decidiendo al final que la cinta estaba en poder de un eminente abogado del centro de la ciudad, cuyo nombre no se ha mencionado.

»Al parecer, la policía se hizo con una orden de registro, penetrando en el despacho del abogado. Este hombre se hallaba acompañado en aquel momento de su atractiva secretaria. Los dos escuchaban la grabación que se ha revelado en el presente caso como una prueba de valor inestimable.

—¿No ha sido mencionado el abogado? —inquirió Mason.

—En la radio, el locutor no pronunció su nombre, pero dijo, en cambio, que sus iniciales eran P. M.

—Muy agradable. Gracias por haber llamado, Paul.

Mason colgó, diciendo a Della Street.

—La olla se ha desbordado. Esperemos a ver qué pasa ahora.

—¿Se lo contó ella todo a la policía? —preguntó la joven.

—La policía ha anunciado haber obtenido la información de fuente no revelada.

—¿Practica investigaciones?

Mason asintió.

—Por lo menos, Sylvia Atwood ha tenido la cortesía de decirnos lo que pensaba hacer —manifestó Della Street.

Mason abandonó su sillón, comenzando a dar paseos por el despacho.

—Sylvia Atwood ha adoptado una actitud. Cree saber más que su abogado.

—Su abogado, no —corrigió Della Street—. El abogado de la familia.

Mason sonrió.

—Tienes razón.

Continuó yendo de un lado para otro de la estancia, dando cortos pasos.

—Todo esto de ahora, jefe, servirá para sacarte de ese embrollo, ¿no?

—Puede que sí. Si es que la policía la cree.

—¿Opinas tú que esa gente dará crédito a sus afirmaciones?

—Hay una probabilidad contra diez de que suceda eso. La policía pensará que ha inventado una historia para poder salir de su aprieto. El público se sentirá extrañado ante el hecho de que demuestre tanto interés en señalar a su propio padre como autor del crimen, antes casi de que su cadáver se enfriara.

»Todo ello hará que la sección de relaciones públicas quede muy malparada, Della.

—Desde luego —convino la joven—. Vamos a ver… Ella tenía la cinta magnetofónica y…

—La tenía yo, querrás decir.

—Bueno, fue ella quien te la dio.

—He ahí algo, Della, que mucho me temo no poder admitir.

—¿Por qué?

—Es nuestra cliente.

—Pero tú puedes decir, por lo menos, dónde la conseguiste.

—No me es posible. Por supuesto, tenemos a Edison Doyle… Seguramente, él contará a la policía dónde la encontró. La policía, sin embargo, ha adoptado públicamente esta actitud: el inteligente trabajo de sus hombres permitió el hallazgo de la cinta después de haberla robado yo en el apartamento de Fritch.

»Si ellos se amparasen en eso y luego resultara que la cinta me había sido entregada por alguien que la había encontrado en cierto sitio, enrojecerían de vergüenza.

»Al sargento Holcomb no le gusta que le saquen los colores. Tragg descubrirá los hechos reales para enfrentarse con ellos. Holcomb removerá cielo y tierra para lograr que todo el mundo siga creyendo que yo entré en el apartamento, robando la cinta en cuestión.

—¿Y en qué postura te deja a ti eso? —preguntó Della.

Mason sonrió.

—En una postura muy incómoda, como de costumbre. Ahora bien, hemos de proteger a nuestros clientes. Sí. Independientemente de otras consideraciones.

—¿Tú crees que realmente Brogan grabó una cinta que contiene cuanto se dijo delante de su apartamento?

—Seguro. De otro modo, Tragg no habría podido repetir las frases de aquella conversación con la exactitud que desplegó.

Sonó el timbre del teléfono en la mesa de Della Street.

Mason dijo:

—Comunica a Gertie que no puedo recibir a ningún cliente hoy. Dile que concentre su atención exclusivamente en las llamadas de importancia. Añade que estoy ocupado con un asunto urgente, de la máxima trascendencia.

Della Street asintió.

—Gertie: el señor Mason, hoy… ¿Cómo?… ¿Quién? Un momento.

La joven se volvió hacia el abogado.

—Jarrett Bain está fuera. Dice que desea verle. Al parecer, se

muestra muy agitado.

—¿Ha venido solo?

—Solo, sí.

—Me verá —respondió Mason—. Hazle entrar, Della.

La chica pasó a la oficina.

Jarrett Bain, seguido de Della, entró en el despacho, caminando muy de prisa. Irradiaba indignación por todos sus poros.

—Buenas tardes, señor Bain —dijo Mason—. Siéntese. Explíqueme qué es lo que le trae por aquí.

Bain no tomó asiento. Erguido ante la mesa del abogado, miró a éste con ojos centelleantes.

—¿Qué significa eso de achacar el asesinato de J. J. Fritch a mi padre?

—¿Qué quiere que le diga? Hace poco me llamaron de la Agencia de Detectives Drake, comunicándome lo que había anunciado la policía. Ésta había sido informada en el sentido por usted indicado. Se ignora cuál ha sido la fuente de información de los agentes, si bien se ha adelantado que aquélla merece crédito.

—¿Y no habrá sido esa misteriosa fuente de información usted?

Mason denegó moviendo la cabeza a un lado y a otro.

Bain permaneció con la vista fija en su rostro durante unos momentos. Luego, se dejó caer en el sillón de las visitas. De pronto, su ira parecía haberse disipado.

—Debiera habérmelo figurado —murmuró, disgustado.

—Debiera haberse figurado… ¿qué? —inquirió Mason.

—Sylvia —respondió Jarrett, simplemente, con una profunda inflexión de desdén en la voz.

—¿Cree usted que fue ella quién informó a la policía?

—Naturalmente que fue ella —repuso Jarrett—. Tenía que hacerlo. Personalmente o valiéndose de usted. Hace tan sólo una hora que me enteré de que la cinta magnetofónica había sido hallada en la cómoda de Hattie.

»Sé que se me tiene por un hombre que está siempre en las nubes, señor Mason. Admito que me comporto como tal en muchísimas ocasiones, que suelo desentenderme de cuanto me rodea con frecuencia, pero… ¡Dios mío!, si al menos ella hubiese hablado conmigo…

—¿Hasta qué punto habría cambiado eso las cosas? —preguntó Mason.

—Lo habría alterado todo —contestó Bain—. Mi padre no salió anoche de casa.

—¿Y cómo sabe usted que no salió?

—Porque me encontraba sentado a su lado.

—¿Sí? —inquirió Mason—. Yo tenía entendido que usted llegó a su casa poco después de las cuatro de esta madrugada última y que no pudo ver a su padre con vida.

—Tal fue lo que se supuso. Y es que nadie se tomó la molestia de hacerme ninguna pregunta. Sylvia se guía mucho por las apariencias y Hattie no estaba en condiciones de enredarse en una conversación. Acababan de ponerle una inyección para que se tranquilizara.

—¿Lo vio usted?

—Pues claro que lo vi. Me presenté en casa, hice un largo desplazamiento con tal fin. Sylvia me había informado por teléfono del grave estado de nuestro padre. Me habló del asunto que llevaba entre manos, añadiendo que si llegaba él a enterarse de lo que sucedía podía morir… Naturalmente que me presenté en casa. ¿Qué es lo que hacen todos los hijos en semejantes circunstancias?

—Siga.

—Tenía mi llave y abrí la puerta al llegar allí. Desde luego, no pensé ni por un momento en ver a mi padre inmediatamente. Traté de localizar a mis hermanas.

Los ojos de Mason observaron con profundo interés las facciones de su visitante.

—No las encontré —prosiguió diciendo Jarrett—. Allí no había nadie. Pensé que aquélla era una manera muy curiosa de cuidar de un hombre que padecía del corazón.

Mason intercambió unas miradas con Della Street.

—Continúe —dijo el abogado—. Explíquenos qué es exactamente lo que hizo. Describa sus movimientos lo más detalladamente posible.

—Verá… La casa es grande. Cuenta con muchas habitaciones. Varias de ellas se destinan a los posibles huéspedes. Llevé mi equipaje a la primera de éstas, procurando hacer el menor ruido

posible. Descubrí en seguida que el cuarto era ocupado por Sylvia. Sobre la cómoda había varias cosas suyas. Vi unos frascos de tocador, cremas, etcétera. Y a los pies de la cama había un camisón…

»Decidí, en consecuencia, pasar a otra habitación y dejé mis cosas en ella. Luego, pasé a la planta baja, pensando que lo mejor sería despertar a Hattie, para hacerle saber que me encontraba en la casa. Sabía cuál era su dormitorio.

»Me acerqué a aquél. La puerta se hallaba entreabierta. Llamé suavemente. Nadie me contestó. Escuché unos segundos… No percibí el rumor de su respiración como esperaba. Entonces, encendí la luz. Hattie no estaba allí.

—¿Qué hizo usted después?

—Me sentí alarmado al pensar en mi padre. Caminando de puntillas por el corredor, fui hasta la puerta de su habitación, abriendo la misma, asomándome…

—¿Estaba su padre el cuarto?

—Mi padre se encontraba allí, despierto, leyendo —explicó Jarrett—. Oyó el ruido de la puerta al abrirse y apartó los ojos del libro. Su gesto fue, por supuesto, de sorpresa. Inmediatamente me preguntó:

»¿Qué demonios haces tú aquí, Jarrett?

»Al parecer, no me esperaba. Por lo visto, nadie me esperaba en la casa. Yo había cursado un telegrama, especificando que llegaría en el avión de las cuatro de la madrugada, pero ese telegrama no fue entregado hasta la mañana siguiente.

—Pero usted se presentó antes de las cuatro, ¿verdad? —inquirió Mason.

—Afortunadamente, logré coger un avión que despegaba antes que el que había pensado utilizar inicialmente. Al conseguir pasaje en un avión local, desde Nueva Orleáns a Dallas, pude tomar otro que me permitía llegar antes que el directo, para el que pidiera una reserva.

—Adelante. ¿Qué pasó después?

—Mi padre y yo estuvimos charlando un rato… Me di cuenta de que estaba muy preocupado. Había dormido muy poco. Me contó que el médico le había recetado un preparado para que se serenase.

Tras unos minutos de sueño, se desveló. Por lo que vi, ignoraba que se encontrase solo en la casa. Me dijo que tenía al alcance de la mano una campanilla, que no tenía más que hacerla sonar para que cualquiera de mis hermanas le atendiera. Marchaba bien, dentro de lo que cabía, y por eso no había hecho ninguna llamada. Más tarde, decidió incorporarse en el lecho y entregarse a la lectura.

—¿Y luego, qué?

—Yo sabía que no debía hacerle hablar con exceso, pero acabé sentándome y estuvimos charlando durante media hora o tres cuartos de hora. Evité como tema de conversación el asunto del chantaje, que yo creía no le era conocido… Pero él lo abordó. Me dijo que Fritch le había telefoneado, amenazándole… Me notificó que habían consultado con usted también.

—¿Y qué más?

—Convencí a mi padre para que se decidiese a ingerir otra de las cápsulas que le recetara el doctor para dominar sus nervios, anunciándole que nos veríamos de nuevo por la mañana. Él estaba bien despierto entonces, pero me figuré que en cuanto se serenara por efecto de la cápsula ingerida, se iría amodorrando hasta conciliar, quizás, el sueño. Le dije que me encontraba muy cansado y que iba a acostarme.

—Siga.

—Salí de la habitación. Una vez en la cocina, me preparé un vaso de leche y un bocadillo. Estaba dando cuenta de mi improvisada cena, o lo que fuese aquel refrigerio tan a deshora, cuando se presentó allí Edison Doyle.

—¿Conocía usted de antes a Edison Doyle?

—No. Había estado algún tiempo alejado de mi casa y… Bien. Desde luego, había sabido de él, sabía quién era, que se interesaba por Hattie.

—¿Qué pasó después?

—Edison Doyle me explicó que mis hermanas se habían sentido algo preocupadas, decidiendo que hubiese una persona de guardia toda la noche, para poder echarle un vistazo cada hora, por ejemplo. Comprendí lo que suponía: que yo había llegado allí, haciéndome cargo de la labor de vigilancia mientras las mujeres dormían.

—¿Le dijo usted que no se hallaban en la vivienda?

Jarrett movió la cabeza, denegando.

—No. Aquello no era cosa suya… No dije nada en tal sentido. Ni en otro.

—¿Y qué sucedió luego?

—Edison me explicó que se había presentado allí para cubrir un turno de vigilancia, que había estado trabajando en su estudio y que tendría la mañana ocupada seguramente. Tenía los ojos enrojecidos. Había estado inclinado bastantes horas sobre el tablero de dibujo, trazando unos esbozos y revisando unos planos. Le indiqué que lo mejor era que se acostase…

—¿Dónde?

—En la tercera de las habitaciones de los huéspedes.

—¿Procedió así?

—En efecto. No se hizo rogar mucho.

—Siga.

—Cuando me separé de él, me acerqué andando de puntillas a la puerta de la habitación de mi padre, que entreabrí. Había apagado la luz superior, dejando encendida solamente la de la mesita de noche. Dormía pacíficamente. Cerré la puerta y me senté en un sillón. Se me cerraban los ojos de sueño… Pensé que ya no era necesario seguir allí más tiempo. Me figuraba que mis hermanas no tardarían en presentarse. Decidí acostarme, preparando mi reloj despertador para levantarme hora y media después y ver cómo seguía mi padre.

—Continúe.

—No había hecho más que empezar a subir la escalera cuando oí un rumor en la parte trasera de la vivienda. Me pregunté qué pasaba allí. En seguida vi entrar a Hattie.

—¿Seguro que se trataba de Hattie?

—Sí, sí.

—¿Cómo iba vestida?

—Llevaba una falda corriente… Es lo que recuerdo: una falda a cuadros. Debía de haberse quitado el abrigo, ya que antes de llegar a donde yo podía verla abrió el armario de la entrada.

—¿Qué hizo ella? ¿Le habló usted?

—Se encaminó a su habitación. Yo no le dije una palabra. Me

encontraba ya muy fatigado en aquellos instantes. Había viajado en avión… Llevaba levantado toda la noche. Había hablado con mi padre y estaba seguro de que Hattie deseaba hacerme ver, nada más enfrentarse conmigo, lo maravilloso que era Edison Doyle, lo feliz que ella se sentía y lo preocupada que la tenía nuestro padre. Todo eso podía esperar perfectamente… Siento mucho cariño por Hattie, pero me desagradan las conversaciones vanas, todas esas tonterías de los idilios… Me dejan frío esas cosas. Todo lo que podía decirme Hattie lo adivinaba. Y si había algo que no adivinara, unas horas más tarde me pondría al corriente.

—Siga.

—Subí la escalera. Me desnudé, dándome una buena ducha caliente. Nada más apagar la luz, cuando iba a meterme en la cama, oí el rumor de un automóvil delante de la vivienda. Alguien había cerrado una de sus portezuelas. Me picó la curiosidad y miré por la ventana. Era el coche de Sylvia. Pensé que todo estaba en orden por fin. Sylvia colaboraría en la tarea de vigilar a nuestro padre. Yo prescindiría de mi reloj despertador. Me acosté con la idea de dormir todas las horas que pudiese.

—¿Cuánto tiempo estuvo durmiendo?

—Dormí bastante. Me levanté alrededor de las diez de la mañana. Estaba cansado.

—¿Qué tiene que contamos más?

—El telegrama mío había sido ya entregado entonces. Especificaba en el mismo como hora de mi llegada la del avión de las cuatro de la madrugada. Evidentemente, todo el mundo se figuró que me había presentado a dicha hora, yéndome seguidamente a la cama.

—Pero Edison Doyle sabía la hora exacta de su entrada en la casa…

—Edison Doyle sabía que yo me encontraba allí cuando él entró, que fue alrededor de la una, supongo, quizás algo más tarde. Pero Doyle se levantó a las ocho menos cuarto, apresurándose a presentarse en su estudio, donde le aguardaba un cliente. Al menos, eso es lo que me dijo que pensaba hacer.

»Doyle dijo que iba a estar allí por si acaso las cosas marchaban mal. Añadió que Sylvia era capaz de despertarse y conciliar luego el

sueño inmediatamente, prometiendo poner su reloj en hora para que la despertase a ciertos intervalos. Bajaría a echar un vistazo a nuestro padre y llamaría a los otros si es que estimaba necesario que alguien le hiciese compañía.

»Me levanté a las diez de la mañana. Después de afeitarme me trasladé a la planta baja para desayunar. Vi a Hattie, desde luego, y charlé unos minutos con ella. Pero mi hermana andaba atareada con las faenas domésticas de todos los días… No lo comprendí en aquel momento, pero averigüé después que había recibido mi telegrama, suponiendo que llegué en el avión de las cuatro de la madrugada. Me notificó que nuestro padre continuaba entregado al sueño. Yo me entretuve haciendo unas llamadas telefónicas. Hattie se dedicó a preparar el desayuno de nuestro padre. Debían ser las once (esto no lo sé con exactitud) cuando entró en su habitación para servírselo. Entonces, descubrió que estaba muerto.

»Naturalmente, esta noticia produjo una gran conmoción en la casa. Intentamos localizar al doctor Flasher… La vivienda se llenó de gente. Estaba usted allí… y también la señorita Street. No sé cuándo llegó… Sylvia había salido porque tenía una cita a las nueve con no sé quién. Regresó cuando todavía reinaba el mayor desorden… Alguien telefoneó a Edison Doyle… El doctor Flasher inyectó a Hattie, diciéndole que debía acostarse. Eso es todo.

Mason asintió.

—Ahora —siguió diciendo Jarrett—, he empezado a relacionar unas cosas con otras, esforzándome por comprender lo sucedido. Hattie fue a algún sitio. Hacía bastante frío a aquella hora de la madrugada y puede que se pusiera el abrigo de mi padre. Sylvia pudo pensar o no que estaba siguiendo a éste. Puede ser que se asomara a su habitación en un momento en que él se encontraba en el cuarto de baño. No sé… Lo que sí sé es esto: mi padre no salió de la casa, no asesinó a Fritch y aquel que afirme lo contrario es un embustero.

—¿Qué me dice acerca de la cinta magnetofónica? —preguntó Mason.

—¿La que, según se dijo, fue hallada bajo la almohada de mi padre?

Mason hizo un gesto de afirmación.

—No creo que estuviera debajo de la almohada cuando entré allí —repuso Bain—. Es posible que alguien la colocara allí posteriormente. Lo ignoro… Tengo que decirle algo, señor Mason… Sylvia es una mujer que gusta de meter las narices en todo. Se imagina, de siempre, que sabe más que cualquiera de las personas que la rodean. Le gusta planearlo todo, llevar la iniciativa. Déjela en libertad y acabará metiéndole en un lío. No diga después que no le previne a tiempo.

»Por su cabeza no ha cruzado jamás la idea de que puede haber alguien que la supere en conocimientos. Quiere barajarlo todo, lo distorsiona todo, es capaz de presentar como buenas falsas pistas. Todo ha de regirse según su manera de ver las cosas.

»Yo no sé mucho de leyes, pero conozco en cambio bien a Sylvia. Estimo que su tendencia a manosearlo todo y a formular suposiciones completamente personales puede dar lugar a una catástrofe en un caso por asesinato. ¿No estoy en lo cierto?

Mason sonrió.

—Sí, desde luego.

Hubo una pausa en la conversación. Los dedos de Mason redoblaron sobre el tablero de la mesa. Al cabo de un rato de reflexión, dijo:

—Tratemos de fijar el horario de los hechos del modo más aproximado posible.

—Perfectamente. Mi avión llegó a las once y cuarenta y cinco minutos. Me entretuve unos momentos haciéndome cargo de mi equipaje. Había contratado un coche en una agencia de alquiler de automóviles sin conductor. Me esperaba en el aeropuerto. Llegué a casa de mi padre alrededor de las doce y media.

—¿Consultó usted su reloj en algún momento, que recuerde?

—Recuerdo que sería… sería la una cuando estaba con mi padre. Después de hablar un rato, pensé que debía dejarle dormir un poco, por lo cual fingí unos bostezos, diciéndole que me hallaba bastante fatigado.

—¿Cuánto tiempo estuvo todavía en la habitación tras eso?

—No mucho. Unos minutos, quizá.

—¿Y luego se encontraba usted en la cocina, comiendo un bocadillo y bebiendo un vaso de leche cuando entró Edison Doyle?

—Cierto.

—¿Tenía Edison Doyle una llave de la casa?

—Me contó lo que le había dicho Hattie: que la llave de la puerta trasera sería colocada bajo la esterilla de la entrada. Sería la cosa así, sin duda… No me di cuenta. Sea como fuere, abrió la puerta posterior y entró. Recuerdo que cerró la puerta con llave a su espalda.

Mason estudió con gesto ceñudo la superficie de su mesa de trabajo. Una vez más, los extremos de sus dedos redoblaron sobre el tablero.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —inquirió Jarrett Bain—. Todo induce a pensar que Sylvia anda empeñada en sembrar la confusión. Ahora mismo, ha empezado a hacer algo que, personalmente, creo que no puede terminar.

—Tenemos que pensar en Hattie… Y en Sylvia.

—No pierda el tiempo preocupándose por Sylvia —dijo Bain—. Sabe cuidar de sí misma. Fíjese en su reciente obra se las ha arreglado sin mucho esfuerzo para poner a Hattie en un aprieto, manchando además la memoria de nuestro padre. Le tengo afecto como hermana mía que es… Sin embargo, no lo puedo remediar, algunas de sus cosas me sacan de quicio.

»Ahora ha propagado una historia extraña y tan pronto me interrogue la policía quedará establecido que aquélla, además, es falsa.

Mason escrutó el rostro de Jarrett, pensativo.

—Es probable que a esa gente no se le ocurra interrogarle, señor Bain.

Jarrett movió la cabeza enérgicamente.

—Lo siento, señor Mason, pero yo soy muy mal embustero. Además, tengo mis ideas sobre la conveniencia de decir la verdad en todo momento. Y he de vivir con arreglo a mis convicciones.

—Así pues, ¿piensa usted airear toda esa historia?

—Naturalmente. He de ser leal a mi padre. Y usted ha sido el primero en oírla.

—¿A quién se la va a contar después?

—Estoy citado con uno de los hombres de la policía. A ver… No recuerdo bien su apellido.

Jarrett sacó una tarjeta de su cartera.

—Tragg… Es el teniente Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal. ¿Lo conoce usted?

Mason se recostó en su sillón, diciendo con un gesto de cansancio:

—Lo conozco, sí.

Jarrett se puso en pie.

—Voy a la jefatura, Mason. ¡Qué hora se me ha hecho! Ese hombre me estará esperando. Buenos días, señor Mason.

—Buenos días —contestó Mason cuando Jarrett había echado a andar ya hacia la puerta.

El abogado y Della Street se quedaron solos, contemplándose mutuamente en silencio.

—¡Qué cosas nos pasan, jefe! —exclamó la joven, con un suspiro —. Me dan ganas de ponerme a gritar.

—¿Y a quién no? —repuso Mason, con una sonrisa.

Capítulo 12

Unos nudillos nerviosos golpearon varias veces la puerta del despacho de Mason, la que daba al vestíbulo.

El abogado miró a Della Street.

—Será Sylvia, probablemente —manifestó—. En caso afirmativo, hágala pasar.

Della Street entreabrió la puerta, asomándose por la rendija. Finalmente, abrió aquélla del todo, diciendo:

—Entre, señora Atwood.

Los ojos de Sylvia Atwood delataban que su dueña había estado llorando. Se hallaba muy inquieta.

—¡Oh! Menos mal que le he encontrado aquí, señor Mason. Tengo que dar gracias a Dios por eso… Llamé una y otra vez por teléfono, sin que nadie contestara.

—El tablero de la centralilla queda desconectado siempre después de las cinco, al final de la jornada —le explicó Mason.

—No me quisieron dar otro número. Me notificaron que no figuraba en la guía. ¡Oh, señor Mason! He hecho algo terrible, ¡lo peor que podía hacer!

—Bueno, póngame al corriente. Después juzgaremos.

—Creo que me he equivocado en una cosa, señor Mason. Pudo haber sido Hattie la persona que visitara el apartamento de Brogan. De ser Hattie, habíase puesto el abrigo de nuestro padre. Cuando esa persona utilizó el ascensor para bajar, cuando yo esperaba en las escaleras con el deseo de averiguar de quién se trataba… Bueno, me quedé convencida de que se trataba de una mujer.

—¿Todavía llevaba puesto un abrigo?

—No. Llevaba el abrigo al brazo.

—Y luego, usted subió al piso…

—Subí, plantándome delante del apartamento de Brogan.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Estuve un rato. Más adelante, pensé que la persona que viera salir sería mi padre. Por favor, señor Mason, compréndame: yo me imaginé durante todos aquellos minutos que estaba siguiendo a aquél.

—Bien —respondió Mason—. Lo primero que tenemos que hacer es procuramos el relato de Hattie.

Sylvia movió la cabeza a un lado y a otro.

—Mucho me temo que no vaya a poder ser ahora… Primeramente, hemos de concretar nuestra estrategia.

—¿Con qué fin?

—Está bajo la vigilancia de la policía…

—¿Qué? —preguntó Mason—. El doctor dijo…

—La despertaron, deteniéndola y llevándosela antes de que la pobre se diese cuenta de lo que le estaba pasando.

—Fue drogada —alegó Mason—. Esa gente no tiene derecho a proceder así. ¿Quién fue el autor de esa hazaña?

—El sargento Holcomb.

—Siga —dijo Mason.

—Ellos… encontraron el punzón del hielo.

—¿Qué punzón?

—El que mató a Fritch.

—¿Dónde?

—En el cajón de la cómoda de Hattie, debajo de sus pañuelos… Es el mismo cajón en el cual escondí yo el carrete de cinta. Sólo que era *bajo* los pañuelos… Yo había puesto la cinta encima.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! —exclamó Mason, muy serio.

—Sé lo que debe estar pensando usted de mí, señor Mason. Probablemente, me juzga ahora la persona más estúpida del mundo, pero… Bien. Ya estamos en ello ahora. Y ahora hemos de seguir aferrados juntos a esta cosa.

Abrió el bolso. Sylvia sacó su libro de cheques.

—Anteriormente, puse en sus manos un cheque por quinientos dólares. Ahora voy a entregarle otro por mil quinientos dólares, señor Mason. Quiero que represente usted… a Hattie.

El abogado la observó mientras escribía.

—Y, por favor, señor Mason —prosiguió diciendo Sylvia—, haga lo que le indiqué. Recuerde lo que dije… Yo no quiero manchar en absoluto la memoria de mi padre, pero en fin de cuentas Fritch era un chantajista y merecía morir. Mi padre, con arreglo a su código moral, se creería seguramente con derecho a eliminarlo.

»Si esta historia hubiese sucedido en Texas, hace años, mi padre no habría vacilado. Hubiera cogido un revólver, disparando sobre J. J. Fritch en cuanto se lo hubiese echado a la cara, y ningún jurado le habría hecho lo más mínimo por este acto.

—Esto no sucedió hace años… Tampoco estamos en Texas —puntualizó Mason—. Hay que ceñirse a la realidad. Las cosas han cambiado mucho, afortunadamente.

—Ya lo sé, pero… Bien. Mi padre ha muerto. Nadie de este mundo puede castigarle. Es mejor echar un borrón sobre su memoria que vernos una de nosotras (a Hattie me refiero) en una situación desagradable.

»Intento decirle, señor Mason, que puesto que ya dije lo que dije acerca de mi padre… Bien. Nadie está al tanto de todos los detalles.

»Jarrett, desde luego, ha enredado las cosas. Pero si hay alguien que sea capaz de falsear un cable notificándole un nuevo descubrimiento arqueológico en la jungla, Jarrett desaparecerá a toda prisa, sin esperar a nada. El funeral, ciertamente, no le detendrá. Ha visto tantas civilizaciones muertas que una muerte individual, aislada, se le antoja…

—Bueno —dijo Mason, interrumpiendo a su interlocutora—. Ya lo ha complicado todo bastante. No piense ahora en cursar cables falsos a su hermano.

—¡Señor Mason! Yo no haría nunca eso. Deseo que se encargue de todo usted.

—Concretamente, ¿qué es lo que usted desea que haga? ¿Para qué es este cheque?

—Quiero que se encargue de la defensa de Hattie.

Mason dijo a Della Street:

—Anota en el reverso de este cheque que su importe es con cargo a la defensa de Hattie Bain, y que quedo en libertad para orientar el caso a mi modo, así como de señalar públicamente al asesino, quienquiera que sea el mismo. Subraya estas últimas cinco

palabras.

Mason fijó la vista en Sylvia Atwood.

—¿Aprueba usted eso, señora Atwood?

Los ojos verdes sostuvieron con firmeza su mirada.

—Desde luego, señor Mason. ¿Por qué no había de aprobarlo?

—De momento, todo está muy enredado. Ello es debido, parcialmente, a su afán de controlarlo todo también. Bueno, de momento, deseche la idea de hacer llegar a manos de su hermano cables falsos o de llevar a la práctica cualquier cosa que hiciese la situación presente más complicada.

—Señor Mason: me parece que es usted un hombre terriblemente conservador. Si Jarrett no estuviese aquí para atestiguar que había visto a nuestro padre, esa gente no podría probar que no fue él quien se presentó en el apartamento. Puedo jurar, honestamente, con la mejor buena fe, que yo estuve siguiéndolo.

Mason sonrió.

—Muchas gracias por el cumplido —dijo.

—¿Qué cumplido?

—El de juzgarme «terriblemente conservador». Haga el favor de contar eso a la policía cuando se le depare una oportunidad.

—Ahora se está burlando de mí.

—No es que me esté burlando. Es usted una criatura peligrosa. Mantenga la boca bien cerrada y procure no tocar para nada el pastel.

—¡Bah! Antes de que este caso llegue a su fin me dará las gracias por haberme adelantado mentalmente en algunos puntos a usted…

Sylvia Atwood salió del despacho con la cabeza erguida, el cuerpo derecho, los hombros levantados.

—¡Que el cielo nos proteja si se le ocurre alguna iniciativa! —exclamó Mason.

—¿Cruzamos una apuesta? —propuso Della.

—No, no, por Dios —gimió Mason.

Capítulo 13

Perry Mason se sentó frente a Hattie Bain. Se encontraban en la sala de visitas de la prisión local.

Los separaba un grueso cristal. Permitían la conversación los micrófonos y los menudos altavoces situados a un lado y otro de la pantalla de vidrio.

El rostro de Hattie Bain revelaba los devastadores efectos de los últimos sucesos sobre su persona: la muerte del padre, los esfuerzos que había tenido que realizar, la impresión que le causaba su encarcelamiento.

—¿Cómo se encuentra usted? —le preguntó Mason.

—Muy mal. ¿Qué aspecto tengo?

—No muy malo.

—Las fotografías mías que vi en los periódicos eran algo tremendo.

—¿La han interrogado?

—Desde luego. Y contesté a las preguntas que me hicieron —repuso Hattie Bain con toda naturalidad.

—¿Fue usted a ver a J. J. Fritch la noche del crimen?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando todo quedó en orden en la casa. Esperé a que mi padre se quedara dormido y a que Sylvia se hubiera acostado.

—¿Por qué fue usted a verle, Hattie?

—Me figuré que podría llegar a un acuerdo con él.

—¿Lo consiguió?

—No.

—¿Dónde lo vio? ¿En el apartamento de Brogan?

—No. En su apartamento. Se comportó de una manera muy

desagradable conmigo, insultando a mi padre. Era un individuo despreciable.

—¿Contó a la policía todo esto?

—Ciertamente.

—Bien. Dígame qué es lo que pasó.

—Una vez hube llegado al inmueble, subí al apartamento alquilado a nombre de Frank Reedy.

—¿Conocía usted a Fritch?

—¡Oh, sí! Le conocía desde hacía algunos años, desde la época en que él y mi padre emprendieron juntos determinados negocios.

—Siga.

—Oprimí el botón del timbre. Tuve que hacer esto varias veces antes de que…

—¿Se trataba del apartamento de Reedy?

—Sí.

—¿Qué más?

—J. J. Fritch me llevó al apartamento ocupado por George Brogan. Quería sacarme del suyo. Yo me figuré que no estaba solo.

—Quiero ahora que reflexione antes de contestarme —dijo Mason—. ¿Descubrió algo en la puerta de aquel apartamento? ¿Había algún papel pegado en ella?

La joven permaneció pensativa durante unos momentos.

—No puedo responderle con seguridad, señor Mason. Estaba preocupada… Es posible que hubiera algo, sí.

—¿Pero no está segura?

—No, no…

—Bien. ¿Qué hizo usted tras entrar en el apartamento de Brogan?

—Le dije a J. J. que iba a poner las cartas boca arriba, que usted se hallaba en condiciones de probar que era un profesional de gran competencia, muy inteligente… Añadí que usted, señor Mason, iba a probar que la cinta magnetofónica que poseía era un amaño.

—Bien. Supongamos ahora que me cuenta lo sucedido.

—Le dije que lo único que iba a conseguir con sus tretas era matar a mi padre, sin lograr nada positivo. Le pedí que se decidiera a comportarse como un hombre, que abandonara su papel de repugnante chantajista.

—¿Qué pasó luego?

—Empezó a insultarme.

—¿Y después?

—Virtualmente, me echó de allí. Agregó que si no prescindíamos de usted todos, lo sentiríamos.

—¿Qué hizo luego?

—Me fui a casa y me acosté.

—¿Se había puesto usted el abrigo de su padre?

—Efectivamente. Cuando ya salía de casa me di cuenta de que no me había echado nada encima. Abrí el armario del vestíbulo y cogí la prenda que encontré más a mano.

—¿Y contó eso también a la policía?

—Sí. La misión de la policía es efectuar indagaciones en estos casos. Los agentes han de hacer preguntas, por fuerza. Es deber de todos los buenos ciudadanos ayudarles en su tarea.

Mason se quedó pensativo. Hattie Bain no apartaba los ojos de su rostro.

—Ésa es la verdad —insistió ella.

—¿Y refirió todo eso a la policía?

La joven hizo un gesto afirmativo.

Mason suspiró.

—Tendremos que apoyarnos en el hecho de que a usted le había sido administrada con tiempo una droga para salir adelante…

—Tengo un especial interés en que se diga la verdad, tal como fue todo.

—¿Y a qué hora ocurría todo eso?

—Pues, entre la medianoche y… Regresé a casa entre la una y media y las dos de la madrugada. No llegué a consultar mi reloj.

—¿A qué hora se separó de Fritch?

—No puedo decírselo con exactitud.

Hubo una pausa.

—Bueno, mire… —dijo luego Mason—. No quiero que haga más declaraciones a nadie. Y piense que su padre, por desgracia, ya no necesita protección… Veremos qué es lo que pasa. Por mí no quedará.

Hattie declaró al cabo de unos segundos:

—No dispongo de dinero para pagarle a usted, señor Mason. A

menos, desde luego, que pueda esperar. Mi padre… La herencia nuestra…

Mason respondió:

—Su hermana Sylvia me ha pagado para que la representara.

En los ojos de ella apareció por unos momentos una expresión muy especial.

—¿Va usted a hacer lo que Sylvia le diga? ¿Va usted a dejar a Sylvia que dirija mi defensa?

—Voy a defenderla esforzándome al máximo. Trabajaré para usted, para usted solamente. Míreme a los ojos, señorita Bain. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Sí.

—¿De veras?

—Sí.

—Estamos de acuerdo, pues. Recuérdelo bien. Usted es mi cliente y yo soy su abogado. No represento a nadie más. Sólo a usted.

—Gracias, señor Mason.

capítulo 14

La sala se hallaba llena de público. Todos los presentes se daban cuenta de la batalla legal que allí iba a librarse.

El juez Kaylor ocupó su sitio. El alguacil impuso orden en la sala.

—Comienza la vista de la causa contra Harriet Bain —dijo el juez Kaylor.

—El ministerio fiscal está preparado —anunció Delbert Moon, delegado del fiscal del distrito.

—Y también la defensa —dijo Mason.

—Hay una acusación preliminar de asesinato en primer grado —manifestó el juez Kaylor.

Delbert Moon, hombre de maneras suaves, de rápida mente, diestro, uno de los mejores funcionarios dentro de la reorganizada oficina del fiscal del distrito, se puso en pie.

—Con la venia de la sala —dijo—. Requiero la presencia del señor George Brogan como mi primer testigo.

George Brogan se adelantó, prestando juramento.

Dio su nombre y señas, declarando su profesión: investigador privado.

—¿Conocía usted a un hombre llamado J. J. Fritch? —inquirió Moon.

—Sí, señor.

—¿Dónde está ahora?

—Murió.

—¿Cómo sabe usted que murió?

—Vi su cadáver.

—Eso es todo.

Brogan empezó a levantarse…

—Un momento —dijo Mason—. Tengo algunas preguntas que formular.

—Con la venia de la sala —medió Moon—. Deliberadamente, he ordenado mis preguntas para que este testigo, que más tarde *será* llamado de nuevo como testigo material de este ministerio, se refiriera solamente a una fase del *corpus delicti*. Insisto en que la defensa debe limitarse en su interrogatorio a esa parte del caso.

Mason repuso:

—No veo la necesidad de que la acusación me aconseje en lo tocante a la forma de conducir mi interrogatorio. Lo preceptivo es que él escuche mis preguntas, formulando objeciones cuando alguna no le parezca adecuada.

—Prosiga —ordenó el juez Kaylor, sonriendo levemente.

—Usted ha dicho que vio el cadáver de J. J. Fritch, ¿no?

—Ciertamente.

—¿Cuándo lo vio?

—En el depósito.

—¿Quién se hallaba presente allí en aquellos instantes?

—El sargento Holcomb, de la Brigada de Investigación Criminal. Y también el forense, el doctor Hanover.

—¿Usted conoció a J. J. Fritch en vida?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hacía que le conocía?

—Muchos años.

—¿Puede usted fijar un período de tiempo?

—No, señor, no puedo.

—¿Por qué?

—Son muchos años…

—¿Cinco años?

—Sí.

—¿Diez años?

—Quizá.

—¿Quince años?

—No lo sé.

—¿Más de diez años?

—No podría decirlo.

—¿Puede usted decirme cuándo conoció al señor Fritch?

—No, señor. No me acuerdo.

—Usted ha declarado que vio el cadáver del señor Fritch en el depósito, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Era ésa la primera vez que veía el cuerpo sin vida del señor Fritch?

—Protesto, señoría —dijo Moon—. El testigo ha sido requerido solamente para establecer el hecho de que conocía a J. J. Fritch en vida, y que Fritch ha muerto. Nuestro próximo testigo será el doctor Hanover, el forense, quien probará que el señor Fritch murió violentamente a manos de una tercera persona. Nos encontraremos entonces en una posición adecuada para relacionar a la acusada con la muerte del señor J. J. Fritch. Por consiguiente, esta pregunta no procede en el momento presente. Más adelante, cuando el testigo dé testimonio con todo detalle de otras fases del caso, la pregunta puede resultar oportuna.

—La pregunta es procedente en este momento —sostuvo Mason —. Usted preguntó al testigo si vio el cuerpo de J. J. Fritch. Yo le estoy preguntando cuándo lo vio y cuándo lo vio por primera vez.

—Se desestima la objeción —decidió el juez Kaylor.

—¿Cuándo vio usted el cuerpo por primera vez? —inquirió Mason.

Brogan cambió de posición ligeramente e hizo una profunda inspiración. Miró hacia el fondo de la sala y luego fijó la vista en el pavimento.

—¿No puede contestar a mi pregunta?

—Estoy intentando fijar la cosa en mi mente; quiero ver claro…

—Bien. Tómese todo el tiempo que necesite.

Brogan vaciló, mirando a Moon. Apartó la vista de él y declaró finalmente:

—Aproximadamente, a las nueve y cinco minutos de la mañana del día siete de este mes.

—¿Dónde estaba el cuerpo?

—Tendido sobre las losas de mi apartamento, delante de un armario en el que yo guardo mis bebidas.

—¿En qué estado se encontraba el cuerpo?

—Con la venia de la sala —medió de nuevo Moon—. Tengo que

oponerme otra vez a una de las preguntas de la defensa. Esta cuestión puede ser tratada cuando el señor Brogan sea requerido como testigo en la otra fase del caso. La pregunta no procede en la actual.

Mason respondió:

—Al testigo se le ha preguntado si conocía al señor J. J. Fritch y si vio el cuerpo. Le pido ahora que lo describa. Tengo derecho a eso.

—Yo opino lo mismo —dijo el juez Kaylor—. Se desestima la objeción. Conteste a la pregunta, señor Brogan.

—Adelante —indicó Mason—. Conteste a mi pregunta.

—La parte superior del cuerpo estaba rígida. Se hallaba ligeramente doblado. Tenía los brazos así, apretados contra los costados. Vestía ropa interior. Eso es todo.

—¿Observó algo más en el cuerpo?

—Presentaba algunas pequeñas heridas.

—¿Las advirtió en aquel momento?

—No, señor. Observé unas pequeñas manchas de sangre, resecas, en la ropa.

—¿Cómo era esa ropa?

—Era una camiseta sin mangas, de las que usan los atletas.

—¿Qué puede usted decirme acerca del color del cuerpo?

—Nada… Era el color de un cadáver, un tono grisáceo.

—¿Qué me dice de la espalda? ¿Observó algún color especial en la espalda?

—Había… Ahora que usted lo dice, creo que había una señal en la espalda, por debajo del cuello, entre los hombros.

—¿Visible a pesar de la camiseta?

—Sí, señor. La cabeza estaba echada un poco a un lado. El cuerpo descansaba sobre la espalda.

—Todo eso se refiere a la primera vez que vio el cadáver, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pasemos a la segunda vez. ¿Dónde se encontraba entonces el cuerpo?

—En el depósito de cadáveres.

—¿En qué condición se encontraba en aquellos momentos?

—Estaba estirado.

—¿Pudo reconocer los rasgos faciales?

—Sí, señor.

—¿Ocurrió eso antes de la autopsia o después?

—Inmediatamente antes de la autopsia.

—Veamos, señor Brogan… Al preguntarle yo cuándo había visto por vez primera el cadáver, vaciló de una manera muy perceptible. ¿Se acuerda?

—Con la venia de la sala —intervino Moon—. Creo que el interrogatorio no es adecuado. Además, yo no pienso que el testigo vacilara.

—El testigo vaciló —contestó Mason—. Por añadidura, cuando le pregunté por qué vacilaba me contestó que deseaba fijar las cosas en su mente, que quería ver claro.

—Estimo la consideración correcta —dictaminó el juez Kaylor.

—¿Por qué vaciló usted? —preguntó Mason a Brogan.

—Intentaba concentrar mis pensamientos sobre el tema.

—¿Se hallaba distraído?

—No vi la expresión clara.

—¿Por qué tuvo que ponerse a reflexionar para recordar en qué momento vio por vez primera el cadáver?

—No quería equivocarme. Deseaba estar seguro de lo que decía.

—Gracias —replicó Mason—. Quiero hacerle unas preguntas ahora relacionadas con su amistad con J. J. Fritch. ¿No puede recordar cuándo lo conoció?

—No, señor.

—¿Había usted trabajado para el señor Fritch?

—Yo… No. Para el señor Fritch, no.

—¿Le consultó a usted en relación con determinado asunto poco antes de morir?

—Sé a dónde intenta llegar, señor Mason, y he de decirle…

—No se anticipe usted a mis propósitos. Le he hecho una simple pregunta. Quiero que me la conteste.

—Bien… Yo no representaba a J. J. Fritch.

—¿A quién representaba usted?

—En realidad, yo no representaba a nadie.

—¿Intentaba usted que Sylvia Atwood, la hermana de la acusada, contratara sus servicios?

—Sí, señor.
—¿Con qué fin?
—Para asegurar la posesión de una cinta magnetofónica que a mi juicio podía perjudicar a la familia.
—¿A quién abordó inicialmente en este aspecto?
—A la señora Atwood.
—¿Por quién fue usted abordado inicialmente?
—Por el señor Fritch.
—¿Qué deseaba él?
—Pensó en la posibilidad de obtener algún dinero de la familia Bain a cambio de una cinta magnetofónica.
—¿Había escuchado usted esa grabación?
—Sí, señor.
—¿Sabía usted que había más de una cinta?
—Bien… Yo creo que existía solamente un original.
—¿Pero sabía usted que habían sido hechas una o más copias?
Moon se puso en pie.
—Señoría: en este interrogatorio, la defensa ha ido demasiado lejos. La defensa intenta presentar su propio caso interrogando a mi testigo. La defensa oirá hablar de esa cinta magnetofónica dentro de poco con suficiente amplitud, cuando suba al estrado para explicar cómo llegó la misma a su poder.
El juez Kaylor dijo:
—Esta sala solicita de la defensa que se abstenga de formular conceptos irónicos de índole personal. Se aprueba la objeción.
Mason miró a Brogan, cuyo gesto era de preocupación.
—Gracias, señor Brogan —dijo el abogado—. Eso es todo.
—No hay más preguntas —declaró Moon—. Llamen al doctor Hanover.
El doctor Hanover prestó juramento, dando seguidamente a conocer su nombre completo, residencia y profesión. Añadió un breve resumen de sus méritos profesionales.
—Quiero preguntarle, doctor Hanover —dijo Moon—, si se hallaba usted presente cuando cierto cadáver fue identificado por el señor George Brogan, el testigo que acaba de abandonar el estrado.
—Yo estaba presente, sí, señor.
—¿Fue ese cadáver identificado como el de J. J. Fritch?

—Sí, señor.

—Doctor: ¿cuándo vio usted por vez primera el cuerpo en cuestión?

—Aproximadamente, a las nueve y cuarenta minutos de la mañana del día siete.

—¿Llevó usted a cabo pruebas preliminares para determinar la hora en que se había producido la muerte?

—Sí, señor.

—¿Y qué revelaron tales pruebas?

—Que la muerte se habría producido, seguramente, entre la medianoche y las tres de la madrugada del mismo día.

—¿Realizó usted más adelante la autopsia de ese cadáver?

—Sí, señor.

—Doctor: no quiero una descripción técnica de sus hallazgos… Deseo solamente que explique a la sala, en lenguaje sencillo, corriente, lo que usted vio y juzgó la causa de la muerte.

—La causa de la muerte fueron ocho heridas, ocho pinchazos practicados en el pecho. Bueno, en la cavidad torácica, repartidos así: cuatro en la porción delantera, dos de los cuales habían afectado al corazón, y cuatro en la espalda. Uno de éstos había interesado al corazón y dos a los pulmones…

—¿Causaron estas heridas la muerte de la víctima?

—Sí, señor.

—¿Puede hablarse de una muerte instantánea?

—Eso depende de lo que usted entienda por muerte instantánea. Yo diría que el efecto inmediato de las heridas fue la caída del hombre hacia adelante. La muerte se presentaría en un espacio de tiempo relativamente corto.

—Voy a preguntarle ahora —dijo Moon— si está usted familiarizado con un fenómeno conocido técnicamente por el nombre de lividez «post mortem».

—Sí, señor.

—¿Quiere usted explicar qué debemos entender por eso?

—Sí, señor. Tras la muerte, cuando la sangre cesa de circular por el cuerpo, ésta, naturalmente, presenta una tendencia, mientras es todavía fluida, a depositarse en la porción más inferior del cuerpo. Eso origina una congestión de los vasos sanguíneos en esa parte,

que se asocia con el fin de la circulación. Yo hablaría de un estancamiento para utilizar una expresión más comprensible, presentándose un decoloramiento o lividez en la porción del cuerpo afectada. A los no iniciados, tal cosa puede parecerles una contusión.

—Doctor ¿dónde se forma esta lividez «post mortem»?

—En las partes del cuerpo afectadas por el estancamiento de sangre, que provoca la fuerza de la gravedad.

—¿Quiere decir en las partes más bajas del cuerpo?

—Cierto. Estamos hablando desde el punto de vista de la posición del cuerpo y no desde el punto de vista de la estructura anatómica. En otras palabras, si el cuerpo está tendido sobre la espalda, la lividez «post mortem» aparecerá a lo largo de los músculos de aquélla, excepto en aquellos sitios en que la piel esté presionando algún objeto.

—En el caso de que el cuerpo esté tendido sobre el estómago, entonces, la lividez «post mortem» no se observará en la espalda, ¿eh?

—No, señor.

—Y si el cuerpo se coloca en posición de sentado, erguido, ¿se localizará la lividez «post mortem» entre los hombros o a lo largo de la parte posterior del cuello?

—No, señor.

—¿Encontró usted algunos indicios de lividez «post mortem» en el cuerpo de J. J. Fritch?

—Sí, señor. Una lividez «post mortem» muy bien definida.

—¿Y dónde se hallaba localizada? Quiero pedirle a usted, doctor, que se exprese en lenguaje corriente, evitando en lo posible los términos profesionales.

El doctor Hanover se llevó la mano derecha a la parte posterior de su cuello, entre los hombros, diciendo:

—Había alguna lividez «post mortem» aquí y en dos o tres sitios de la espalda.

—En su calidad de forense y de experto patólogo, doctor, ¿qué era lo que le indicaba esa lividez «post mortem»?

—Que el cuerpo había estado tendido sobre la espalda.

—¿Qué puede decirme acerca del *rigor mortis*?

—Era perceptible en brazos y hombros, pero no se advertía en las piernas.

—Es decir, cuando el cuerpo fue encontrado, ¿no?

—Sí, señor.

—Volvamos a la lividez «post mortem», doctor. ¿Cuándo empieza a manifestarse?

—En general, esa decoloración empieza a hacerse aparente una hora o dos después de producirse la muerte.

—¿Y qué puede usted decirnos, doctor, acerca del avance del *rigor mortis*?

—Se presenta primeramente en la cara y mandíbulas. Se manifiesta, en general, de tres a cinco horas después de la muerte. La rigidez se extiende gradualmente hacia abajo, afectando al cuello, pecho y brazos, abdomen y, finalmente, piernas y pies. Para que afecte a todo el cuerpo es preciso que transcurran de ocho a doce horas después de la muerte.

»Sin embargo, el *rigor mortis* es un factor variable. Depende de las circunstancias, de la temperatura, quizá.

—Guiándose por sus observaciones, en conjunto, doctor, ¿puede usted fijar la hora en que se produjo la muerte de la víctima?

—Sí, señor. Puedo fijarla dentro de un período de tres horas.

—Díganoslas.

—Entre la medianoche y las tres de la madrugada.

—Puede usted interrogar al doctor —dijo Moon a Mason.

—¿Ha fijado usted ese tiempo basándose solamente en la presencia progresiva del *rigor mortis*? —inquirió Mason.

—No, señor.

—¿Lo fijó basándose en la lividez «post mortem»?

—No, no.

—Supongamos que un cadáver ha estado tendido en determinada posición suficientes horas para que se presente la lividez «post mortem». Luego, alguien mueve el cuerpo en cuestión. ¿Cambiaría eso la lividez «post mortem»?

—No. Definitivamente, no. Cuando la sangre se deposita hay una coagulación en los tejidos. Si el cuerpo es movido después de que haya ocurrido tal cosa, seguirá presente la lividez original.

»Un eminente médico señala en un libro suyo sobre el tema que

cuando es hallado un cadáver con la lividez «post mortem» en la superficie superior del cuerpo, el investigador puede estar seguro de que alguien cambió la posición de aquél, en un momento que se fija varias horas después de haber ocurrido la muerte. Repetiré ahora, señor Mason, lo que dije antes: cuando me refiero a la porción superior del cuerpo aludo a la posicional más que a la anatómica.

—Entiendo lo que quiere usted decir —replicó Mason—. Y de sus palabras deduzco que en cuanto a la hora de la muerte no basa sus conclusiones por entero en la lividez «post mortem».

—No, señor. Se trata de un factor. Pero la lividez «post mortem» y el *rigor mortis* son factores indefinidos. Este último presenta muchas variantes, según la época en que se produzca la muerte, sus circunstancias, etcétera. Si una persona fallece tras una lucha o después de realizar ejercicios físicos extremos, el *rigor mortis* puede presentarse muy rápidamente. Yo considero muy arriesgado llegar a una conclusión en cuanto a la hora de la muerte basándose por completo en aquél.

»Se trata, desde luego, de fijar el momento de la muerte dentro de los estrechos límites de una, dos o tres horas. Naturalmente, sobre un período más largo de tiempo, se puede hacer una estimación, y muy aproximada; por ejemplo, un período de seis horas, en el transcurso del cual debe haberse producido la muerte. Después de veinticuatro horas, si son presentes ciertos cambios característicos en el *rigor mortis*, creo en la posibilidad de llegar a una conclusión como para un intervalo de seis horas, dentro del cual debe haberse dado el fallecimiento de la víctima.

—Pero en este caso usted lo fija dentro de un período de tres horas, ¿no?

—Sí, señor.

—Doctor: usted sabe lo que pasa por su mente mejor que nadie, desde luego. Quiero preguntarle si está predispuesto contra la acusada en este caso.

El doctor Hanover frunció el ceño, permaneciendo en actitud reflexiva unos instantes.

—Por supuesto, yo tengo mi opinión sobre la culpabilidad o inocencia de la acusada.

—¿La cree usted culpable?

—Sí.

—¿Es la suya una opinión decidida?

—Lo es.

—¿A causa de las investigaciones que ha realizado?

—Mi opinión se deriva de las investigaciones que yo he realizado y de las de otros, cuyos resultados conozco.

—Por consiguiente, usted abriga ciertos prejuicios contra la acusada.

—No es eso, exactamente. Tengo una opinión sobre la culpabilidad.

—Y como un ciudadano más, le disgusta que una persona culpable de un delito no sea castigada conforme a la ley.

—Exactamente.

—Por consiguiente, por el hecho de creer culpable a la acusada, ansia que sea condenada.

—Así es, supongo.

—De manera que al ofrecer su testimonio usted lo hará de forma tal que la acusada resulte lo más perjudicada posible.

—No, señor. Esa deducción no es enteramente correcta.

—No le estoy hablando de la tendencia al alterar los hechos. Me refiero a la forma de ofrecer su testimonio.

—Sí, señor.

—¿Puedo preguntarle ahora, doctor, qué factores ha tomado en consideración al fijar el momento de la muerte de la víctima dentro del período de tres horas?

—Son dos los factores —repuso el doctor Hanover—. El elemento tiempo implicado, en relación con la ingestión de la comida, que yo, naturalmente, supongo una cena normal, y la temperatura del cuerpo. Considero el factor temperatura un indicio importantísimo.

—Usted no ha mencionado antes tales factores, doctor.

—No me preguntaron por ellos.

—¿No se le pidió que fijase la hora de la muerte?

—Sí. Y la fijé.

—Doctor: ¿sabía usted que no iban a preguntarle nada acerca de esos otros dos factores en el interrogatorio anterior?

—Señoría —medió Moon—. Considero inadecuada la forma de

llevar ese interrogatorio. Se ha procedido equivocadamente con el testigo; se ha hecho mención de cosas carentes de importancia.

—Nada de eso —respondió Mason—. Esto apunta a la cuestión de las predisposiciones del testigo.

—Él ha declarado ya que considera a la acusada culpable. Ahora desea ser convencido —manifestó Moon.

—Exactamente —contestó Mason—. Pero él ha jurado también que sus opiniones no afectarán en nada a la forma de prestar su testimonio. Me propongo ahora probar que éste se ha visto afectado por su manera de declarar.

—¿Qué quiere usted decir exactamente, señor Mason? —preguntó el juez Kaylor.

—Me propongo probar que el doctor Hanover, deliberadamente, se abstuvo de formular comentarios sobre los factores de que se valió para determinar la hora de la muerte. Probablemente, estaba de acuerdo con la acusación, sin otro objeto que el de atraparme en lo relativo a la cuestión tiempo. Pensó que estaría en una posición estratégica mejor al perjudicar la causa de la acusada en este interrogatorio y no en el anterior.

—Se desestima la objeción —decidió el juez Kaylor.

—¿Puede usted contestar a mi pregunta, doctor? —inquirió Mason.

De pronto, el doctor Hanover se sintió incómodo.

—Bien. Desde luego, yo he discutido mi testimonio con las autoridades.

—Al decir «autoridades», ¿se refiere usted al fiscal de distrito?

—Y la policía.

—¿Y al delegado del fiscal de distrito?

—Sí, señor.

—¿Le dijo algo la policía sobre la forma de prestar su testimonio?

El doctor Hanover rechazó el cebo inmediatamente.

—Rotundamente: no. No hicieron nada de eso. No existe nada, en absoluto, que justifique semejante insinuación.

—¿Le dijo algo el delegado del fiscal de distrito?

Bruscamente, el doctor Hanover dio muestras de algún nerviosismo.

—Bueno… Hubo una discusión general sobre lo que cubriría mi testimonio.

—¿No se produjo una discusión específica, acordándose que usted no diría nada en el primer interrogatorio sobre la forma en que fijó la hora de la muerte? ¿No se acordó que usted se limitase a dar una simple opinión, señalando que la muerte se había presentado entre la medianoche y las tres de la madrugada? ¿No se acordó que usted se abstuviera, deliberadamente, de formular razones detalladas, para que luego, al proceder yo a mi interrogatorio, estuviese en condiciones de poder crucificarme?

—No creo que fuese pronunciada esa última palabra.

—Pero su equivalente, sí, ¿verdad?

—Le diré que recibí instrucciones… Bueno, éste no es el vocablo adecuado. No acierto a dar ahora con el vocablo indicado. Se convino que yo me abstendría de referirme a ciertos detalles, hasta que se me preguntase por ellos.

—¿Forzándose así a llevarme de la mano de ellos?

El doctor Hanover sonrió.

—Esa expresión no fue empleada.

—Muy bien. ¿Cuál es la que en realidad se empleó?

Repentinamente, el doctor Hanover miró a un lado y a otro, guardando silencio.

—Señoría —objetó Moon—: yo creo que las palabras exactas carecen de importancia. El doctor Hanover, ciertamente, se ha fijado en el punto a que tan laboriosamente le ha conducido la defensa.

—Quiero conocer las palabras exactas —insistió Mason—. Creo que deben decirse aquí. Estimo que se hallan relacionadas con la actitud de este testigo.

—Se desestima la objeción.

—¿Cuál fue la expresión exacta utilizada?

—Se habló de clavarlo a usted en la cruz —saltó el doctor Hanover.

—Así, pues, cuando usted sonrió con aire de superioridad, diciéndome que la palabra «crucificarme», precisamente, no había sido empleada, pretendía sacar ventaja de un tecnicismo, ¿eh?

—Me opongo a esa pregunta, que estimo argumentativa —dijo

Moon.

—Se aprueba la objeción —decidió el juez Kaylor—. Los hechos hablan por sí mismos.

Mason cambió bruscamente de táctica.

—Usted declaró que el efecto inmediato de las heridas no fue la muerte sino la caída del hombre hacia delante, quedándose indefenso, ¿no?

—Creo que he declarado eso, sí, señor.

—¿Es ésa su opinión?

—Sí, señor.

—¿El cuerpo cayó hacia delante?

—Sí, señor.

—¿Por qué cree que cayó el cuerpo hacia delante y no de espaldas?

—Porque supongo que las cuatro heridas del pecho fueron las primeras y que las otras cuatro fueron infligidas hallándose el hombre tendido de bruces.

—¿Y por qué supone usted eso?

—Pues porque… es… es natural.

—¿Y por qué afirma que es natural?

—Bueno, con franqueza: no hay nada acerca de las heridas que me permita enunciar el orden en que fueron causadas las mismas. Todas fueron causadas en el mismo momento en lo que yo estimaría una rápida secuencia. Pero si el hombre fue herido en el pecho y cayó hacia delante, agresor o agresora le resultaría imposible infligir más heridas en aquella parte del cuerpo de la víctima. El sitio de las otras cuatro, por tanto, sería la espalda.

—A menos —sugirió Mason— que las primeras cuatro heridas hubiesen sido las de la espalda. Habiendo caído sobre ésta, las otras cuatro serían las del pecho.

—Bueno, formúlelo usted así, si es tal su deseo.

—Yo no quiero formularlo de un modo ni de otro —repuso Mason—. Lo único que deseo es señalar que, aparte de sus suposiciones o conjeturas personales, no sabe nada que determine sin temor a error el orden en que las heridas fueron infligidas. En resumen: no sabe cuáles fueron las primeras o las segundas.

—He supuesto que las heridas del pecho fueron las primeras,

pero admito, señor Mason, que me es imposible atestiguarlo.

—Y sin embargo, usted declaró que la lividez «post mortem» indicaba que el cadáver había estado tendido sobre la espalda, ¿eh?

—Bien… Sí. Cuando el cuerpo, finalmente, descansó…

—¿Y la muerte presupone eso?

—¡Oh! Supongo que sí.

—Entonces, usted ha deducido de su examen del cadáver que las primeras cuatro heridas fueron las de la espalda.

—Es posible.

—Le estoy preguntando si merced al examen del cadáver ha llegado usted a tal conclusión.

—Sí, supongo que sí.

—No suponga nada, doctor. ¿Sí o no?

—El examen del cadáver no basta para formular una conclusión radical.

—Así, pues, usted no sabe en qué posición murió la víctima.

—No, señor.

—Pero usted supone que el cuerpo fue movido después de muerto.

—Concretamente, no. No creo que fuera movido.

—En consecuencia, la víctima debía de haber sido atacada por la espalda.

—No pienso discutir con usted ese punto, señor Mason.

—No discuta. Conteste.

—Pues… No, no lo sé.

—¿No sabe usted entonces si el hombre cayó hacia delante?

—No.

—¿Estudió el cadáver enfocando la posibilidad de un envenenamiento?

—Examiné el cadáver indagando la causa de la muerte. Hallé que ésta había sido causada por la serie de heridas de que hablé antes.

—¿Eran suficientes las que vio para ocasionar la muerte de la víctima?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted si hubo otro factor que contribuyó a causar la muerte: un elemento tóxico, por ejemplo?

—No, señor. Sé que las heridas fueron infligidas hallándose el hombre con vida. Sé que el resultado de ellas era la muerte. Por tanto, considero causa de la misma dichas heridas. Desconozco la existencia de otros factores. Sé que las repetidas heridas originaron la muerte del hombre. Se me pidió que dictaminase sobre eso. Se trata del tema de mi testimonio.

—Bien. Usted ha declarado, doctor, que la muerte del hombre se produjo entre la medianoche y las tres de la madrugada del día siete.

—Sí, señor.

—¿Es la suya una determinación precisa?

—Entiéndalo usted bien, señor Mason: yo no puedo decir *exactamente* cuándo se produjo la muerte; yo puedo fijar unos límites dentro de los cuales la muerte puede haberse producido. Estoy facultado para declarar que el fallecimiento de la víctima no ocurrió antes de la medianoche, ni después de las tres de la madrugada del siete. Estimo una probabilidad bastante aproximada la una de la madrugada. Ahora, he de moverme con alguna seguridad y para eso establezco un período de tres horas.

—¿Cómo llega a sus conclusiones?

—Primeramente, tomamos la temperatura del cuerpo, comparándola con cierta información estadística, referente al progreso del enfriamiento.

Mason sonrió.

—Ésa es la fase de su testimonio que usted y la acusación decidieron dejar fuera del primer interrogatorio, ¿verdad?

—Pues… sí.

—Muy bien. Pues abordemos el tema. Hábleme del enfriamiento del cuerpo.

—La temperatura media normal de un cuerpo en el momento de producirse la muerte por un acto de violencia es de unos treinta y siete grados. El cuerpo se enfriará a razón de un grado o grado y medio por hora, dependiendo esto de las circunstancias ambientales… Es decir, durante las primeras doce horas.

—¿Por qué dice usted que en los casos de homicidio?

—Porque en los casos de muerte natural el hombre puede haber estado sufriendo una fiebre muy alta. Todo cambia entonces,

afectando a los cálculos sobre la hora del fallecimiento. De otro lado, cuando un hombre goza, aparentemente, de buena salud en el momento de morir violentamente, nosotros nos basamos siempre en una temperatura de treinta y siete grados.

—Así que usted determinó la hora de la muerte en este caso guiándose por la temperatura del cuerpo, ¿no?

—Primariamente. También tuve en cuenta el progreso del *rigor mortis*, el estado del alimento en el estómago y la aparición de la lividez «post mortem».

—¿Tuvo usted en cuenta el hecho de hallarse el cuerpo desnudo?

—Sí, señor. Tuve en cuenta los diversos elementos que influyen en la temperatura, es decir, la del ambiente y el hecho de que el cadáver no llevase apenas ropas.

—¿No las llevaba el hombre en el momento de morir? —preguntó Mason.

—Supongo que no.

—¿Es ésa una suposición semejante a la que usted hizo acerca de la secuencia de las heridas, doctor, impuesta por lo que, en su opinión, parece lo más natural?

—No, señor. Llevamos a cabo una detenida inspección de las prendas existentes en el armario guardarropa existente en el apartamento ocupado por el difunto.

—¿Es ése el apartamento que queda directamente delante del de George Brogan?

—Sí.

—¿Examinó aquellas prendas con todo cuidado?

—Todas, sí, señor.

—¿Qué buscaba allí?

—Huellas de pinchazos o manchas de sangre.

—¿Las halló?

—No, señor.

—Por consiguiente, ¿está usted dispuesto a afirmar que en el momento de morir J. J. Fritch vagaba por el apartamento de Brogan vestido sólo con su ropa interior?

—No, señor.

—Yo creí que a eso iba a parar su testimonio.

—Yo no puedo declarar que estuviese vagando por allí. Declararía eso, señor Mason, si el cuerpo hubiese estado vestido, y si las ropas le hubiesen sido quitadas poco tiempo después de haberse presentado la muerte. La determinación en cuanto al momento de producirse la muerte habría sido la misma, ya que la media de temperatura no habría cambiado. Me tomo un margen bastante amplio al afirmar que aquélla no se presentó antes de la medianoche ni después de las tres de la madrugada.

—¿Son los suyos tiempos límites absolutos? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Está usted convencido de la imposibilidad de que se presentara la muerte antes de medianoche?

—Sí.

—¿Tampoco pudo presentarse después de las tres de la madrugada?

—Tampoco.

—¿Está decidido a respaldar tales afirmaciones poniendo en juego su reputación?

—Estoy aportando un testimonio.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

Medió Moon:

—Un momento, doctor. Quiero formularle unas preguntas sacadas a colación por el señor Mason durante su interrogatorio. La primera vez que vio usted el cadáver, ¿dónde se encontraba el mismo?

—Estaba tendido sobre el pavimento, en el apartamento de George Brogan.

—¿En qué sitio del apartamento?

—Inmediatamente delante de un armario. He de declarar que la persona que afirmaba haber encontrado el cadáver dijo que éste había estado dentro, que se había derrumbado hacia fuera al ser abierta la puerta.

—Un momento —dijo Mason—. Me opongo a que consten en acta las últimas palabras del doctor Hanover, quien ahora acaba de hablar de oídas.

—Se aprueba la objeción. Esa parte de la declaración del doctor Hanover no constará en acta.

Moon, comprendiendo que su postura era indefendible, aceptó su derrota lo más airosamente posible, preguntando entonces al doctor Hanover.

—¿Es posible, doctor, en su opinión, que el cuerpo hubiese sido colocado en aquel armario, cayendo al ser abierta la puerta?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Si se toman en consideración los diversos factores que he enumerado, tal suposición es completamente imposible.

—¿Por qué?

—Hay que tener en cuenta, en primer lugar, la posición de los brazos. El *rigor mortis* los había fijado fuertemente así. Los codos se hallaban pegados a los costados. Las manos quedaban cerca de la mandíbula. Pero no se veía nada que indujese a pensar que los brazos habían estado atados.

—¿Y qué indica eso, doctor?

—Que el cuerpo no pudo haber sido acomodado en aquel armario, ni en ningún otro, inmediatamente después de la muerte. Las manos y los brazos, en ese caso, habrían bajado y el *rigor mortis* hubiera dejado aquéllos en tal posición. El hecho de que las manos estuviesen levantadas y de que los brazos apareciesen pegados a los costados indica que el cuerpo estuvo tendido sobre la espalda. En mi opinión, únicamente de esa forma pudo el *rigor mortis* fijar las manos en aquella posición.

—¿Existen otras razones?

—Sí, señor la presencia de la lividez «post mortem».

—Gracias, doctor. Eso es todo.

—Un momento —dijo Mason—. Me agradaría hacer unas preguntas más al doctor sobre el tema.

—Muy bien. Adelante —repuso Moon.

—¿Era éste el testimonio de que se ocupó anteriormente con la acusación, doctor?

—Sí, señor.

—¿Habían convenido deslizar aquí el hecho de que la persona que encontró el cuerpo alegó que se había derrumbado desde el armario?

—Bien. Usted lo ha dicho: nos hallamos ante un hecho. Yo

escuché esa declaración.

—¿En el momento en que el cuerpo fue hallado?

—Más adelante. Estuve hablando con la testigo.

—Pero ustedes convinieron hablar de eso durante el interrogatorio, ¿verdad?

—Bien… Yo… yo… señalé que la declaración de la testigo era falsa, evidentemente. El señor Moon me sugirió que de ser posible debía puntualizar eso cuando actuara como testigo.

—¿Y le fue sugerido a usted que hablara de ello si se le deparaba una oportunidad?

—Señoría —dijo Moon—: creo que hemos venido a parar a esto una docena de veces ya. Demos por supuesto que este testigo tiende a favorecer a la acusación.

—Sentada esta suposición —replicó Mason—, no insistiré en obtener una contestación. Quiero, simplemente, que la sala comprenda que todo el testimonio de este hombre se halla matizado por ciertos prejuicios que se inclinan en favor de la acusación.

—Eso no es lo que yo dije —manifestó Moon.

—Pero es lo que yo afirmo —repuso Mason—, y si existe alguna duda sobre el particular continuaré interrogando al testigo, hasta que quede el hecho bien establecido.

—¡Oh! Puede seguir. Continuemos con el caso —repuso Moon, sentándose—. Se trata de un detalle secundario. A mí me tiene sin cuidado.

—¿No sería posible —inquirió Mason— que el cuerpo hubiese sido colocado en el armario, con las manos levantadas, que luego sostendrían la puerta ya cerrada?

—Imposible sostener las manos en tal posición mientras era cerrada la puerta. Se hubiera necesitado cualquier dispositivo que mantuviera las manos atadas arriba —declaró el doctor Hanover—. Y entonces, la lividez «post mortem» no hubiera sido la que nosotros observamos. El cuerpo quedó tendido después de la muerte en la posición, aproximadamente, en que lo encontró la policía.

—¿Examinó usted la alfombra para ver si en ella había algún rastro de sangre?

—¿Enfrente del armario, quiere usted decir?

—Donde yacía el cuerpo.

—Sí, señor.

—¿Encontró alguna huella de sangre?

—No.

—Eso es todo, doctor.

—Un momento —dijo ahora Moon—. ¿Había usted esperado encontrar esas huellas, doctor?

—Necesariamente, no. La hemorragia era pequeña debida al reducido tamaño de los pinchazos. Las heridas se sellaron casi inmediatamente. Había hemorragia interna, pero la externa resultaba casi insignificante. Es muy posible que la ropa interior absorbiera todas las huellas visibles de sangre.

—Gracias. Eso es todo.

—Una pregunta más —medió Mason, sonriendo—. Ustedes llevan a cabo pruebas muy delicadas para descubrir la presencia de sangre, ¿no es así, doctor?

—Sí, señor.

—¿Son pruebas capaces de revelar la existencia de cantidades microscópicas de sangre?

—No son pruebas específicas, pero sirven para revelar la presencia de sangre. Nos muestran diversas cosas, entre ellas la existencia de sangre.

—¿Fue sometida la alfombra en cuestión a esas pruebas?

—No, señor. Nos limitamos a inspeccionar la alfombra, sin que diéramos con señales de sangre.

—¿Por qué no fue sometida la alfombra a las referidas pruebas?

—Con franqueza: no pensamos en ello en aquellos instantes, señor Mason. Se supuso cuando la policía vio por vez primera el cuerpo que la declaración hecha por la testigo era correcta y que el cadáver se había derrumbado desde el armario al ser abierta la puerta. Más adelante, la inspección «post mortem» reveló que tal declaración podía ser falsa. Por entonces, habían pasado ya muchos pies por aquella alfombra, las condiciones no eran las mismas que cuando se produjo el descubrimiento del cadáver. Entonces, el fiscal de distrito estimó que cualquier prueba que pudiéramos conseguir suscitaría muchas objeciones…

—Eso es todo —dijo Mason.

—Eso es todo, doctor —manifestó Moon.

El doctor Hanover abandonó el estrado de los testigos, evidentemente aliviado.

Delbert Moon dijo:

—Solicito que sea requerida la presencia de la señora Erma Lorton, testigo siguiente de la acusación.

La señora Lorton, una mujer alta, angulosa, de ojos hundidos y labios de fino trazo, que denotaban una gran determinación, se encaminó al estrado de los testigos.

Dio su nombre y declaró que sus señas eran las de los apartamentos Mendon.

—¿Es ése el inmueble en que los señores Brogan y Fritch tenían sus apartamentos?

—Sí, señor.

—Quiero atraer su atención sobre las primeras horas de la mañana del día siete, señora Lorton.

Moon, al pronunciar estas palabras, se puso en pie, alisándose la americana, repasando sus cabellos, mirando en torno a él, a todo el auditorio, consciente del hecho de que estaba a punto de hacer explotar una bomba.

—Sí, señor.

—¿Qué estaba usted haciendo alrededor de las doce y media de la madrugada del día siete?

—Me encontraba en mi apartamento.

—¿Qué estaba usted haciendo concretamente?

—Esperando a una persona.

—¿Con qué fin?

—Esperaba la entrada de mi vecina en el apartamento.

—¿A qué vecina se refiere usted?

—A la que ocupaba el apartamento contiguo.

—¿Cuál es su apartamento?

—El 607.

—¿Y qué apartamento ocupaba su vecina?

—El 609.

—¿Quién es su vecina?

—Es una mujer joven.

—¿Son amigas?

—Sí.

—¿Y era de tal carácter la confidencia que usted, naturalmente, tuvo interés en saber la hora a que ella regresaba a casa durante la noche en cuestión?

—Sí.

—¿Y estaba esperando usted allí para ver a qué hora volvía?

—Sí.

—¿Y qué observó usted?

—A las doce y treinta y cinco minutos de la madrugada tenía mi puerta ligeramente entreabierta. Esperando oír el ruido del ascensor.

—¿Lo oyó usted?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Al oír el ascensor y un rumor de pasos creí que se trataba de mi amiga. Quería decirle que me encontraba todavía levantada, por si podía ayudarla en algo.

—¿Y qué más?

—Comprobé que los pasos no se acercaban a mi apartamento y que había una persona delante del ascensor, mirando los números dé los inquilinos.

—¿Puede usted identificar a la persona en cuestión?

—Sí, señor. Era la acusada.

—¿La persona que se halla sentada junto al señor Perry Mason?

—Sí, señor.

—Con la venia de la sala. Voy a pedir a la acusada, Harriet Bain, que se ponga en pie.

—Póngase en pie la acusada —dijo el juez.

Harriet Bain obedeció.

—¿Se refiere usted a esta mujer? —inquirió Moon.

—Sí, señor.

—¿Puede usted decirnos a dónde se encaminó esta mujer?

—Sí, señor. Continué observándola.

—Explique a la sala lo que pasó. ¿A dónde se dirigió?

—Al final del corredor, al apartamento ocupado por Frank Reedy.

—Es decir, el hombre conocido por usted por Frank Reedy.

—Sí, señor.

—¿Conoce usted su nombre real?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su nombre real?

—J. J. Fritch.

—Voy a enseñarle una fotografía de J. J. Fritch difunto y quiero preguntarle si se trata del hombre conocido por usted por Frank Reedy.

—Es él.

—¿Es ésta su fotografía?

—Sí, señor.

—Quiero pedirle, señoría, que queda marcada esta foto a los fines de identificación.

—Así lo ordeno.

—Bien, señora Lorton. Le pregunto ahora, ¿qué es lo que hizo la acusada?

—Oprimió el botón del timbre.

—¿De qué apartamento? ¿Del de Frank Reedy?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—El señor Reedy, es decir, el señor Fritch, abrió la puerta, haciéndola pasar dentro.

—¿La vio usted en el instante de abandonar el apartamento?

—No, señor.

—¿No la vio salir?

—No, señor.

—¿Continuó en su puesto de observación durante cierto período de tiempo?

—Sí, señor.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante diez minutos.

—¿Y qué sucedió luego?

—Abrióse la puerta del ascensor, llegó mi amiga y yo estuve hablando con ella breves minutos. Le dije que me encontraba todavía levantada y que quería que charláramos si no tenía ningún inconveniente. Me notificó que todo había quedado arreglado a su satisfacción y yo me fui a la cama.

—Puede usted interrogar a la testigo —dijo entonces Moon a

Mason.

Mason miró a aquélla, sonriente.

—¿Identificó usted a la acusada sin dificultad?

—Sí, señor.

—¿Goza usted de una vista excepcional?

—Veo muy bien, sí, señor.

—¿Usa usted gafas?

—No, señor.

—¿Nunca?

—A veces, para leer.

—¿Las usa siempre para leer?

—Pues, sí.

—¿Ve usted bien sin gafas?

—Sí, señor.

—¿Pero no puede leer sin ellas?

—No, señor.

—¿Tiene que usar gafas para leer?

—Me son necesarias, sí. Ya se lo he dicho —repuso la testigo, desabridamente.

—Y ahora no las lleva.

—No, señor.

—¿Y pudo usted identificar a la acusada cuando se puso en pie?

—Sí, señor.

—Después del día siete de este mes, ¿ha visto usted ahora por vez primera a la acusada?

—No, señor.

—¿La vio en la cárcel?

—Sí, señor.

—¿En una prueba de identificación?

—No, señor.

—¿Estaba sola?

—Sí, señor.

—¿Se la señaló alguien?

—Sí, señor.

—¿Quién?

—El sargento Holcomb.

—¿Y qué le dijo el sargento Holcomb en aquellos momentos?

—Con la venia de la sala —dijo Moon—. Me opongo a la última pregunta de este interrogatorio.

—Se aprueba la objeción —decidió el juez Kaylor.

—¿Le fue señalada la acusada por alguien?

—Yo la señalé.

—¿Dijo usted que aquella persona era la acusada?

—Sí, señor.

—Pero, ¿quién atrajo primeramente su atención sobre la acusada?

—Bien… Desde luego, la policía quería saber si podía identificarla. Me llevaron a la cárcel para saber si me era posible tal cosa.

En la sala, llena de público, se oyeron unos murmullos.

—Así que la policía le señaló a la acusada y luego señaló usted la misma a la policía, ¿eh?

—Bueno, yo dije que era la persona que había visto.

—¿Fue la única persona que le mostraron a usted?

—Sí, señor.

—Entonces, a usted se le notificó en aquel momento, ¿verdad?, que aquella persona era Harriet Bain, detenida por el asesinato de J. J. Fritch.

—Sí, señor.

—Veamos ahora —dijo Mason—. Puesto que usted se ve obligada a usar gafas para leer, ¿cómo fue que usted pudo identificar la fotografía de J. J. Fritch sin recurrir a aquéllas?

—Podía… podía verla.

—¿Veía usted suficientemente bien para identificarlo?

—Sí, señor.

Mason cogió un libro que había sobre una mesa, entregándoselo a la mujer.

—Lea usted un párrafo, cualquiera, de esta página. Prescinda de las gafas.

Los párpados de la mujer se cerraron casi por completo. Alejó el libro de sus ojos, lo acercó a éstos…

—No puedo leer —declaró por fin—. No acierto a ver el texto con la claridad suficiente para leerlo.

—Tampoco vería con claridad la fotografía.

—Sabía de quién era la foto —repuso la señora Lorton, con un gesto de triunfo.

—¿Y cómo lo sabía usted?

—El señor Moon me dijo que la fotografía que me entregó era de J. J. Fritch.

—Gracias —repuso Mason, sonriendo—. Eso es todo.

Moon, evidentemente enfadado, gritó a la testigo:

—A pesar de no llevar gafas, usted pudo ver suficientemente bien la fotografía, como para afirmar que era la del hombre conocido por Frank Reedy, ¿no es así?

—Señoría —medió Mason—, esas palabras tienden a sugerir algo a la testigo…

—Estoy interrogando a uno de los testigos de la acusación, señoría —objetó Moon.

—Da igual —respondió el juez—. Usted no puede poner sus palabras en boca de la testigo. Es conveniente que dé otra forma a su pregunta.

—Señoría: en estas circunstancias, siempre se hace necesario dirigir la atención del testigo hacia aquella parte especial de una declaración que se desea refutar —manifestó Moon.

—Formule usted su pregunta —dijo Mason—, pero no dé a la testigo las frases hechas.

—No pienso hacer lo que usted vaya diciéndome —replicó Moon.

—Por lo visto, tampoco piensa hacer lo que le diga la sala —contestó Mason—. Ésta se ha pronunciado ya al respecto.

Medió el juez Kaylor.

—Bien, caballeros. Dejen a un lado las alusiones personales. La sala ha decidido estimar la objeción. Formule de nuevo su pregunta, señor Moon.

—¿Vio usted esa fotografía? —inquirió Moon, dirigiéndose a la testigo.

—Sí, señor.

—¿Y la reconoció?

—Sí, señor.

—Eso es todo.

—Un momento —medió Mason—. ¿Cómo la reconoció usted?

—Pues… Pude ver que era una fotografía.

—¿Pudo usted distinguir los rasgos con más claridad que el texto del libro que puse en sus manos?

—Sabía que era la fotografía porque el señor Moon me había dicho que era aquella cuya identificación se me había pedido.

—¿Y estaba usted dispuesta a dar crédito a sus palabras?

—Ciertamente.

—Y de manera similar, cuando los agentes le señalaron a la acusada en este caso, diciéndole que era la persona que había visto en el pasillo de la vivienda, ¿estaba dispuesta también a dar crédito a sus palabras?

—Bueno, la situación no es la misma. Con respecto a ella estoy segura.

—¿No lo está en lo tocante al hombre de la fotografía?

La mujer saltó, irritada:

—Considero digna de crédito la palabra del fiscal de distrito.

—Y en un orden semejante, ¿también la de un sargento de la policía?

—Sí.

—Eso es todo.

—¡Oh! Eso es todo —dijo Moon, indignado—. Nos desentenderemos de esta cuestión ahora, de momento. Solicito la presencia de Frank Haswell.

Frank Haswell era un individuo alto, delgado, de perezosos modales. Se acomodó en el estrado de los testigos como si se hubiese dispuesto a permanecer allí largo rato, deseando sentirse lo más a gusto posible.

Las preguntas preliminares revelaron que era un experto en huellas dactilares, que se había presentado en el apartamento de George Brogan para cumplir con sus cometidos profesionales y que había llevado a cabo, por tal motivo, una detenida inspección de la vivienda. Había localizado muchas huellas digitales en varias partes, sacando las correspondientes fotografías.

Una vez más, Moon se movió con el propósito evidente de atraer sobre su persona la atención del auditorio. Se le veía orgulloso de su aspecto personal, de sus anchos hombros, de sus escurridas caderas, de sus abundantes cabellos, que sombreaban la despejada

frente.

—Entonces, señor Haswell —dijo—, ¿pudo usted identificar algunas de las huellas dactilares que halló en el apartamento?

—Sí, señor.

—¿Halló las huellas digitales de alguna persona que en este instante se encuentra en la sala?

—Sí, señor.

—¿De quién?

Haswell respondió:

—Descubrí las huellas digitales pertenecientes a Perry Mason.

Las risas del público corearon estas palabras, pese a los esfuerzos del alguacil por mantener el orden en la sala. Hasta el juez Kaylor se permitió sonreír levemente.

—¿Dónde encontró esas huellas?

—En tres sitios.

—¿Dónde?

—Debajo del tablero de una mesa, en el cuarto de estar, en la hoja de un cuchillo, en la cocina, y en la parte posterior de un soporte magnético de cuchillos, sobre el fregadero.

—¿Cómo pudo identificar sus huellas?

—Con anterioridad, el señor Mason había registrado sus huellas digitales en el Departamento, con motivo de otro caso por homicidio.

—¿Qué otras huellas localizó?

—Las de Harriet Bain.

—¿La acusada en este caso?

—Sí, señor.

—¿Cómo comprobó éstas?

—Mediante una comparación directa con las huellas de sus dedos.

—¿Dónde encontró sus huellas dactilares?

—Podría ilustrar mejor eso mediante la identificación de una fotografía del cuarto de estar y otra de la habitación en que fue descubierto el cadáver. En esa foto hay ciertos sitios marcados. Son círculos pequeños, blancos. Representan el emplazamiento aproximado de los sitios en que encontré las huellas dactilares de la acusada.

—Quisiéramos ofrecer esa fotografía como prueba. Se la mostraré al defensor y…

—No es necesario —repuso Mason—. Haré constar mi satisfacción por el hecho de que esa fotografía pueda ser recibida como prueba.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Moon.

—¿Solamente encontró usted tres de mis huellas dactilares? —preguntó Mason al testigo, con un gesto de incredulidad.

—Sí, señor.

—¿Por qué no encontró más? Estuve en ese apartamento durante largo rato.

—Bueno, señor Mason, esto de descubrir una huella dactilar se parece a lo de encontrar una presa, cazando, en los bosques. Se mueven por ellos muchos animales, pero puede resultar difícil la localización de uno. Hay que tratar el sitio en que se encuentra la probable huella y obtener ésta dentro de ciertos límites de tiempo.

—¿Cuáles son esos límites?

—Se enfrenta uno con un factor influenciado por una serie de variantes. Influyen el estado del tiempo, el grado de humedad, la naturaleza de la sustancia en que ha quedado impresa la huella. Yo afirmaría en este caso, señor Mason, que las huellas dactilares encontradas debieron ser hechas dentro de un período de setenta y dos horas.

—¿Más no?

—No lo creo, señor Mason. Desde luego, he hecho una estimación aproximada, pero en las presentes circunstancias decidí fijar un período de setenta y dos horas.

—Se deduce entonces de su examen que la acusada estuvo en el apartamento dentro de las setenta y dos horas precedentes al momento en que usted llevó a cabo aquél, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Se deduce, asimismo, que yo estuve allí dentro de las setenta y dos horas anteriores al instante en que usted realizó sus indagaciones, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Encontró usted allí huellas dactilares de Sylvia Atwood, la hermana de la acusada?

—Sí, señor.

—En consecuencia, ella estuvo en el apartamento dentro de las setenta y dos horas anteriores al momento en que fueron reveladas las huellas, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Encontró usted huellas dactilares de J. J. Fritch?

—Sí, señor.

—¿Muchas?

—Unas cuantas.

—Así, pues, él estuvo en el apartamento dentro de las setenta y dos horas anteriores al momento de su examen, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Encontró usted huellas dactilares de George Brogan?

—Naturalmente.

—Por tanto, estuvo en el apartamento dentro de las setenta y dos horas precedentes ¿no?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted ahora la amabilidad de decirnos si encontró huellas dactilares del sargento Holcomb, de la Brigada de Investigación Criminal?

Haswell sonrió.

—Las encontré, sí, señor.

—Así, pues, el sargento Holcomb estuvo en el apartamento dentro de las setenta y dos horas precedentes al momento de su examen, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted la amabilidad de decirnos ahora si observó algo en su inspección que le indicara que el sargento Holcomb había estado en el apartamento *antes de que se cometiera el crimen*?

—No, señor. Yo encontré sus huellas dactilares, tan sólo.

—¿Sabe usted si la acusada estuvo en ese apartamento con anterioridad al momento en que se cometió el crimen?

—No, señor. Yo encontré sus huellas dactilares, sólo.

—¿Sabe usted si yo estuve en el apartamento con anterioridad al momento en que se cometió el crimen?

—Solamente sé que encontré sus huellas dactilares.

—Ateniéndonos a su testimonio —dijo Mason—, y fijémonos

bien en que sólo hablo de él, se puede pensar que la acusada cometió el crimen, que lo cometí yo o que fue obra del sargento Holcomb. Las razones son las mismas en los tres casos, ¿no?

—Bueno, desde luego que… —respondió el testigo—. Yo no puedo…

—Me opongo a esa pregunta —dijo Moon—, por considerarla argumentativa. No encaja en el interrogatorio de la defensa.

El juez Kaylor declaró:

—Por supuesto, resulta algo argumentativa. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la defensa intenta puntualizar la aplicación del elemento tiempo. Creo en consecuencia que debo autorizarla.

—¿Cuál es su respuesta? —preguntó Mason al testigo.

—Mi respuesta es negativa. Yo no puedo decir cuándo fueron producidas esas huellas. Solamente sé que dentro de un período de tiempo, a lo largo del cual esas huellas fueron conservadas, la acusada estuvo en el apartamento.

—¿Y que yo estuve en el apartamento?

—Sí, señor.

—¿Y que también estuvo allí el sargento Holcomb?

—Sí, señor.

—Y de sus investigaciones se deduce que hay tantas razones para creer que el sargento Holcomb estuvo en el apartamento y cometió el crimen como para pensar que la acusada estuvo allí con idéntico objeto, ¿no?

—Bueno, yo sé que el sargento Holcomb estuvo en el apartamento después de haber sido cometido el crimen.

—¿Sabe usted si estuvo en el apartamento antes de que fuese cometido el crimen?

—No, señor.

—¿Sabe usted si la acusada estuvo en el apartamento después de cometerse el crimen?

—Entiendo que… Bueno, un momento… Si he de contestar a esa pregunta con sinceridad diré que no.

—Gracias —repuso Mason—. Eso es todo.

Moon vaciló unos instantes. Parecía ir a formular una pregunta, pero desistió.

—Señoría —dijo luego—: solicito la presencia de George Brogan

una vez más, en esta ocasión para orientar su testimonio hacia una fase enteramente distinta del caso. Trato de establecer la base para la introducción como prueba del carrete de cinta magnetofónica objeto de un examen anterior, carrete que fue hallado por la policía mediante una orden de registro.

Brogan subió de nuevo al estrado. Sus modales indicaban que se enfrentaba con una prueba que distaba mucho de ser agradable.

—Señor Brogan —dijo Moon—: quiero preguntarle a usted si con anterioridad al siete de este mes tuvo ocasión de hablar con Perry Mason.

—Sí, señor.

—¿Dónde tuvo lugar esa conversación?

—En mi apartamento.

—¿Tenía esa conversación algo que ver con la familia Bain?

—Sí, señor. Afectaba a unos derechos de propiedad, importantes a los ojos de cada miembro de la familia, es decir, importantes en potencia.

—¿Tenía esa conversación algo que ver con las actividades del señor J. J. Fritch, el hombre que fue asesinado?

—Sí, señor.

—Descríbanosla. En términos generales. No es necesario que entre en detalles. Queremos conocer el carácter general de la conversación y las negociaciones.

Brogan hizo una profunda inspiración, moviéndose en su asiento una vez más. Vaciló. Seleccionaba mentalmente las palabras.

El juez Kaylor miró a Mason. Después, fijó la vista en Moon.

—¿No se está usted remontando a muchos días atrás?

—No, señoría. Esto tiende a revelar un móvil y constituye la base para la introducción de la prueba de que se habló antes, un carrete de cinta magnetofónica que la policía halló *en poder del señor Perry Mason*.

—¿Alguna objeción que formular? —inquirió el juez Kaylor, mirando a Mason, quien se había recostado en su asiento tranquilamente, jugueteando con un lápiz.

—No —replicó Mason, sonriendo afablemente.

—Muy bien. Adelante, pues —dijo el juez Kaylor—. Le sugiero, sin embargo, la conveniencia de ser lo más breve posible. No estimo

necesario que el testigo entre en demasiados detalles.

—Ya lo ha oído usted —manifestó Moon, dirigiéndose al testigo —. Sea breve. Díganos en términos generales cómo fue la conversación.

Brogan repuso:

—Me enteré de que el señor Fritch estaba implicado en un asunto que había mantenido oculto durante muchos años. Alegaba que había estado relacionado con Ned Bain, el padre de la acusada. De ser cierta la conexión, podía traducirse la misma en una gran pérdida por parte de la familia Bain.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Estimé que mi intervención podía ser muy útil, ofreciendo en consecuencia mis servicios a la familia Bain.

—¿A todos los Bain?

—No. A un representante de la familia Bain.

—¿A quién?

—A la señora Sylvia Atwood.

—¿Se refiere usted a la hermana de la acusada?

—Sí, señor.

—¿Y qué pasó?

—La señora Atwood se puso en contacto con el señor Mason. El señor Mason me habló del asunto y yo puse en claro mi posición, señalando que podía actuar como intermediario. Pero en ese caso, yo quería que quedase bien entendido que representaba a la familia Bain y a nadie más, que por ningún concepto deseaba que se me asociase con el señor Fritch.

—¿Puedo preguntarle por qué adoptó tal actitud?

—Por razones de ética profesional.

—¿Había algo al margen de toda ética en la postura del señor Fritch?

—Yo tenía la impresión de que sí.

—¿Qué es concretamente lo que apreció?

—Con franqueza: me pareció que nos hallábamos ante un chantaje.

—¿Y usted no quería tener nada que ver con una cosa semejante?

—No, por supuesto.

—Pero usted se puso en contacto con la señora Atwood, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y ella, a su vez, contrató los servicios del señor Mason, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien. El eje de esas negociaciones era un carrete de cinta magnetofónica, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿De qué era esa cinta magnetofónica?

—En la cinta había sido grabada una conversación que sostuvieron el señor Fritch y el señor Ned Bain, el padre de la acusada.

—¿Y qué pasó?

—El señor Mason y la señora Atwood se presentaron en mi apartamento. Querían escuchar la conversación grabada en la cinta. Utilicé el correspondiente magnetófono para ello.

—¿Cómo llegó a su poder la cinta?

—Me la entregó el mismo señor Fritch, con ese fin. Pensó que convenía a sus intereses que el señor Mason y la señora Atwood estuviesen familiarizados con los detalles de su reclamación. Sin embargo, cuando supo que, definitivamente, la señora Atwood puso el asunto en manos del señor Mason, comprendió que tendría que recurrir a los últimos extremos para conseguir algún dinero de los Bain. Sabía que se vería obligado a exponer claramente todos los hechos.

—¿Y qué más?

—Aseguré al señor Fritch que aunque no le representaba en ningún aspecto, ofrecía mi reputación como garantía de que nada iba a pasarle a la cinta magnetofónica.

—¿Le pasó algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Fue inutilizada.

—¿Cómo?

—No lo sé. Me gustaría saberlo. Supongo, no obstante, que se produjo alguna forma de polarización radiactiva, originada con algún inteligente subterfugio por el señor Mason.

—¿De qué modo?

El juez Kaylor miró a Mason.

—Entramos ahora, seguramente, en el terreno de las conjeturas, en algo que a mí me parece salirse del caso que estudiamos.

—Con la venia de la sala —repuso Moon—. Se trata de exponer un móvil y de establecer la base para la introducción de este carrete de cinta magnetofónica como prueba.

—Puesto que no hay ninguna objeción —declaró el juez Kaylor —, prosiga. Conteste a la pregunta el testigo.

—No sé cómo hizo eso el señor Mason —continuó diciendo Brogan—. Llevaba encima cierto dispositivo. Me notificó que era una prótesis auditiva. No sé en realidad qué era. Me figuro que sería un mecanismo de polarización, que le permitiría borrar la cinta a medida que se deslizaba por la cabeza reproductora del magnetófono.

—¿Qué pasó luego?

El señor Mason me pidió que pasara la cinta por segunda vez. Al hacerlo, me di cuenta de que no contenía nada. La grabación se había desvanecido.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Dije al señor Mason que, en mi opinión, el magnetófono debía de haberse averiado. Le rogué que me concediera un poco de tiempo para arreglar el aparato.

—¿Por qué declaró que se trataba de algo que iba mal en el magnetófono?

—Simplemente: me estremecía ante la idea de que a la cinta le hubiese pasado algo; me inquietaba mucho tener que enfrentarme con el señor Fritch para reconocer que se habían burlado de mí. Me figuraba que el señor Fritch no aceptaría mis explicaciones, que se encolerizaría.

—¿Pensaba usted en aquellos momentos que aquella cinta era la única grabación existente de la conversación que sostuvieron los dos amigos?

—Sí, señor.

—¿Sucedió algo que le llevó a cambiar de opinión?

—Sí, señor.

—¿Qué fue?

—Me vi obligado a decir al señor Fritch lo que había ocurrido. Entonces me enteré de que la cinta que tenía en mi poder, que yo suponía el original, porque el señor Fritch así me lo había asegurado repetidas veces, era una copia de otra grabación.

—¿Y dónde estaba esa grabación?

—En poder del señor Fritch.

—¿Y qué le dijo él acerca de eso?

Brogan dijo:

—Fritch me informó que ya había pensado él que podía pasarle algo a la grabación original que guardaba, por lo cual optó por cederme una copia, para que la señora Atwood tuviese una idea exacta de la situación. Añadió que me facilitaría otra copia de la conversación sostenida por el señor Fritch y el señor Bain.

—¿Cómo reaccionó usted ante esto?

—Me sentí molesto, ya que había asegurado al señor Mason y a la señora Atwood que la cinta que yo poseía era la original, y que no existía otra, según me había comunicado insistentemente su dueño.

—¿Le dijo el señor Fritch que tenía otra cinta?

—Sí, señor.

—¿Tuvo ocasión de verla?

—Sí, señor.

—¿Había en ella algo especial, que la caracterizara?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—La cinta en cuestión presentaba numerosos empalmes, es decir, indicaciones de que habían sido unidos diversos trozos sueltos.

—¿Hizo el señor Fritch otra copia o duplicado del original?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo usted?

—Me encontraba muy preocupado. Me daba cuenta de haber sido colocado en una posición muy delicada.

—¿En qué aspecto?

—Si los representantes de la familia Bain llegaban a un acuerdo con el señor Fritch para procurarse la copia de la cinta, siempre quedaría el original como amenaza constante.

—Deduzco de sus palabras que en esa grabación había algo que la familia Bain, a su juicio, no querría que se divulgase.

—Sí, señor.

—¿Y sabe usted, merced a sus observaciones, que el señor Fritch poseía el original de la cinta, al que usted se ha referido como el ejemplar de los empalmes?

—Sí, señor.

—¿Dónde fue eso?

—En su apartamento.

—¿En qué sitio de su apartamento guardaba la cinta?

—Lo ignoro. Fue por ella y me la enseñó. También me mostró un magnetófono que podía utilizar para hacer copias.

—Veamos. ¿Usted estaba citado con el señor Mason para las nueve de la mañana del día siete?

—Sí, señor.

—¿Y con la señora Atwood?

—Sí, señor.

—¿Estaba usted en su apartamento a las nueve?

—A las nueve, no; no, señor.

—¿Tiene usted la amabilidad de explicar a la sala lo que hizo?

—Yo tenía mucho interés en descubrir las reacciones del señor Mason para, sin haber llegado a poner las manos siquiera en el carrete, lograr borrar completamente la grabación.

—Así pues, ¿qué hizo usted?

—Estaba comprometido con unos amigos para jugar con ellos una partida de poker. Deliberadamente, empecé por planear una estancia en su compañía por toda la noche, llegando luego con cinco o diez minutos de retraso a mi apartamento.

—¿Por qué procedió así?

—Quería averiguar qué era lo que el señor Mason y la señora Atwood decían acerca de aquella cinta; quería saber cuáles eran sus reacciones; deseaba descubrir cuánto en realidad pensaban verdaderamente sobre tal asunto.

—¿Qué hizo luego?

—Había planeado ausentarme de mi apartamento. No cerré la puerta del mismo con llave. Metí una nota dirigida al señor Mason en un sobre, que cogí a la puerta con una chincheta. En la nota le

comunicaba que estaba jugando una partida de poker con unos amigos, añadiendo que podía ser que me retrasara, en cuyo caso podía a su vez entrar en el apartamento, esperándome allí.

—¿Qué más hizo?

—Instalé convenientemente un magnetófono al que conecté un micrófono bien oculto.

—¿Dónde?

—Lo coloqué de manera que pudiera quedar grabada cualquier conversación sostenida ante la puerta del apartamento o dentro de éste.

—¿Y dispuso usted lo necesario para que ese micrófono surtiera el efecto deseado?

—Sí, señor.

—¿Cómo? ¿En qué forma?

—Valiéndome de un reloj eléctrico.

—¿Puede usted explicar esto con más detalle?

—Desde luego. Comenzaré por decir que existen relojes que están accionados por la energía eléctrica. Son muy exactos. Puede ser adicionado a un reloj de ésos un dispositivo similar a un mecanismo de alarma. Al llegar a cierto momento, empieza a pasar una corriente eléctrica que acciona el aparato que se desee. Puse el reloj a las ocho y cincuenta minutos, de suerte que a las nueve menos diez el reloj pondría en marcha el magnetófono… Puse en el aparato un carrete de treinta minutos de duración. Dejé el montante abierto. El micrófono quedaba en el techo de la habitación, colocado hábilmente, por la parte de dentro de aquél.

—¿Hasta qué hora había de seguir funcionando aquel dispositivo?

—Hasta las nueve y veinte minutos. Se pondría en marcha a las ocho y cincuenta minutos. Ya he dicho que era un carrete de treinta minutos de duración. Yo esperaba presentarme allí antes de las nueve y veinte. Mis visitantes dispondrían de cinco o diez minutos para hablar a solas y luego aparecería yo.

—Su ausencia, pues, fue deliberada, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Se presentó usted allí luego?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Alrededor de las nueve y cinco minutos.

—¿Y encontró allí al señor Mason?

—Encontré allí al señor Mason, a la señora Atwood y a la secretaria del señor Mason… Creo que se llama Della Street.

—¿Entró usted en el apartamento?

—Sí, señor.

—¿Y qué pasó?

—Fue entonces cuando descubrí el cadáver de J. J. Fritch.

—Posteriormente, ¿escuchó usted la grabación de su cinta para enterarse de la conversación que habían sostenido allí los presentes?

—Sí, señor.

—¿Había algo en esa grabación referente a un anterior descubrimiento del cadáver de J. J. Fritch?

—Sí, señor.

—¿Hizo comentarios el señor Mason en relación con tal descubrimiento?

—Sí, señor.

—¿Formuló consejos?

—Sí, señor.

—¿Dijo algo el señor Mason sobre la búsqueda de un carrete de cinta magnetofónica original que él creía en poder del señor Fritch?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted esa cinta aquí?

—Sí, señor.

—¿Es posible reconocer las voces?

—Sí, señor.

—Con la venia de la sala —dijo Moon—. Deseo presentar ahora la cinta magnetofónica. Dispongo aquí de un aparato. Creo que a la sala habría de parecerle interesante escuchar la grabación.

—¿Algo que objetar? —preguntó el juez Kaylor.

—Son muchas las objeciones que se me ocurren —respondió Mason—. Eso no tiene nada que ver con el crimen. No afecta a la acusada en ningún aspecto. Hattie Bain no se hallaba presente en aquel momento. Así pues, ella no oyó lo que se dijo.

—Su abogado estaba allí —señaló Moon.

—Por entonces, yo no era su abogado —puntualizó Mason—.

Usted no puede relacionarla con nada de lo que yo haya dicho con anterioridad al momento de contratar ella mis servicios. De otro modo, también podría remontarse a diez años atrás, aludiendo a cualquier manifestación mía.

—Creo que estoy facultado para aportar esto como prueba. Es muy significativo —declaró Moon.

—Podría usted proceder así en ciertas circunstancias —repuso Mason—. Tendría que preguntar a una de las personas presentes si determinada conversación tuvo lugar. Si la persona en cuestión admitía aquélla, en eso quedaría todo. Su cinta magnetofónica no puede ser introducida como prueba. Si la persona formulaba una respuesta negativa, usted presentaría la cinta para poner en tela de juicio su declaración, *siempre y cuando* pudiese demostrar que el reloj funcionó correctamente, que la cinta cubrió el período del tiempo comprendido entre las ocho y cincuenta minutos y las nueve y veinte, que una de las voces era identificable por alguien como perteneciente a la persona de que se tratara. Incluso entonces, la cinta representaría solamente una refutación de ciertas circunstancias y no de un hecho.

—Eso es lo que especifica la ley —indicó el juez Kaylor.

—Con la venia de la sala —dijo Moon, irritado—. Espero demostrar con la cinta que el señor Mason, sabiendo que J. J. Fritch estaba muerto, procedió a invadir ilegalmente el apartamento del difunto *con el deliberado propósito de entregarse a la búsqueda de la cinta magnetofónica de los empalmes*.

—Quiere usted decir, por consiguiente, que yo asesiné a Fritch, ¿no? —inquirió Mason.

—En último término puede usted figurar en este asunto como cómplice —saltó Moon.

—¿Qué cinta magnetofónica quiere usted presentar? —preguntó el juez Kaylor.

—La que fue grabada con lo hablado delante del apartamento de Brogan, referente al descubrimiento del cadáver y a la declaración de Mason sobre su propósito de iniciar un registro ilegal.

—La objeción formulada se aprueba —determinó el juez Kaylor —. Ninguno de los participantes en esa conversación está siendo juzgado en el presente caso. Además, no se alega que la

conversación tuviese lugar delante de la acusada.

—También quiero presentar la cinta magnetofónica de que Brogan ha hablado, considerándola como el original de Fritch.

—Tendrá primero que fijar un fundamento para proceder así.

—Creo haberlo hecho ya, señoría.

—Este testigo ha declarado, simplemente, que había una cinta magnetofónica. No la ha identificado.

—Si la sala accede a escuchar la grabación se convencerá de que la cinta contiene una prueba de su autenticidad. Se garantiza a sí misma.

El juez Kaylor movió la cabeza.

—Tendrá que identificarla algún testigo.

—Brogan puede declarar que esa cinta es similar, en su aspecto, a la de Fritch.

—Fíjense en lo que todos vemos desde esa ventana —dijo Mason —. En la zona de aparcamiento de vehículos verán un millar de automóviles. Todos son «similares en su aspecto exterior». Hallarán algunos que son modelos idénticos. A la hora de identificarlos es preciso examinar las características individuales y no las generales del grupo.

—¡No es necesario que me diga cómo debo actuar en una sala de justicia! —exclamó Moon, enojado.

—Alguien lo hará por mí —replicó Mason, sentándose.

Medió el juez Kaylor:

—La sala no está dispuesta a tolerar esos intercambios sarcásticos entre la acusación y la defensa.

—La mía ha sido una réplica en el tono empleado por la acusación —alegó Mason.

—No quiero que se imiten mutuamente el tono con que pronuncian sus palabras. Bien, caballeros. He estado escuchando pacientemente esta fase del testimonio. Creo que alguien tendrá que identificar esa cinta magnetofónica para que sea introducida como prueba. Sugiero que abandonemos esta cuestión de momento.

—Eso es todo por ahora, señor Brogan —dijo Moon—. Volveré a requerir su presencia aquí más adelante.

Brogan se puso en pie para abandonar el estrado.

Mason se adelantó.

—Quisiera interrogar al testigo.

—Adelante, señor Mason —dijo el juez Kaylor.

Perry Mason se plantó delante del estrado de los testigos, esperando a que Brogan le mirara.

Brogan levantó la vista rápidamente, tropezando con unos ojos de dura expresión. Eran los de Mason en aquellos instantes unos rasgos que parecían haber sido labrados en una masa de granito. Apresuradamente, el testigo miró a otro lado.

El silencio se hizo muy significativo.

—Prosiga —ordenó el juez Kaylor.

—¿Usted sabía que Fritch había asaltado un banco?

—Me figuré que era posible…

—¿Le conoció usted en la época del asalto al banco?

—Creo que lo conocía por entonces, sí.

—¿Usted sabía qué exigía Fritch a cambio de su silencio sobre los detalles del referido asalto?

—Supe que quería una importante suma de dinero.

—¿Estaba usted dispuesto a actuar como intermediario, a negociar el pago de esa suma?

—No, en el sentido implicado por su pregunta.

—¿Cómo, entonces?

—Estaba dispuesto a hacer lo que pudiera para ayudar al señor Bain…, a la familia Bain.

—¿Conocía usted a los Bain?

—Personalmente, no.

—¿Por qué se mostraba usted tan bien dispuesto a ayudarles?

—Porque pensé que estaban siendo… Bien. Creí que necesitaban…

—Iba a decir usted que había pensado que estaban siendo víctimas de un chantaje, ¿no es así?

—Sí.

—¿Estaban siendo víctimas del tal chantaje?

—Bueno, eso depende… Tratábase de una situación muy peculiar…

—¿Y estaba usted dispuesto a participar en ese chantaje?

—No, señor.

—¿Estaba usted dispuesto a recoger el dinero de sus manos, para

entregárselo a Fritch?

—Bien. Ésa es una declaración incompleta. Se excluyen mis móviles, los cuales, a mi juicio, eran laudables.

—Limítese a contestar a mi pregunta. ¿Estaba usted dispuesto a recoger el dinero de las manos de los Bain para entregárselo a Fritch?

—Pues sí, ya que lo quiere usted de este modo.

—¿En una posición de chantaje?

—Pensé, sí, que llegaba a eso.

—Usted supo que Fritch se hallaba en condiciones de facilitar cierta información al banco, gracias a lo cual se tendría la impresión de que el dinero había sido robado allí, siendo utilizado por el señor Bain en la adquisición de algunas propiedades que merced al petróleo se revalorizaron. Afirmábase que el señor Bain había utilizado el dinero sabiendo que procedía del botín de los ladrones. ¿Es esto correcto?

—Sustancialmente correcto.

—Durante la noche, cuando fue cometido el crimen, usted no se encontraba en el apartamento, ¿verdad?

—En efecto, no estaba allí.

—¿Estaba usted muy relacionado con el señor Fritch?

—Yo colaboraba en cierto modo con él. El señor Fritch quería obtener un dinero y pensó que me hallaba en condiciones de poder proporcionárselo.

—¿Usted intentó eso?

—Estaba intentando arreglar ese asunto.

—Eso quiere decir que se esforzaba por obtener de la familia Bain una cantidad de dinero suficiente para comprar el silencio del señor J. J. Fritch, ¿no?

—Bien… Quería arreglar ese asunto.

—¿Ocupaba Fritch un apartamento situado delante del suyo?

—Sí, señor.

—¿Quién le procuró el apartamento?

—Yo.

—Fritch anticipó que se pondría fuera de la circulación, por así decirlo, durante un período de tiempo bastante considerable, ¿no?

—No puedo decir cuáles eran los propósitos de Fritch.

—¿No se lo comunicó él así?

El testigo vaciló.

—Creo que en cierto momento dijo algo parecido a eso.

—¿Visitaba usted el apartamento de Fritch de cuando en cuando?

—Sí, señor.

—¿Y él entraba en el suyo?

—Sí, señor.

—¿Tenía una llave de su apartamento?

—Pues…

—¿La tenía o no?

—Bien. Sí. La tenía.

—¿Poseía usted una llave del suyo?

—Me pidió que…

—¿Poseía usted una llave del suyo?

—Sí, señor.

—¿Visitaba usted aquel apartamento de cuando en cuando?

—Sí, señor.

—¿Estaba usted al tanto de los preparativos que había llevado a cabo para ocultarse en el caso de que le resultase necesario?

—¿Qué quiere usted decirme con eso?

—Concretamente, ¿sabía usted que había adquirido un congelador muy grande, que se había hecho con muchas provisiones, para no necesitar comprar nada fuera, para que no se le viera nunca en público, en la calle, ni siquiera en el ascensor?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted cuánto le costó el congelador?

—Alrededor de setecientos dólares, creo.

—¿Estaba lleno de provisiones que también costaron una buena suma de dinero?

—Creo que sí.

—¿Costaron más de cien dólares?

—Creo que sí.

—¿Más de doscientos dólares?

—Creo que costaron trescientos o trescientos veinticinco dólares.

—¿Quién puso el dinero para eso?

Brogan se agitó en su asiento.

—Desde luego, yo me hallaba en una posición especial y…

—¿Aportó usted el dinero necesario para la compra del congelador y de los artículos alimenticios que contenía?

—Presté al señor Fritch cierta cantidad de dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Dos mil dólares.

—¿Sabía usted que ese dinero, o buena parte de él, era para costear el traslado del señor Fritch a aquel apartamento, la instalación del televisor y la compra del congelador con los alimentos que contenía?

—Supongo que sí. Sí, señor.

—En esos momentos, hay que reconocerlo, su ética profesional se divorciaba de lo que había a su alrededor, pues en realidad estaba financiando las actividades de J. J. Fritch como chantajista. ¿No es así?

—Yo no lo miro así.

—¿No equipó usted en debida forma a Fritch?

—Yo no lo veo de ese modo.

—Pues yo sí —repuso Mason.

—Usted es muy dueño de aferrarse a sus opiniones —contestó ahora Brogan—. Yo tengo las mías.

—Veamos. Deliberadamente, la noche del crimen usted se alejó del apartamento, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Estuvo jugando al póquer?

—Sí, señor.

—¿Puede usted probar que no se separó un momento de la mesa de juego?

—Estuve en todo instante sentado allí hasta las ocho y veinte, aproximadamente.

—¿Dónde estuvo después de las ocho y veinte?

—Me fui a desayunar. Con franqueza: no sé en qué restaurante lo hice. Fue el primero que vi mientras conducía a lo largo de una calle. Estaba abierto y me detuve allí. No había nadie. Una camarera aparentemente desocupada me sirvió en seguida una taza de café…

—¿Se había usted comprometido a jugar con sus amigos al

póquer toda la noche del día seis y la mañana del siete, hasta las ocho y veinte?

—Sí, señor.

—¿Cuántas personas había allí?

—Las siete personas que figuraron en la partida podrán atestiguar que estuve con ellas toda la noche.

—¿Organizó usted esa partida de póquer deliberadamente?

—No, señor. Bueno, quizá tuve algo que ver con su organización.

—Buscaba usted una excusa, ¿no?, una excusa justificada para ausentarse del apartamento. Así podría dejar una nota en la puerta, utilizando su magnetófono para averiguar lo que la señora Atwood y yo hablábamos…

—Es posible. Varios podían ser los motivos que me impulsaran a proceder así.

—Pero ése fue uno de ellos, ¿eh?

—Sí.

—Ante todo, usted deseaba saber si nosotros estábamos dispuestos a pagar la cantidad fijada por la cinta magnetofónica.

—Ante todo, me interesaba descubrir de qué medios se había valido usted para borrar la grabación sin acercarse siquiera a la cinta.

—Pero usted, deliberadamente, estuvo ausente durante el período de tiempo en que fue cometido el crimen.

—Sí, señor… Un momento, un momento… No he querido decir eso.

—Entonces, ¿por qué lo ha dicho?

—Lo dijo usted. Me puso las palabras en los labios.

—Se proporcionó una coartada, ¿no?

—Me hice de una coartada perfecta, señor Mason. Haga lo que haga, no conseguirá usted implicarme en el crimen.

—¿Por qué hace usted tal afirmación?

—Porque el crimen fue cometido hallándome yo en compañía de siete testigos.

—Abandonó usted la partida para procurarse algún dinero, ¿no es así?

—Ciertamente.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Alrededor de las cinco de la madrugada. Me ausenté durante veinte minutos, tan sólo.

—¿A dónde fue usted?

—A ver a un amigo.

—¿A qué amigo?

—No quiero decirlo.

—¿Por qué?

—No quiero que se violente.

—¿Qué hizo usted?

—Conseguí que me prestara mil quinientos dólares.

—¿A qué hora sucedió eso?

—A las cinco de la mañana, señor Mason —replicó Brogan, enfadado—. Dos horas después del tiempo límite fijado por el médico forense como hora probable de la muerte de J. J. Fritch.

—¿A qué distancia quedaba su apartamento del sitio en que se celebraba la partida de póquer?

—Aproximadamente… ¡Oh! No lo sé. A unas cinco manzanas de distancia.

—Pudo usted presentarse allí en cinco minutos, ¿no?

—Supongo que sí. Siempre y cuando el tráfico hubiese sido fluido.

—A las cinco de la mañana poco sería el tráfico callejero, ¿verdad?

—En efecto —respondió Brogan, sarcástico—. Pude haber llegado a mi apartamento a las cinco de la mañana… y cinco minutos. Pude haber estado allí hasta las cinco y cuarto. Pude haberme reunido de nuevo con mis amigos a las cinco y veinte. ¿Quiere usted explicarme, señor Mason, cómo podía arreglármelas para perpetrar un crimen que fue cometido entre la medianoche y las tres de la madrugada dejando la mesa de póquer a las cinco? Nunca me ha sido posible lograr que el reloj anduviera al revés.

Medió el juez Kaylor, algo irritado:

—El testigo habrá de abstenerse de formular preguntas a la defensa; el testigo se abstendrá también de adoptar una actitud retadora; el testigo habrá de limitarse a contestar a las preguntas que se le hagan con la mayor veracidad.

Mason dijo:

—He de manifestar, señoría, que agradezco mucho la pregunta que se me acaba de hacer. Y quisiera contestarla.

El juez Kaylor miró a Mason como si no hubiese podido dar crédito a sus oídos.

—En realidad —declaró Mason—, la solución es muy sencilla. Todo lo que él tenía que hacer era subir a su coche y trasladarse al apartamento, apuñalar a J. J. Fritch con el punzón del hielo, sacar todos los alimentos que contenía el congelador y colocar dentro del mismo el cadáver, tendido sobre su espalda, con las piernas y los brazos doblados, cerrar la tapa a continuación y reunirse de nuevo con sus amigos, para estar con ellos hasta las ocho y veinte. Seguidamente, se trasladaría al apartamento en el menor tiempo posible, sacaría a Fritch del congelador, colocando de nuevo en él todos los alimentos extraídos anteriormente, daría una vuelta por los alrededores del inmueble y esperaría hasta las nueve; entonces, subiría a toda prisa a su apartamento, alegando que se había entretenido desayunando. Estos hechos cubrirían determinados detalles conocidos de este caso. El forense, en lo relativo a la temperatura del cadáver, habría sido desorientado, declarando convencido que la muerte de la víctima se había producido a la una de la madrugada cuando tuvo lugar cuatro horas después.

Mason dio la vuelta, acomodándose, sin más, en su sillón. Recostóse en el mismo, sonriente.

El juez Kaylor se inclinó hacia delante, mirando primero a Mason y luego a Moon.

—¡Eso es mentira! —chilló George Brogan—. ¡No hice nada de lo que acaba de decir el señor Mason!

—Nos oponemos a la declaración de la defensa —gritó Moon dirigiéndose al juez—. No puede aportar pruebas. Lo que ha dicho no tiene ni el menor sentido común siquiera.

—Dígame en qué punto de mi declaración falla la lógica —indicó Mason.

Hubo un murmullo entre el público que llenaba la sala. El alguacil tardó varios segundos en imponer de nuevo silencio.

—¿Tiene usted pruebas que respalden esta sorprendente acusación, señor Mason?

—No se trata de una acusación —repuso aquél—. El testigo, simplemente, me hizo una pregunta. Me desafió a que le mostrara cómo podía haber cometido el crimen y yo acepté el reto explicándoselo.

—El crimen no pudo ser cometido de ese modo —aseguró Moon.

—¿Por qué no?

—Con la treta referida por el señor Mason, el forense no hubiese podido ser engañado.

—Requiera su presencia de nuevo en el estrado y formúlele la pregunta —repuso Mason, muy seguro de sí mismo.

Hubo una embarazosa pausa.

—¿Va a seguir siendo interrogado este testigo? —inquirió el juez Kaylor.

—Quiero hacerle un par de preguntas todavía —le dijo Mason.

—Muy bien. Prosiga, entonces —ordenó el juez Kaylor, quien parecía preocupado.

—¿Usted sabía que Fritch había asaltado un banco varios años atrás? —preguntó Mason al testigo.

—Sabía que se le suponía autor del asalto a un banco.

—¿Sabía usted que el botín ascendía a doscientos mil dólares?

—Sí.

—¿Actuó solo Fritch en ese asalto?

—Lo ignoro.

—¿Sabía usted que, de acuerdo con las informaciones publicadas por la prensa, no estuvo solo?

—Eso tengo entendido. Tuvo un colaborador, dos, quizá. No lo sé.

Mason dijo con mucha naturalidad, con tanta naturalidad que los presentes no calibraron la gran trascendencia de su pregunta:

—¿Fue usted, señor Brogan, uno de los hombres que participaron en ese asalto?

Brogan comenzó a incorporarse. De pronto, se dejó caer en el asiento que ocupaba.

Se produjo un gran silencio en la sala.

—Con la venia de la sala —manifestó Moon—. Considero esa pregunta insultante. Carece de fundamento. Viene a ser un disparo en la oscuridad. La pregunta ha sido formulada con el único

propósito de intimidar al testigo y humillarlo.

—Dejémosle que conteste entonces —propuso Mason—. Dejemos que declare bajo juramento que no formó parte del «gang» autor del asalto.

Otra pausa…

—Me opongo a la pregunta —dijo Moon—. Es…

—Queda desestimada la objeción —decidió el juez Kaylor. Éste miró fijamente al testigo, cada vez más nervioso.

—¿Oyó usted esa pregunta? —le preguntó.

—Sí, señor.

—Contéstela.

Brogan cambió de postura, fijando la vista en el techo.

—Creo que no quiero contestarla.

—Esta sala le ordena que la conteste.

Brogan movió la cabeza.

—No voy a contestarla.

—¿Fundándose en qué su decisión? —inquirió Mason, sonriente.

—Fundándome en que la contestación puede incriminarme.

Mason obsequió con una sonrisa a Moon, volviéndose luego hasta Brogan.

—Durante la partida de póquer usted fue perdiendo dinero, ¿no es así, señor Brogan?

—He dicho ya que sí.

—Y a las cinco de la mañana salió en busca de más, ¿eh?

—Sí, señor.

—Y regresó con una suma importante encima, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y no puede decirnos dónde se procuró ese dinero?

—Le dije que me lo prestó un amigo.

—¿Y se niega usted a decirnos el nombre de ese amigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Basándome en que… Creo que no debo hacerlo.

—Señoría —medió Moon—, estimo el interrogatorio de la defensa inadecuado, centrado en detalles carentes de importancia…

Mason sonrió una vez más, diciendo al juez Kaylor:

—Ordénele que conteste a esa pregunta y verá cómo se niega,

basándose en que su respuesta puede incriminarle.

—¡Protesto! —exclamó Moon—. Considero el interrogatorio de la defensa inadecuado.

El juez Kaylor, mirando atentamente al testigo, manifestó:

—Se desestima la protesta. Conteste a la pregunta, testigo.

Brogan sacudió obstinadamente la cabeza.

—¿Va usted a contestar a mi pregunta? —inquirió Mason.

—No, señor.

—¿Por qué?

—Basándome en lo que usted señaló, señor Mason: en que la respuesta puede incriminarme.

—Usted pidió el dinero a un amigo suyo, a un amigo íntimo, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Le unía con él una amistad muy estrecha?

—Sí, señor.

—¿Era el mejor de sus amigos?

—Quizá.

—En otras palabras: usted sacó ese dinero de su bolsillo. Usted era *su* amigo. Usted se separó de sus amigos, trasladándose a su apartamento para sacar el dinero de su caja fuerte. ¿Era así?

Brogan se frotó las manos.

—Conteste a la pregunta —ordenó el juez Kaylor, secamente.

Brogan miró al juez, suplicante.

—Usted podrá apreciar, señoría, que el señor Mason quiere colocarme en una posición difícil, pretendiendo presentarme como el autor del crimen pase lo que pase. No puedo defenderme.

—Puede usted contestar a las preguntas que se le hacen —dijo el juez Kaylor—. Si se trasladó a su apartamento para sacar de allí el dinero puede contestar que así fue.

—Me niego a contestar.

—¿En qué se basa su negativa?

—En que mi respuesta podría incriminarme.

Mason sonrió.

—Eso es todo —dijo—. Ya no hay más preguntas. Eso es todo, señor Brogan.

—Señor Brogan: puede usted abandonar el estrado —manifestó

Moon.

El rostro de Moon se veía muy sonrojado. Se hallaba dominado por la ira.

—Con la venia de la sala —dijo—. Las insinuaciones no constituyen ninguna prueba. Las sugerencias no pueden tener jamás el peso de la evidencia.

»Sé, sin embargo, por qué han sido formuladas. También la sala lo sabe. Intento impedir que ciertas informaciones amañadas sean recogidas en las columnas de la prensa. Voy a requerir la presencia del doctor Hanover para que acabe con todos los posibles rumores inmediatamente.

—Muy bien. Llame usted al doctor —dijo Mason.

Éste hizo una seña a Della Street, quien se hallaba sentada, al fondo de la sala.

Della abandonó ésta, regresando unos momentos después, cargada de libros. Los colocó en la mesa de la defensa, delante de Mason. Volvió a salir de la sala y regresó de nuevo con más libros.

El doctor Hanover, al subir al estrado de los testigos, fijó la mirada por unos instantes en los libros que Mason tenía enfrente. El abogado los había dispuesto de manera que fuesen bien visibles los títulos estampados en sus lomos.

—Quiero hacerle una pregunta, doctor: ¿Existe la posibilidad de que J. J. Fritch hubiese sido asesinado a las cinco de la mañana, siendo luego colocado el cadáver durante dos o tres horas en un congelador, por ejemplo, induciéndole a usted a fijar la hora de la muerte entre la medianoche y las tres de la madrugada?

—Un momento —dijo Mason—. Antes de que conteste a esa pregunta, doctor, quiero someterle a un interrogatorio relacionado con sus calificaciones profesionales.

—Creo haberlas mostrado ya —alegó Moon.

—Muy bien —decidió el juez Kaylor, dirigiéndose a Mason—. Está usted en su derecho.

Mason cogió uno de los libros de la mesa.

—¿Ha oído usted hablar de un libro titulado *Homicide Investigation*, del doctor LeMoyne Snyder?

—Sí, señor.

—¿Cómo es considerado por los expertos el libro en cuestión?

—Es excelente.

—¿Es autoridad en el campo de la medicina forense?

—Lo es.

—¿Ha oído usted hablar de la obra del profesor Glaister titulada *Forensic Medicine and Toxicology*?

—Sí, claro.

—¿Goza de buena reputación?

—Es una obra excelente.

—¿Es un hito en el campo de la medicina forense?

—Lo es.

Mason empezó a abrir libro tras libro, por las páginas que previamente había señalado mediante cartulinas sobresalientes. El doctor Hanover no le perdió de vista un instante mientras colocaba los libros uno encima de otro, hasta formar una columna imponente.

—Ahora —declaró Mason—, voy a ocuparme de la pregunta formulada por la acusación en el sentido de que no ha sido establecida una base sólida, de que se ha hablado de hechos no probados, de que faltan algunos.

—¿Qué hechos se han omitido? —inquirió Moon, en tono retador.

—Hay uno muy importante. El doctor Hanover basó su testimonio, parcialmente, en el estado de los alimentos contenidos por el estómago de la víctima y en las condiciones en que se encontraba la comida que *suponía* que había ingerido a la hora habitual.

»Voy a señalar que el doctor Hanover no dispone de medios para saber cuándo fue ingerida la comida, dependiendo por tanto su testimonio, enteramente, de la temperatura del cuerpo.

»Quiero puntualizar también que la señora Lorton, su testigo, declaró concretamente que cuando la acusada visitó el apartamento de J. J. Fritch, a quien ella conocía como Frank Reedy, aquél le abrió la puerta, haciéndola pasar. Ella no dijo «un hombre». Dijo que Fritch le había abierto la puerta, en persona, haciéndola pasar.

»Hay que pensar que entonces Fritch se encontraba vestido. Si la testigo Lorton lo vio con claridad suficiente para saber que fue él quien hizo que la acusada pasara al apartamento, se habría dado

cuenta de si el señor Fritch había atendido la llamada vistiendo solamente su ropa interior, admitiendo a una mujer en su piso con tal atuendo. Es por tanto evidente que el doctor Hanover, a la hora de fijar el momento de la muerte, sólo puede partir del dato de la temperatura. Puesto que, al parecer, está probado que Fritch se hallaba vestido por completo en el momento de recibir la visita de la señorita Bain, llevando solamente su ropa interior en el instante de la muerte, sugiero que al testigo no le sea permitido contestar a esta pregunta tal como ha quedado formulada.

—¡Oh! La expondré de otra forma —dijo Moon—. Cogeré al toro por los cuernos. Doctor Hanover: suponiendo que usted ignora la hora en que Fritch hizo su comida, la que halló en su estómago, basando su testimonio enteramente en la temperatura del cuerpo, ¿es o no es posible que la víctima falleciera después de las tres de la madrugada, teniendo en cuenta que las condiciones de temperatura que usted observó pudieron haber sido alteradas mediante la colocación del cadáver en un congelador, por ejemplo?

—Señalando también el hecho —medió Mason— de que eso explicaría por completo la posición de las manos en el momento en que se presentara el *rigor mortis* en brazos y hombros…

—No pienso incorporar a mi pregunta esa cuestión —declaró Moon, obstinadamente.

Mason sonrió.

—Me limito a llamar la atención del doctor sobre ese punto, ya que su reputación profesional anda en juego, debiendo señalar también que luego vamos a probar qué sucedió realmente, cosa que advierto al testigo y a la sala.

—No es necesario que amenace a este testigo —chilló Moon.

—No le estoy amenazando; le estoy poniendo en guardia; estoy previniéndole —repuso Mason, sentándose.

—Conteste a la pregunta —ordenó Moon.

El doctor Hanover se pasó una mano por su calva cabeza. Echó un vistazo más a los libros que Mason había abierto y declaró, mirando a Moon:

—Se trata de una pregunta que tiene difícil respuesta.

—¿En qué radica la dificultad?

—Ya he dicho anteriormente que al fijar la hora de la muerte

basándose en la temperatura del cuerpo es necesario tomar en consideración la indumentaria del mismo y la temperatura del ambiente. Al fijar yo la hora de la muerte entre la medianoche y las tres de la madrugada tuve en cuenta que el cadáver sólo llevaba ropa interior. También consideré la temperatura del apartamento en la hora en que fue hallado el cadáver.

El doctor se movió en su asiento, nervioso.

—Tengo que decir que si se varían esas circunstancias constantes, esos factores que yo tomé por constantes, he de alterar también mis conclusiones.

—¿Pero alterará usted sus conclusiones hasta el punto de que se produzca un gran cambio en la hora fijada en principio? —preguntó en tono de protesta Moon.

El doctor Hanover, viendo ahora al delegado del fiscal de distrito a la defensiva, repuso serenamente:

—Tendría usted que decirme, señor Moon, cuál era la temperatura en el interior de ese congelador.

—No lo sé.

—Pues entonces no puedo contestar a su pregunta —repuso el doctor Hanover, sonriendo amablemente al entrever la salida con que acababa de dar.

—Pero podemos averiguarla… —dijo Moon—. Sugiero a la sala, antes de pronunciarse sobre este extremo, la conveniencia de un aplazamiento de la vista de esta causa. Este aplazamiento será utilizado para una inspección del apartamento que a nosotros nos interesa, así como del congelador. El testigo, doctor Hanover, participaría en dicha inspección, con nosotros.

—En las actuales circunstancias —manifestó el juez Kaylor—, estimo que eso sería lo más aconsejable.

—Ahora, señoría, he de decir algo más. A mi entender, toda esta última variación del caso, o derivación del mismo, ha sido montada para ganar tiempo, para retrasar el instante en que el señor Perry Mason se vería obligado a explicar cómo llegó a su poder la cinta magnetofónica, la de los empalmes, con su deleznable fondo de crimen y sangre. Sugiero que esto último es una desesperada treta para impedir que le pregunten sobre lo que hizo al entrar en el apartamento de Fritch a las nueve de la mañana del día siete.

Disponemos de una cinta en la que quedó recogida la voz de Mason indicando que entró en el apartamento de Fritch para proceder a efectuar un registro. Me agradaría que la sala oyese esa grabación antes de que nos trasladáramos al lugar.

Mason se echó a reír.

—La cinta en cuestión carece por completo de importancia. Él puede utilizarla solamente con el fin de incriminarme. Y no puede hacer tal cosa hasta que yo haya declarado algo totalmente opuesto a lo que recoge la grabación.

—Permítame que le haga una pregunta —dijo Moon—: ¿entró usted o no en el apartamento de Fritch a las nueve de la mañana del día siete?

—Veamos —repuso Mason—. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el momento en que se cometió el crimen? ¿Cuatro horas o seis?

—Transcurrieron por lo menos seis horas después de aquélla dada como probable —gritó Moon—. Eso es lo que el doctor Hanover dijo y yo me atengo a su testimonio hasta que él lo cambie.

—Yo pensé que lo había cambiado —dijo Mason—. Sin embargo, ahora busca usted la manera de ligar a la acusada a una acción emprendida por mí seis horas después de haberse cometido el crimen que se le imputa, en un momento en que yo no la representaba. Usted intenta incriminarme con la introducción de una cinta en la que se recoge una conversación acerca de la cual la acusada nada sabía, una conversación que se celebró hallándose ella ausente.

El juez Kaylor movió la cabeza.

—Creo que la objeción está correctamente formulada. Esa cinta puede ser utilizada por usted solamente en el caso de querer establecer una acusación de conducta profesional errónea, de ocultación de pruebas o de cualquier cosa por el estilo. Pero, ciertamente, no puede emplearla con otros fines.

Moon guardó silencio y Mason dijo, sonriendo:

—Sugiero que nos traslademos cuanto antes al lugar de que ya se ha hablado, señoría.

El juez Kaylor asintió.

—Se aplaza la vista de esta causa. La sala se reunirá de nuevo en el apartamento en cuestión.

Oyóse un rumor de apasionadas conversaciones entre el público que llenaba la sala del Palacio de Justicia. Algunas de las personas presentes intentaron abrirse paso entre los demás para estrechar la mano de Perry Mason y felicitarle por su actuación.

Hattie Bain miró a su abogado, temerosa, indecisa.

—Tendrá usted que tener un poco de paciencia para saberlo —respondió aquél—. Ahora tendremos que ponerla de nuevo en manos de la agente encargada de su custodia.

—¿Por mucho tiempo?

Mason sonrió.

—Tal como se hallan ahora las cosas, no creo que sea ya por mucho tiempo —repuso, en tono tranquilizador.

Capítulo 15

El sargento Holcomb abrió la puerta del apartamento de Fritch. Su rostro estaba encendido a causa de la ira que sentía.

—Ahora, desde luego —dijo el juez Kaylor—, lo habitual en estos casos es tener en cuenta todos los testimonios aportados durante la vista de la causa en la sala, sin que se formule ninguno mientras se efectúa la inspección del lugar. Sin embargo, en el presente caso, puesto que no hay jurado, no acierto a ver ninguna razón por la cual hayamos de reforzar tal regla.

»Bien. Señor Mason: usted se refirió a un congelador.

Mason asintió.

—¿Quiere usted mostrármelo, sargento? —inquirió el juez Kaylor.

El sargento Holcomb los condujo hasta el congelador, cuya tapa levantó.

—Señor Mason —dijo el juez Kaylor—: usted sostiene que el cadáver fue colocado en este congelador.

—La sala habrá advertido que el congelador es suficientemente grande para albergar el cuerpo de un hombre.

—Es lo que pasa con un millar de congeladores existentes en un radio de cien kilómetros —saltó el sargento Holcomb.

—Ya está bien, sargento —dijo el juez Kaylor—. Yo deseaba oír solamente el argumento del señor Mason. Señor Mason: ¿existe aquí algo que pruebe que el cadáver fue acomodado en el interior del congelador? Cabe la posibilidad. Es suficientemente grande. No obstante, hay que mostrar algo aparte de tal posibilidad, algo más consistente.

—En primer lugar, echemos un detenido vistazo a esto —respondió Mason.

Éste cogió de la parte superior del congelador un paquete de helado, que destapó. Luego, buscó en un cajón de la alacena una cuchara y la hundió en el helado.

—¿Se da cuenta de lo que quiero darle a entender, señoría?

El juez frunció el ceño.

—Me parece que no.

—Este helado se fundió, siendo después congelado nuevamente. ¿No ve que ha formado unos cristales? No se presenta liso a nuestros ojos, que es lo que habría ocurrido de almacenarse sin que se diera una previa fusión.

—Ya, ya —dijo el juez Kaylor, muy interesado—. Déjeme ver esto.

Tomó una cuchara y la hundió en el helado. Los bordes de aquélla rozaron unos minúsculos cristales.

—Usted verá que esta sustancia ha sufrido una pérdida de volumen, helándose en forma de diminutos copos y no como una mezcla lisa —explicó Mason.

—Sargento —ordenó el juez Kaylor—: abra otro cualquiera de esos «cartones» de helado.

El sargento Holcomb obedeció.

—Se encuentra en el mismo estado —subrayó Mason.

El juez Kaylor hizo una prueba con la cuchara.

—Acérquenos otra caja, sargento.

El sargento obedeció nuevamente. El juez hundió en el helado su cuchara otra vez, efectuando una detenida inspección de la sustancia.

—Esto resulta interesante, ciertamente —declaró—. Evidentemente, este helado se fundió, pasando luego otra vez al estado sólido por la acción del frío.

—Los congeladores suelen averiarse —dijo el sargento Holcomb —. No estoy seguro, pero yo creo que desconectamos éste cuando inspeccionamos el apartamento.

—¿De veras? —preguntó el juez Kaylor.

—No estoy seguro.

—Pues debiera usted estar seguro, si es que lo desconectó —saltó el juez, desabridamente.

Éste se volvió hacia Mason.

—¿Dispone de otras pruebas, señor Mason?

—Ciertamente —repuso el abogado—. Saque los paquetes. Revise el fondo del congelador. Puede ser que haya ahí algunas manchas de sangre.

—Esto es solamente un señuelo —declaró Moon—. Esto fue ideado para conseguir publicidad en los periódicos y apartar la atención de…

—Sargento —inquirió el juez Kaylor—: ¿vació usted el congelador cuando procedió a la anterior inspección del apartamento?

—Nosotros no tocamos nada de ahí —manifestó el sargento Holcomb—. Dejamos todo tal como estaba. Lo revisamos todo por si descubríamos huellas dactilares y nada más.

—Saquen esas cosas de ahí —ordenó el juez Kaylor.

—Desde luego, si se sacan empezarán a fundirse y luego Perry Mason alegará…

—Sáquenlas —repitió el juez—. Ya hemos hecho una primera prueba. Ahora echemos un vistazo al fondo del congelador.

El sargento Holcomb empezó a sacar los paquetes, apilándolos desordenadamente sobre el pavimento, mezclando las carnes con las verduras y los frutos helados. En sus movimientos había una nota de disimulada rebeldía.

Cuando estaba a punto de descubrir el fondo del congelador, el juez se inclinó para ver mejor.

En el momento en que el último paquete tocó el piso, aquél manifestó:

—Ha invertido usted en la operación dos minutos y dieciocho segundos, sargento… ¿Qué es eso?

—El jugo debe haberse escapado de algún paquete de carne —señaló Holcomb.

—De un paquete de carne helada no puede escaparse ningún jugo —dijo el juez Kaylor, secamente—. Quiero que… ¿Dónde está el doctor Hanover?

—Va a venir —declaró Moon—. Él…

—Pues que se presente aquí cuanto antes —repuso el juez—. Quiero que se adopten todas las precauciones necesarias para que esta mancha no sufra la menor alteración; quiero que vengan los

técnicos de la policía para examinarla; deseo que se me diga si eso de ahí es sangre humana. De ser posible habrá de ser comparada con la de la víctima, J. J. Fritch.

El juez Kaylor se volvió hacia Mason.

—¿Cómo supo usted que esa mancha estaba ahí? —inquirió.

—Yo no lo sabía, señoría. Fue una suposición mía.

—Fue la suya una jugada a ciegas —subrayó el juez Kaylor, receloso.

Mason esbozó una sonrisa.

—¿Qué otra jugada cabía hacer?

El juez se quedó pensativo. La expresión hasta entonces severa de su rostro se trocó en risueña.

—Creo que ahí tiene usted algo muy significativo —apuntó Mason, apartándose del congelador.

Mason señaló los paquetes que el sargento Holcomb había ido dejando en el suelo.

—En la funda de uno de estos paquetes, además, observará usted una mancha de sangre o dos. Yo creo que los expertos en huellas dactilares, si usted lo ordena, señoría, descubrirán ahí algunas, impresas con sangre.

—Las manos del carnicero, sin duda —medió el sargento Holcomb.

—Veamos, veamos… —el juez Kaylor se incorporó bruscamente—. Hay que despejar esto —decidió—. Habrán de abandonar todos el apartamento. Quiero que éste sea sellado. Requiero la presencia del experto en huellas dactilares y del patólogo de la policía. Voy a indicarles en qué forma deseo que este apartamento sea inspeccionado para la localización de pruebas.

El juez miró al sargento Holcomb e, irritado por su sombría expresión, agregó:

—Puede usted considerar mis palabras como una censura, sargento.

Capítulo 16

Mason, Della Street y Paul Drake se encontraban en el despacho de este último. De cuando en cuando, Perry consultaba su reloj de pulsera.

—Tardan mucho —contestó.

—No te preocupes —le advirtió Drake—. Han obrado a conciencia, eso es todo. Esta vez se les van a poner las cosas estrechas. El juez Kaylor perdió los estribos.

Mason, impaciente, se puso en pie, comenzando a pasear por el despacho.

—No sé cómo acertaste a plantearlo —dijo Drake.

—Me vi forzado a hacer una jugada —repuso Mason—. Recuerda esto: Sylvia Atwood es una persona calculadora, astuta… Sin embargo, pudo haber dicho la verdad al hablar del cadáver derrumbándose desde el armario de las botellas, cayendo al suelo. Yo oí su grito, el golpe del cuerpo al dar contra el pavimento.

»Las señales de lividez *post mortem* estaban en la espalda. Por consiguiente, el cadáver debía de haber estado tendido boca arriba. Pero entonces, de haber estado en el armario, no cabía pensar en dicha posición.

»¿Y por qué había de estar interesado alguien en mover el cadáver? Solamente podía pensar en esto: había alguien que no quería que el cuerpo fuese encontrado donde había estado tendido mientras se formaba la lividez *post mortem*.

»Eso tenía que suponer una ventaja para alguien, para el asesino, evidentemente.

»La víctima sólo llevaba puesta la ropa interior. No había prendas de vestir pertenecientes a J. J. Fritch en el apartamento de Brogan. Por consiguiente, lo razonable era suponer que Fritch había

sido asesinado en su apartamento. Probablemente, se disponía a acostarse, o estaba ya acostado…

—La cama estaba hecha, sin embargo. Nadie parecía haber estado acostado en ella —objetó Drake.

—Cualquiera es capaz de arreglar debidamente una cama —replicó Mason, sonriendo.

—Sigue.

—A juzgar por la peculiar posición del cuerpo, debía de haber estado metido en un pequeño espacio…

—El armario hubiera podido ser ese pequeño espacio —puntualizó Drake.

—Pero en ese caso la lividez *post mortem* se habría formado más abajo y no alrededor de la nuca, y los brazos habrían sido bajados…

—Sí. Tienes razón —dijo Drake.

—Llegamos así, por tanto, a una conclusión irrefutable: el cuerpo había sido cambiado de sitio. Pensemos ahora que Hattie Bain no podía haber movido ese cadáver por sí sola. Tampoco Sylvia Atwood. Además, esta operación no les habría reportado ningún beneficio. La persona que la realizó tuvo un motivo. El único motivo razonable para mí era éste: quería establecer una coartada. Deseaba lograrla basándose en una alteración del ritmo de enfriamiento de un cadáver.

—¿Crees tú que Brogan dispuso de tiempo para hacer todo eso? —inquirió Drake.

—Examinemos la cuestión de este modo, Paul… Alguien movió el cadáver. Esa operación fue realizada con un propósito definido. Lo más lógico es suponer que se hizo para montar una coartada. En consecuencia, hay que ponerse a buscar una persona que la tenga para el período de tiempo comprendido entre la medianoche y las tres de la madrugada, pero que carece en cambio de ella para una hora posterior.

»Tiene que tratarse de una persona suficientemente fuerte, capaz de mover un cuerpo inerte. Tiene que ser alguien susceptible de ser recibido por J. J. Fritch en paños menores. Sabemos que alguien hizo la cama, ordenando el apartamento de Fritch, para dar la impresión, probablemente, de que éste había sido asesinado poco antes de acostarse.

»La treta de la introducción del cadáver en el congelador hará que el forense piense que el crimen fue cometido antes. Éste fija la hora más temprana: a medianoche. Ahora bien, cuando entré en el apartamento aquella mañana, *el televisor estaba en marcha*. Fritch no pudo dejarlo así mucho después de la medianoche. A esa hora no se transmiten programas. Eso indica que Fritch murió antes de las doce de la noche o que alguien intervino alterando lo evidente.

Drake asintió.

—Lo último queda confirmado por el hecho de haber visto Hattie con vida a la víctima después de medianoche.

—Es lógico —admitió Drake.

—Ahora bien —prosiguió diciendo Mason—, una de las personas que se acomoda a la descripción de nuestro hipotético criminal es George Brogan. Sin embargo, aquí se produce un bache en nuestra línea de razonamiento al relacionarle con el crimen.

—¿Cuál?

—No existe un móvil.

—¿Cómo que no? Fritch estaba dolido con él.

—¿Por qué había de estar Fritch dolido con él? Brogan se disponía a sacar dinero a los Bain…

—Pero, ¿no podía, de alguna manera, haber robado esa cinta y…?

—No —dijo Mason—. Muerto Fritch, la amenaza contra los Bain se desvanece. La cinta magnetofónica no prueba nada. Habría sido solamente un medio de corroborar el testimonio de Fritch. Si Fritch hubiese declarado que Bain era su asociado y que éste sabía que el dinero utilizado en el asunto de las tierras petrolíferas procedía del asalto al banco, habríase valido de la grabación para corroborar su testimonio, pero sin el mismo, ¿para qué recurrir a la cinta?

—Así es, desde luego —manifestó Drake.

Sonó el timbre del teléfono.

Della Street atendió la llamada.

—Sí. Diga… El despacho del señor Drake… ¡Oh! Un momento.

—Es para ti, Paul.

Drake se puso al habla.

—Diga… Sí… ¡Diablos!… ¿Seguro?… ¿Una buena huella dactilar?… ¿El mismo tipo de sangre?… De acuerdo, gracias.

Manténgame al corriente.

Colgó, sonriendo a Mason al decirle:

—Diste en el blanco, Perry.

—¿Cómo es eso?

—Han sido examinadas las manchas de sangre encontradas en el fondo del congelador. Es sangre humana, desde luego. Es sangre del mismo tipo que la de J. J. Fritch, un tipo nada corriente. Por consiguiente esa semejanza es significativa.

»Han sido localizadas huellas dactilares en los paquetes de alimentos sacados del congelador. También en ellas la sangre descubierta es del mismo tipo que la de J. J. Fritch. Las huellas digitales manchadas de sangre han sido fotografiadas, pero no tienen nada que ver con las de ninguna de las personas implicadas en el caso. No son de Sylvia Atwood, ni de Hattie Bain, ni de Ned Bain… No son vuestras. No son tampoco de George Brogan.

Mason sonrió, encendiendo un cigarrillo.

—¿Alguna sugerencia que formular? —inquirió Drake.

—Muchas.

—A ver, a ver…

Mason respondió:

—Estrechemos nuestra línea de razonamiento, Paul. Necesitamos una persona que posea una coartada que cubra las horas anteriores a aquellas en que el crimen fue cometido, probablemente. Necesitamos conocer a alguien que tuviese fuerzas suficientes para mover el cadáver de J. J. Fritch. Por añadidura, precisamente para saber que la cuestión de la temperatura del cuerpo sería tenida en cuenta por el forense a la hora de determinar el momento en que se produjo la muerte de la víctima.

»Además, es preciso no olvidar el detalle del móvil. Necesitamos dar con alguien que saliese beneficiado al encontrar la cinta magnetofónica original. Necesitamos conocer a alguien suficientemente falto de escrúpulos para apuñalar a J. J. Fritch por la espalda. Y necesitamos, ante todo, conocer a alguien que tuviese acceso al punzón del hielo en la casa de los Bain.

»Ahora, la elección de esa arma constituye un detalle interesante. Quiere decir que la persona que cometió el crimen precisaba de un arma eficiente para su tarea. Pero no era la más útil

de todas las que hubiera podido valerse. Fue un arma que, por decirlo así, se le vino a la mano, en el apresuramiento de aquellos instantes, digamos que en cierto momento que quedaba después de la medianoche, en la fecha del crimen.

»Necesitamos conocer a alguien que pudiera establecer una coartada para toda una noche, hasta las tres de la madrugada, al que se le hubiese ofrecido la ocasión después de matar a Fritch, de poder colocar su cuerpo en el congelador hasta las ocho de la mañana, aproximadamente, situándolo luego en otra parte. Desde luego, no estando la puerta del apartamento de Brogan cerrada con llave, disponía del sitio ideal.

»Así pues, Paul, nuestro asesino es una persona fuerte, ruda, de sangre fría, que posee conocimientos científicos, que se halla interesada en la suerte de la fortuna de los Bain y que tiene fácil acceso al punzón del hielo.

—¡Santo Dios! —exclamó Della Street—. ¿Te das cuenta de que estás poniendo prácticamente una soga alrededor del cuello de Jarrett Bain?

Mason guardó silencio, mirando a la joven. La faz de Drake denotaba un gran sobresalto. El abogado aspiró un poco de humo de su cigarrillo, que expulsó pausadamente, sonrió y dijo:

—¿Y bien?

—¡Dios mío! —dijo Drake—. Viendo las cosas así, es la única solución posible. Él fue a casa y habló con su padre, enterándose de todo lo relativo a la cinta y a la posibilidad de su falsificación, de la existencia de un amaño, con los empalmes. Edison Doyle podía proporcionarle una coartada para las dos u otra hora muy aproximada. Luego, dijo que se iba a la cama, para dormir hasta las diez. ¡Válgame Dios!

—Nada había que le impidiera haber ido a ver a J. J. Fritch alrededor de las tres y media de la madrugada, apuñalando al hombre con el punzón del hielo por la espalda… Seguidamente, debió de vaciar el congelador, colocando el cadáver dentro. Luego, estuvo fuera hasta las ocho de la mañana; regresó a la casa e instaló el cuerpo en el armario de las bebidas. Sabía que sería descubierto cuando Sylvia y yo apareciésemos por allí a las nueve. Después, a toda prisa, volvió a llenar el congelador y…

—Un momento —medió Paul Drake—. Vas estrechando el círculo, desde luego, pero, ¿qué me dices acerca de Edison Doyle? Tenía que salir y poseía una coartada para las doce de la noche, más o menos, pero…

—Fíjate en su constitución física —manifestó Mason—. ¿Te lo imaginas sacando a J. J. Fritch de un congelador, para trasladarlo a través del vestíbulo al armario de las bebidas? Jarrett Bain es un hombre de gran talla, fornido, con un cuello de toro, con unas espaldas inmensas… Por si esto fuera poco, es uno de esos científicos que se caracterizan por su indiferencia, por su despego brutal de cuanto no es lo *suyo*, lo estrictamente profesional… Para esta clase de tipos, lo demás no cuenta.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —inquirió Paul Drake.

Mason se volvió hacia Della Street.

—Telefonea a la residencia de los Bain. A ver si consigues que Jarrett Bain se ponga al habla.

Della Street hizo lo que su jefe acababa de indicarle. Al cabo de unos instantes miró a Mason con sobresaltados ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó el abogado.

—Jarrett no estará aquí ni para los funerales siquiera —explicó la joven—. Dejó recado explicando que no podía, sintiéndolo mucho, ayudar a los muertos; que se hallaba en condiciones de ayudar a los vivos tan sólo. Declaró que había recibido un cable en el que se le hablaba de un reciente descubrimiento arqueológico. Inmediatamente, tomó un avión.

Mason chafó lo que quedaba de su cigarrillo en el cenicero.

—Bien —comentó—. El pájaro, por lo que veo, ha remontado el vuelo. Y puede ser que cueste mucho trabajo localizarlo.

Drake daba la impresión de hallarse en aquellos instantes muy incómodo.

—La policía intentará colgar este crimen a Brogan. Los investigadores alegan que las huellas dactilares corresponden al cómplice de Jarrett y que Brogan urdió todo el plan.

Mason volvió a sonreír.

—¿No vas a decírselo? —preguntó Della Street a aquél—. De esta manera, la policía dejará en paz a Brogan, tratando de capturar a Jarrett Bain antes de que se pierda en la jungla.

—Existe en la vida una cosa que pudiéramos denominar justicia poética. Hay que procurar que Brogan sude un poco. Con las pruebas que poseen las autoridades ahora no pueden condenarle. En las condiciones actuales, todo lo más, puede seguir detenido. En lo tocante a Jarrett Bain, dejemos que la policía resuelva sus propios problemas.

»Nuestras responsabilidades son muy concretas y limitadas, Della. Nosotros representamos a Hattie Bain, quien ahora ha dejado de hallarse bajo custodia.

—Hattie Bain y su hermana, la mujer de los ojos verdes —declaró Della.

—¡Oh! —exclamó Mason, risueño—. La hermana de los ojos verdes, la señora Arréglalo-todo. ¡Hemos de olvidarnos de ella!

—¡Santo Dios! —exclamó a su vez, ahora Della Street—. ¡El cable llamando a Jarrett a la jungla, a causa del nuevo descubrimiento arqueológico! Recuerdo que ella dijo…

Della Street se interrumpió, mirando a Perry Mason con ojos de asombro.

El abogado encendió otro cigarrillo.

—La señora Arréglalo-todo —comentó brevemente.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.